Ulises Carrión
De Alemania

8.13
/14

im serie del volador

JOAQUÍN MORTIZ · MÉXICO

serie del volador

Ulises Carrión

De Alemania

PQ7298.13
A73 D4

Primera edición, agosto de 1970
D. R. © Editorial Joaquín Mortiz, S. A.
Guaymas 33, México 7, D. F.

Biblioteca Central
Univ. Veracruzana

para Conchita

173168

DE ALEMANIA

para Robert, Erik y Thae

Atosigué a Julia toda una mañana y una tarde contándole mi estancia en Alemania. Ella me escuchó en silencio atentamente, con su amor inútil por mí, en la esperanza de que la conclusión de mi historia sería una declaración de amor por ella; así me lo decían sus ojos grandemente abiertos y su actitud paciente, resignada; se apretaba con las manos los dedos de los pies desnudos, en su rincón sobre la alfombra, rodeada de mil objetos, por ejemplo pañuelos de papel y cigarros, como si hubiera plantado allí su campamento y no pensara, en efecto es lo que deseaba, no moverse de allí nunca más. Hablé infatigablemente y egoístamente, pues en verdad que mi historia de Alemania, igual que tantas otras, necesitaba contármela en voz alta a mí mismo y a nadie más, desde luego no a Julia, quien para amarme no necesitaba saber los detalles de mi pasado y me aceptaba simplemente, sin preguntar ni a sí misma si yo merecía su amor. De manera que no busqué durante mi relato despertar o avivar su interés, no puse trampas, no construí un suspenso, no varié de tonos; no traté sobre todo de acortar los largos silencios a que me obligaba mi memoria olvidadiza a ratos; yo detenía el río de mis palabras tranquilamente, con una confianza

tenido. Este hecho no es probable pero sí posible, entre otras razones porque mis frases eran a veces insoportablemente complicadas, se retorcían como las espirales irregulares de un tobogán dibujado por un niño, de tal modo que deslizándose por él sería fácil salirse por la tangente e ir a dar al suelo, o si se bajaba a una velocidad extrema (lo que sucedía por ejemplo cuando me ponía a enumerar nombres de personas o de ciudades), entonces la fuerza centrífuga era ya suficiente para en lugar de despatarrarse en el suelo salir dando volteretas en el aire; y así Julia, de la lista de preposiciones alemanas que exigen dativo, tema harto árido para ella y aun para mí, se veía de pronto pensando en vaya usted a saber qué problema personal suyo sin ninguna relación con mi historia ni con su amor por mí. Por esto en el ir, venir y entrechocar de tantas palabras, tantos recuerdos, tantas miradas, se iba formando entre Julia y yo algo muy sólido parecido a una espera interminable. Porque si al final de mi historia yo debiera morir, o ella, todo adquiriría un sentido, no habría desesperanza, ni impaciencia. ¿Pero qué fin nos esperaba al terminar esa tarde? Ninguno, no habría fin. Esta conversación no era sino un pedazo de nuestra vida entre tantos otros, intercambiable puesto que al terminar de hablar seguiríamos viviendo. Reflexión mía cuyo fin es probar que la aceptación de la muerte es ya impaciencia de la muerte. En otros momentos de mi vida había logrado ser poseído por tal aceptación, pero siempre de una manera intelectual, mientras que al contar mi estancia en Alemania

lo que me hacía aceptar, y esperar, la muerte, era que, al seguir viviendo, aquel pedazo de mi vida se había quedado inconcluso, pues ahora ya estaba de nuevo en México, y los otros personajes de mi historia, todos ellos, estarían también de regreso en sus casas, e imposible ahora volver a reunirse, complotar un desenlace para lo que iniciamos en Alemania. Prueba de su inconclusión: que ahora le contaba todo a Julia, quien no tenía nada que ver con ello.

Igual que todas las otras veces, esa vez hablar era para mí algo más que querer decir algo. La primera palabra sale, sola, y por más grande que su inocencia sea, por ejemplo qué modestia indefensa la del artículo indefinido que se encuentra a menudo al principio del primer párrafo, todas las otras palabras del idioma vienen detrás, absolutamente todas, y no cogidas de la mano en fila india, sino atropellándose desordenadamente, irrespetuosamente, de manera que el rumor sordo en mi cabeza no es confusión de pensamientos (ah, ellos son tan claros), sino el fragor de la lucha por la vida que las palabras libran. Por eso cuando comienzo a hablar temo no poder terminar nunca, y de hecho cuando termino siento que esto es un acto arbitrario de mi parte contra las palabras que no han logrado salir a luz todavía. Por la misma razón decido a veces ser generoso, y hablando a solas dejo la puerta abierta de par en par a mis palabras; guardo en mi memoria la primera palabra pronunciada para recordarla en el momento culminante de mi discurso, y la contemplo entonces con mucho amor, entronizada en

medio de su descendencia. Pero mi generosidad adquiere su mayor dimensión cuando estando frente a alguien hablo como si estuviera solo, como aquel día con Julia, digo, generosidad frente a las palabras pero no frente al mundo, que me reprocha con frecuencia mi falta de interés por los otros, mi frialdad, mi egoísmo.

Cuando le contaba de alguna muchacha conocida en Alemania que se le parecía, Julia luchaba desesperadamente para no verse reflejada en esa imagen, y ponía una sonrisa malvada, y profundizaba sus ojitos chinos para decirme: "Yo no soy como ella, mira, yo te juzgo." Yo hacía el idiota, mi voz se volvía más impersonal que nunca, más mecánico el orden de mis palabras. Acentuaba el parecido para hacerle pensar que no me daba cuenta de él, puesto que en lugar de disimularlo insistía, lo exageraba. El resultado de este equívoco es que Julia se ponía en guardia, planeaba su venganza para el día siguiente, y su venganza sería terrible, yo lo sabía por experiencia. Entonces, ¿por qué continuar la descripción de aquella muchacha? Porque en esos momentos, lo he dicho, no podía detenerme, y por crueldad, y por afán de ser sincero, y porque los recuerdos me agradan. Sobre todo porque me gustaba ver a Julia dando rienda suelta a sus pasiones interiormente mientras su exterior permanece impasible. Éste es un don que ha recibido del cielo; que siempre le he envidiado no porque crea que esa actitud vale más que la opuesta, no porque yo sufra de mi incapacidad para no traducir en palabras, gestos y miradas mis sentimientos, sino simplemente porque Julia sabe

hacerlo con una maestría absoluta, o más que maestría, con una naturalidad perfecta; es decir que cuando descubrí en su cara una sonrisa voluntariamente malvada, es probable que fueran imaginaciones mías, tan ansioso me pongo por descubrir una expresión que la traicione. ¡Pero qué va! Si mientras percibía que la imagen de aquella muchacha encerraba un peligro para ella en la medida en que se le parecía, Julia encendía un cigarro tranquilamente sin perderme de vista, sin bajar los ojos, y sólo yo podía adivinar que por dentro estaba ardiendo de celos y de rabia, sólo yo podría confirmar esta sospecha al día siguiente, cuando me reprochara: "Ni siquiera deseas estar conmigo" con el tono necesario para obligarme a insistir sinceramente: "Pero sí, claro que deseo estar junto a ti"; "Pruébalo" me diría al fin en desafío, y terminaría haciéndole el amor con todas mis fuerzas aun sabiendo que ése no era mi propósito inicial, como si mi vida dependiera de que ella quede satisfecha aun dándome cuenta de que había caído en su trampa, hasta la última gota de mi sangre aunque sabiendo que mi entrega será su venganza que triunfa, frente a la que no tengo defensa. Para consolarme, porque después de todo insisto en creer que no la amo, para consolarme quise entonces que en efecto, por una vez, Julia hiciera ver al mundo la turbación que le causan mis palabras, un temblor en las manos, un parpadeo involuntario, una mueca. La observé fijamente: su figura se dibujaba con toda nitidez contra la pared y el piso. ¿Había un oleaje entre los vellos dorados que le cubren los brazos? ¿Apretaba

los dientes al chupar el cigarro? ¿Avanzaba desmesuradamente sus pechos bajo la blusa? ¡Ilusión! Soy yo que hablaba tranquila, monótona, mecánicamente, mientras cada una de mis articulaciones se ponía tensa como si me preparara a dar un salto, sentía mis pensamientos salir disparados en espiral hacia el techo, y mis ojos contemplaban con una impaciencia insoportable cómo la imagen de aquella muchacha transcurría sin premura. ¿A qué horas iba a terminar todo esto? Pero mi sinceridad, e incluso mi sentimentalismo, seguían su paso como si nada, y acosaban mi memoria en busca de aquella muchacha que, en verdad, se parecía a Julia. Pero la certeza de esta frase "Se parecía a ti", era menos exigente que mi pudor, y me la callé.

Julia me miraba, y eran los movimientos de mi boca los que ponían en marcha su imaginación, y no mis palabras mismas. Cuando veía mi boca desplazarse desmesuradamente hacia la mejilla izquierda, gesto que expresaba mi expedición en busca de la palabra precisa, entonces, mejor que la palabra al fin atrapada, eran mis labios los que dibujaban para Julia mis recuerdos. Esta manera de escuchar tan carnal, tan casi visceral, de Julia, era una particularidad de la que ella no sacaba partido. No era preciso: su simple presencia era abundantemente cálido, reconfortantemente. "Julia, ven" no le decía yo, pero para ella era como si lo dijera. "Julia, ven" murmuraba el remolino de mis palabras. Y ella venía corriendo, desvistiéndose progresivamente en la carrera, para tirarse desnuda al agua decidida a dejarse arrastrar

por la corriente. Yo entonces le tendía la mano, es decir, que hacía alusión en medio de mis recuerdos a nuestra vida presente. Henos aquí sanos y salvos en la otra orilla, uno al lado del otro. "Julia, ven." Sí, allí venía, escuchando en silencio, presenciando mi rito mágico con su conciencia cientificista a la que no podía renunciar, pero de todos modos haciendo grandes esfuerzos por recobrar su oscurantismo perdido, por ponerse a mi altura. Su alma obedecía mis órdenes, ejecutaba concienzudamente los movimientos que yo le indicaba; pero su conciencia no se dejaba vencer, y Julia estaba allí al fin y al cabo sólo como espectadora. Yo lo sabía y lo retesabía. "Julia, ven", pero ella, aunque venía, se quedaba atrás. Esto no es reproche, si lo parece es apariencia pura. Ella me daba todo lo que podía, y nunca pensé exigirle más, cuando yo mismo iba más rápido de lo que hubiera querido, tironeado por mis recuerdos que iban siempre delante como el hueso inalcanzable de los perros. Había entonces en mi historia, para propiciar la anulación del tiempo, la repetición de ciertas desinencias verbales que era como un tamborileo, había el recurso a todo lo que en el idioma se repite a intervalos más o menos regulares, para crear un ritmo que, primero, hiciera a Julia atravesar el espacio y unírseme, luego, nos permitiera saltar hasta dos años atrás, en Alemania. Se ve que no era fácil nuestra tarea, pero tan excitante, que imposible renunciar a ella. "Julia, ven", parecía decir una vez más; si estábamos condenados al fracaso, no importaba, podríamos engañarnos a nosotros mis-

mos y gozar de un éxito imaginario, arbitrariamente. Para ello apenas si era preciso, o no lo era del todo, decidirlo voluntariamente. En cambio necesitábamos absolutamente poseer un optimismo innato, que poseíamos. Y muy sonrientes yo hablaba, y ella me oía o me miraba hablar. Cuando me llevo las manos a la cabeza, desesperado por una frase que se me escapó inconclusa, Julia me consuela con la mirada, me hace entender que adivina el resto, como si mis palabras le dieran los tres vértices del triángulo y ella sola pudiera trazar las líneas y cerrar la figura. Por algo la he escogido para compañera en la vida.

Luego de un silencio qué temor para empezar de nuevo. Hablar por qué, para qué. Nada tiene sentido. Si no vamos a ningún lado, Julia. ¿Por qué me pedías con tu silencio que continuara esa farsa en la que ya no creíamos? No habíamos perdido el sentido de la realidad, eh, nada nos obligaba, podríamos si quisiéramos cerrar la boca para siempre, nuestra vida sería igual, tu amor el mismo. Pero sabía bien que no era posible callarse, y desearlo era sólo una flaqueza. Entonces, al reanudar mi historia, la calma recobrada, hablaba lentamente, cauto más que tranquilo. Evitaba toda mención a una realidad concreta de la que dudábamos, y se diría que de pronto me enloquecían las verdades abstractas, aun a riesgo de desconcertar a Julia con el cambio. Pero desplegaba frente a ella todo mi encanto, toda mi inteligencia, acumulaba ardor en mis miradas perdidas en el espacio, mis manos hacían ademanes violentos para derrumbar la realidad, para abrir el camino ha-

cia la pureza. Julia caía redonda en mi poder, desplomada silenciosamente desde la cima de sus prejuicios, sus aprehensiones, sus sospechas. Respiraba entrecortadamente como si estuviera a punto de protestar, de contradecirme; pero esto era pura coquetería de su parte, cuando ya estaba vencida, dispuesta a creer cualquier cosa que a mí se me ocurriera decir. Si me hubiera dicho: "Eres maravilloso, eres genial", sus palabras ni mi reacción no serían ridículas porque para entonces ya estaríamos los dos completamente borrachos, a ella se le trabaría la lengua al hablar, yo debería parpadear para mirarle los ojos que sin embargo vería borrosamente. "Quiero una cerveza", "Y yo otra", diríamos con el fin de celebrar nuestro triunfo, nuestro acuerdo total, o bien, con el mismo objeto y además por desafío a nuestra buena estrella, me pondría a traducirle los versos alemanes más intraducibles y ella los comprendería perfectamente. Todo porque creería mío este poder que no me pertenece a mí sino a lo que digo, o más bien a la posibilidad de decirlo, que ni siquiera domino, pues nunca alcanzo la pureza a la que aspiro, y mis palabras salían manchadas de esa realidad imborrable como le sucedió a alguien —es una vieja historia— que buscaba una rima y la encontró mencionando a su prima tuerta, quien no veía de un ojo en verdad. Pero Julia tampoco domina sus poderes, y sentía que alguien la empujaba hacia mí con más descaro del que su pudor le permitiría, y que mis palabras superaban en tal medida su capacidad de absorción que estaba arriesgando un acceso de tos. Por delicadeza

hacia ella dejé transcurrir el momento, para que se recuperara y no me guardara luego rencor.

Para entonces ya mis personajes le eran familiares, ella identificaba sus reacciones, las adivinaba antes de que yo las mencionara, e incluso establecía entre ellos lazos que no le había revelado pero que sospechaba. En su memoria se confundían todavía a veces los nombres, y yo debía hacerle un recuento (Sherry, Sture, Eduarda, etcétera), pero esto no tiene importancia. Lo importante es que para entonces estaba absolutamente convencida de la existencia de cada uno de ellos, y me envidiaba con descaro porque yo los había visto, les había hablado. Sin embargo no estaba satisfecho de ningún modo. No sólo porque mis relaciones de Alemania eran cosa del pasado, me hacían notar que he envejecido, sino además por muchas otras razones. Entre otras, porque viví aquellos meses en Alemania demasiado pronto, si los viviera de nuevo actuaría de una manera totalmente diferente, y no por lo que sé ya de Sherry y de Sture, sino por lo que sé de mí mismo. Es banal, pero no menos cierto, no menos angustioso. Por ello hubiera sido mejor morir inmediatamente después, y así nadie podría decir que en Alemania no fui yo mismo, que me imitaba malamente, con torpeza, que yo era en realidad como soy en este momento; así no cargaría con este pasado que por imperfecto me hace sentir culpable como de un pecado, como de una mentira, con todo lo que sé de mí ahora, con todo lo que soy. A ellos, en cambio, los imagino exactamente iguales que cuando los conocí. Julia podía con-

fiar en mí, se los transmitía sin el menor egoísmo. Pero si hablando de mí mismo decía: "Era tan tonto que..." Julia pensaba que no pude nunca ser tan tonto, o si decía al contrario: "Me porté tan inteligente que..." se decía que nunca podré ser tan inteligente. Era inútil tratar de convencerla. "Allí me quedé sentado, viendo bailar a Eduarda con..." No no no, se decía Julia, tú no te quedaste allí sentado. ¿Cómo convencerla de que nunca había sido yo mismo sino en ese preciso instante en que hablábamos? Inútil. Ella toma trozos de mi vida aquí y allá en el pasado, los que le convienen para completar la persona que parezco ser yo. No le cabe duda. Entonces yo exageraba, me pintaba muy ridículo, o muy temerario, no para convencerla de su error, que es imposible, simplemente para molestarla un poco, para turbar la satisfacción que le produce el conocimiento que cree tener de mí. Y Julia, en respuesta, sonreía sabiamente, serenamente, pensaba que me gusta decir mentiras, y me perdonaba.

Sé que soy un mal actor, que a menudo el tono de mi voz no traduce mis intenciones. Pero cuando hablo con Julia como aquella tarde, eso no tiene la menor importancia ni para ella ni para mí. Es que nos hablamos con todo el cuerpo, no sólo con la voz. De mí salían efluvios que atravesaban el espacio hasta tocarla, toda ella se estremecía, era la prueba de que la tocaban. Mi voz no hacía sino marcar el ritmo, respirar, en esa corriente arremolinada que se formaba entre los dos. Para llegar allí, precisamente, habíamos tenido que dejar a un lado mi voz y las palabras

que la disfrazan, sólo las utilizo para ordenar el vino en un restaurant. Pero cuando digo adiós, por ejemplo, jamás. Entonces me permito colocar el verbo donde se me antoja, y el complemento directo lo más lejos posible de allí, a propósito. Julia, con sus largos dedos de marionetista, articulaba esos miembros dislocados, pero sin seguir un orden, sino para hacerlos bailar dentro de su pecho. Así su corazón batía desmesuradamente, poseída por mis palabras. Y cuando soltaba una que parecía tonta, que no alcanzaba a agarrarse de las otras palabras, y se bamboleaba peligrosamente en el aire, Julia la recogía hábil, maternal, y la guardaba en algún rincón de su alma, esperando que se le pasara el mareo y fuera capaz de cumplir su papel. Ah sí, no me hago ilusiones, conozco bien el alcance de nuestras posibilidades. A veces Julia me traicionaba y decía: "No te entiendo", pero esa frase esconde siempre un segundo significado, que no confiesa, y que termino por descubrir, más tarde o más temprano pero infaliblemente. Somos una pareja perfecta, no quepa duda. Por eso no le perdono que diga no entenderme, interrumpiéndome así, por pura impaciencia, por no confiar en mí, cuando nunca la he dejado insatisfecha, cuando toda confusión queda resuelta al final. Ella debería estar segura puesto que siempre ha sucedido así, toda expresión aparentemente sin sentido lo encontrará en el párrafo siguiente, o el siguiente. ¿Y si no lo encuentra? Esta posibilidad no se me ocurre, pero la anoto para probar que no le temo. ¿Y si no? Quiere decir que no tiene importancia, que no pertenece en

verdad al relato, que no merece la existencia. No luchábamos contra esa expresión, las otras palabras, ellas solas, la destruirían, son implacables con las intrusas, poseen una organización perfecta, aplican de una manera insobornable la ley del más fuerte. Ahora se entiende por qué, cuando Julia me dice "No te comprendo", me saca de quicio y desearía abofetearla. Este sentido de la autoridad y la sumisión lo aprendí de mi madre, que respondía a algunas de mis preguntas: "Estás muy chico todavía, pero más grande lo entenderás." Entonces yo metía mi cabeza entre sus pechos inmensos, calladamente, agradecido de que la sabiduría del mundo fuera inagotable en el presente, de que a pesar de todo lo que sabía ya, el futuro me reservaba aún cosas dignas de asombro. Y si me fue bien en la vida, y si no odio ahora a mi madre, es porque tuve la paciencia de esperar hasta que los cabos sueltos encontraron dónde engancharse, y tomaron su lugar justo en la tela de araña, o bien desaparecieron. Si alguien me objeta que una tela de araña es cosa bien frágil, le pediré que me enseñe la suya, a ver cuál de las dos es más resistente.

Porque odiamos que nuestra disciplina se vuelva independiente de tan sólida, porque tememos que termine por imponérsenos, nuestra voluntad, la de Julia y la mía, oponía toda su resistencia cuando las palabras se encadenaban metódicamente, se segregaban unas a otras con demasiada regularidad, según un orden estricto, como un grifo que gotea y acaba por exasperarnos de puro acompasado, porque su ritmo no corresponde a los so-

bresaltos de nuestra sangre. Para evitarlo, hay que hacer un recipiente con las manos para recibir el agua hasta que se forme un puñado, y entonces echarlo al aire: caerán salpicaduras aquí y allá como de un cohete que estalla. Eso hago cuando mis recuerdos aparecen demasiado claros, y esta claridad me pone en acecho, seguro de su falsedad. No puede ser, me decía, esa carretera no pudo haber sido tan recta y limpia como la veo en mi recuerdo, así que de un salto la dejaba, me echaba a rodar cuesta abajo, arrastrando piedras y matorrales enteros en mi caída, todo lo cual volvía la escena más verosímil, aunque luego tuviera que escarpar ayudándome con las uñas, pues me era necesario de todos modos continuar el camino y llegar adonde iba. Y luego, cuando al dar vuelta a una curva vi venir a Sherry a lo lejos, y me sonrió abiertamente para que fuera visible a través de la distancia, parecía que el sol hacía brillar el aire de tal manera que la sonrisa de Sherry se me vino encima como un rayo de luz, y provocó reflejos a su paso entre los manzanos que bordeaban la carretera. Pero este brillo era un puro espejismo provocado por mi conciencia disciplinaria, pues en seguida recordé que al llegar al lado de Sherry ella frunció el entrecejo hasta que estuvo segura de que era yo mismo. En estos casos, Julia me escuchaba con cuanta cautela es preciso, poniendo a contraluz cada una de mis palabras como si se tratara de billetes, en busca de uno falso. Los problemas empezaban cuando tomaba esta actitud en el momento equivocado. No sucedía con mucha frecuencia, pero

sucedía. Veía que sus ojos me escrutaban, me amenazaban: "Al primer movimiento en falso, disparo." Si estoy de buen humor, la desarmo a base de bromas y de trampas en las que ella cae siempre. Pero si no, su dureza me da miedo, me pone nervioso, me obliga a sentirme culpable. Si no cumple su promesa es por pura magnificencia, pues en verdad que empiezo a dar pasos en falso y, cuando me da por esto, termino siempre en el suelo. Equivocaba las fechas (era una falla grave dada la cortedad de mi estancia en Alemania) y Sture partía antes de haber llegado, ¿y cómo pudo Mariella haber bailado con él esa noche si esa misma tarde había tenido lugar aquella escena en el bosque tras el Instituto? Mi historia era archifalsa, se derrumbaba solita. Pero como sabía que es cierta, volvía a empezar, un poco de paciencia, y al poco rato la situación se había normalizado, y a ver quién me detenía, quién convencía a Julia de que se le habían entumecido las piernas, quién la obligaba a mirar por la ventana cuán tarde se había hecho, quién la prevenía contra su excesiva credulidad.

Mientras hablábamos, afuera pasaban los enérgicos automóviles, las gentes con su torpeza se acarreaban desgracias, se formaban grupos de adolescentes, se cumplían o no se cumplían citas, y había quien pedía limosna y quien daba golpes al aire. Pero Julia y yo, para decirlo de una vez ahorrándome las complicadas explicaciones que había proyectado, no por hablar éramos menos activos que la muchedumbre en la calle. Para no perder los hilos de mi historia, debíamos estar

siempre bien despiertos como si atravesáramos una avenida antes de la señal para los peatones. ¡La anécdota era tan complicada! Es difícil tragarse esto, lo sé. Viéndome encerrado en aquel cuarto durante horas y horas, simplemente hablando, sin la menor gana de salir a la calle, sin acercarme a Julia, precisamente hablándole como para impedir que se acercara, es difícil imaginarme héroe de tantas aventuras en Alemania, y tan variadas. Bien, hubo un tiempo en que yo detestaba hablar. Hubo un tiempo, por ejemplo dos años antes de aquella tarde, en que le hubiera dicho a Julia en respuesta a cualquier observación suya sobre el color de mi pelo: "Hablas demasiado", y de inmediato me habría puesto a darle de besos, para enseñarle qué me hacía desairar las palabras. ¡Y esas conversaciones interminables, viciosas, absurdas, en que se desperdiciaban mis amigos, por las que los despreciaba! Luego, sin la intervención en mi vida de un incidente revelador, sin ninguna experiencia terrible, empecé a cambiar, no podría precisar siquiera en qué momento. Me volví fanático. Y cuando sucedió que alguien me dijera, porque en efecto sucedió: "Hablas demasiado", ¡qué caro le hice pagar esta frase idiota! Maquinaba procesos complicadísimos para obligarlo a entrar en el engranaje de las palabras, y que se quedara allí atrapado para siempre, incapaz de ver su propia torpeza, balbuciendo incoherencias rabiosas. Esto no parecerá una fanfarronada a un seductor, que así besa, primero echando todo su ser hacia adelante como en una embestida, y luego, de una manera sutilmente, infinitamente gra-

duada, se va retirando del juego, parece que perdiera su fuerza en el beso pero en realidad se retira voluntariamente, y entonces es la otra boca la que ata la suya, la que embiste, y quiere decir que el seductor ha vencido. Así hago yo con los incrédulos. Y mi poder no depende de su incredulidad ni de las palabras que utilizo, sino de la creencia ciega que tengo en mi propio poder, y esta afirmación permite diversas interpretaciones. Una: Julia, si parece cuando le hablo una mariposa que se fingiera muerta, inmóvil sobre un muro, no es que mi historia se le haya clavado en el pecho como un alfiler, y si guarda un silencio respetuoso, no se lo imponen las resonancias graves de mi voz; sino que toda su actitud está dominada por la compasión maternal que le despierta mi fanatismo. No digo las otras interpretaciones, porque ésta es la que me convence más, la que prefiero. Sólo así me parece Julia sensata acrecentando su amor por mí a medida que mi historia avanza, sólo así acepto sus miradas tan intensas y tan inútiles como los gritos que lanzan los niños en el cine para advertir al héroe que detrás de la puerta hay alguien escondido. Sólo así, también, mi poder de seducción no me espanta y se deja manejar dócilmente. Sólo así, por último, si alguien me acusa de desperdiciar mi energía vital en habladurías, estoy seguro de que se equivoca.

Allí —le contaba un incidente en que mi actitud fue equívoca y así eran mis palabras— la cara de Julia se puso terriblemente seria. ¡Cómo se ensombrecían sus ojos!, pensaba cuando no los

veía, sabía antes de verlos. Apresuraba el relato para cerrarle la puerta a las asociaciones mentales que me producían sus ojos, pensarlas sería un derroche inútil. Era mucho más sensato tratar de descubrir la profundidad del asombro de Julia, si era sincero, en ella que me conoce tan bien. La frase que inicia este párrafo está equivocada: no es verdad que haya puesto una cara terriblemente seria, sino que frunció el entrecejo porque un rayo de sol, atravesando la ventana, le picó los ojos. Habría que descubrir entonces la causa de mi error... Y la causa es la turbación que me produce la pequeñez de mi batalla. Mi víctima es indefensa, mi causa noble, mis armas mediocres, mi triunfo sin gloria. En cambio Rolando, en cambio El Cid... Para mí todo consiste en ganar una mirada, en lograr que alguien pronuncie una cierta frase, o escriba una carta, o sonría en el momento preciso. Pero Rolando, El Cid... Ellos, cuando hablaban, empezaban con una letra mayúscula cuyo significado es que antes había sido necesario poner punto y aparte, que comenzaba un nuevo párrafo en el tiempo. Eran gigantescos, insomnes, católicos. Eran sobre todo necesarios, cada una de sus palabras indispensable; mientras nosotros hacemos vacilar las nuestras como vacilaría en nuestras manos una lanza medieval. Así conté aquel incidente de una manera equívoca, sin asumir mi responsabilidad, y repartí la culpa entre las palabras que usaba, a ver a cómo les tocaba, que se arreglaran como pudieran. Si el amor de Julia por mí no fuera tan ciego, me habría echado en cara mi afeminamiento. Pero el

dios alado y ciego revoloteaba a nuestro alrededor, sin horario fijo, aunque su presencia es infalible cuando trato de ocultar una verdad y Julia rehusa buscarla. Fingimos no verlo, como si no fuera gracias a él que vivimos juntos, que nuestra mutua posesión no es un malentendido (podría serlo porque Sherry es invención mía, Eduarda era Eduardo, y en cuanto al silencio de Julia... ya se sabe). Más bien nos incomoda su aspecto, sus alas juguetonas en un momento tan grave, sus nalguitas rosadas, sus rizos incontables, ¡su carcaj! ¿Acaso me atrevo a decir, es tan ridículo, su nombre?

POSGUERRA

para Rodolfo y Marta

Así fue: a las siete y media de la noche cayó la primera bomba sobre la ciudad de México. Yo de inmediato pensé en una elegía con epílogo y todo. Entré en un café y sobre una servilleta de papel escribí los quince primeros versos. Fue muy emocionante, mi inspiración hablándome en voz baja en medio del desorden provocado por la explosión. Por si acaso abajo anoté la fecha: 15 de agosto de 1968. Por qué no se me ocurrió otra cosa más que escribir versos, no lo sé. Instinto de conservación probablemente. Al salir del café me enteré de que habían caído dos bombas más. Y tres inmensos hongos de fuego se veían a lo lejos. Para ser sincero el espectáculo era bellísimo. Los hongos parecían fuego petrificado. Cerca de mí pasaban autobuses repletos de gente. Los pasajeros se amontonaban frente a las ventanillas para ver aquello. Decían "oh" y "ah" maravillados. A los niños los alzaban en hombros para que vieran. Los pobres parecían especialmente entusiasmados. Es natural: el más bello espectáculo que verían en sus vidas. Gratis. Pero a mi alrededor sucedían también cosas dignas de atención. La calle estaba tapizada de cadáveres. De un brazo sin dueño tomé un reloj que marchaba todavía, al pasar. No como un robo sino para guardar un

recuerdo. Había mujeres llorando en los quicios de las puertas. Muchachas con uniforme escolar aferradas a sus maestras que eran monjas. Era un lloradero infernal. Hasta ese momento no tomé conciencia del peligro inmediato y me dirigí a una librería. Tomé del aparador un libro de bolsillo que daba instrucciones para entre otras mil cosas protegerse contra las bombas atómicas. Las leí todas pero teniendo en cuenta mis posibilidades ninguna de ellas podía ponerse en práctica. El mundo era inmoral y especialmente poco precavido, pensé. Que un muchacho de mi edad no supiera protegerse en casos semejantes. Tengo dieciocho años. ¿Para qué servían las escuelas entonces? Afortunadamente no me sucedió nada. Pero esto se debió a mi buena suerte y no gracias desde luego a una educación desligada de la realidad. La frase no es mía pero la entiendo perfectamente y esto me da derecho a usarla. Me abrí paso entre la multitud hasta una plataforma de metal. La habían levantado con motivo de un mitin político ese mismo día. Pensé que desde allá arriba podría ver mejor y me subí. Los hongos seguían inmóviles. La gente en cambio se movía confusa y violentamente. Sobre la plataforma había un micrófono y me puse a gritar frente a él. "Bueno bueno bueno" dije para probarlo. Estaba conectado a todo volumen. Sentí que era mi deber hacer algo por aquella pobre gente que gritaba despavorida y se arrancaba los pelos de desesperación. Dije "¡Silencio!" enérgicamente y nadie me hizo el menor caso. De cualquier manera decidí continuar. "Hay que jugarse el todo por el

todo" dije no sé por qué. "Hay que conservar la calma. Es en los momentos difíciles cuando el hombre da la dimensión de su valor. Hagamos a un lado nuestros pequeños intereses individuales. En esta hora en que la patria sufre." Etcétera etcétera. A todo esto los de abajo seguían corriendo y llorando y retorciéndose. Nadie había prestado atención a mis palabras. Sólo un niño como de cinco años se detuvo frente a la plataforma para oírme. Pero el imbécil no parecía entender el significado ni la buena intención de mi discurso. Y al final me enseñó su pipí con una sonrisa perversa. Pero no protestó ni aplaudió. ¿Cómo explicar esta indiferencia? La expliqué así: es un hecho que la gente ya no cree en lo que lee. El incidente que acabo de contar lo prueba. Pues tímido e incapaz de pensar cuando estoy frente a un público no utilicé en mi discurso más que frases que había leído en los periódicos. Anonadado por dos fracasos sin intermedio (el libro y la arenga) me alejé de allí. Muerto de desencanto. ¿Por qué no convertirme en un adolescente rebelde? Siempre había tenido unas ganas locas de serlo. Pero un optimismo innato e indomable me había impedido hasta ese momento encontrar una razón para justificarme. Ahora tenía una razón. Sin embargo las condiciones extraordinariamente graves en que me encontraba me hicieron posponer una vez más toda rebelión antisocial. ¿Y a quién me encuentro de pronto? A una muchacha bellísima con las ropas desgarradas. Con ese aire de indiferencia que me enloquece. Estoy seguro de que era una actriz de teatro. O por lo

menos de televisión. Cuando nuestras miradas se encontraron nos quedamos inmóviles como hongos atómicos. Tuve el impulso de hablar pero ella me lo impidió diciendo "No digas nada" a tiempo que ponía delicadamente su mano sobre mi boca. Era un gesto decididamente teatral. O por lo menos cinematográfico. Me dijo "Ven" y la seguí. Que el encuentro de mis sueños se realizara en tal situación. Que no hubiera necesidad de palabras como en mis sueños y las novelas. Quise tomarla de la mano y me dio una bofetada. Fue el único detalle desagradable y contradictorio. Caminamos uno junto al otro durante cuadras y cuadras sin hablar. Todos se volvían a mirarla. Yo estaba tan orgulloso. Algunas mujeres que en los rincones protegían a sus hijos los olvidaban un momento al verla pasar. Estoy seguro de que era una actriz. Finalmente llegamos a un parque y comprendí que era nuestra meta. Pero no podíamos sentarnos porque todas las bancas estaban ocupadas por racimos de heridos y enfermeras. Había también allí familias enteras cuyas casas habían sido destruidas y no encontraban otro refugio. Sin embargo la actriz y yo logramos sentarnos gracias a mis codazos y a sus miradas lánguidas. Allí fue lo mejor. Hablamos de lo maravilloso que había sido nuestro encuentro en medio de ese escándalo desorganizado y de mal gusto. De la inmediata comprensión de nuestras almas. Ya se sabe que los ojos son las ventanas del alma. Luego nos dimos un beso nada teatral. Solamente uno para mi desgracia. Ella debía marcharse de inmediato a quién sabe dónde diablos.

"Así debe ser" me dijo. Yo no estaba nada convencido pero el tono de su voz era encantador. Cuando me dio la espalda y empezó a alejarse pensé seguirla con la mirada hasta que desapareciera tras el horizonte. Cuando en eso viene uno de esos tipos degenerados que se aprovechan del desorden para dar rienda suelta impúnemente a sus bajos deseos. Andaba enseñando su enorme sexo erecto a todo el mundo. Vio a mi niña y se le echó literalmenta encima. La pobre víctima empezó a dar unos alaridos conmovedores. Nadie le prestó atención. Pero su demanda de socorro iba dirigida obviamente al que esto escribe. Vi que el tipo aquel tenía una mente enferma en un cuerpo perfectamente sano y era de toda evidencia mucho más fuerte que yo. Al final lo identifiqué como el campeón nacional de lanzamiento de jabalina. Así que no pude hacer sino dar un suspiro desconsolado y alejarme de allí. De todos modos mi encuentro con la actriz había sido estupendo y lleno de detalles sugerentes y conmovedores. A todo esto ya eran cinco los hongos que se elevaban más altos que los edificios más altos de la ciudad de México. Los avances científicos de nuestro tiempo son asombrosos. Había visto antes fotografías de explosiones atómicas, pero la realidad es inimaginable e infotografiable. No cabe duda de que vivimos en una época tan interesante y tan llena de emociones fuertes que es una fortuna haber nacido en este siglo. No soy ya el único en pensar así. Precisamente encontré un grupo de muchachos y muchachas de mi edad que escuchaban un radio portátil de transistores

y decían en voz alta lo mismo que acabo de decir. Oían noticias de todo el mundo. Así me enteré de que había hongos sobre todas las ciudades de la tierra. Mientras más importante era una ciudad más bombas lanzaban sobre ella. Los muchachos estaban felices porque México llevaba ya cinco y había un argentino entre ellos y sobre Buenos Aires no habían caído más de cuatro. Sólo uno de ellos con una infalible cara de erudito estaba furioso porque él se orinaba sobre los nacionalismos. A él le importaba el lado científico del asunto y se quejaba con amargura del atraso del país en este aspecto. Un cordón de policías le había impedido acercarse a los hongos. Le aconsejaron que estudiara en los muertos las consecuencias de las explosiones. Pero ese campo no le interesaba y después de todo la medicina no iba tan mal en México. Se consolaba tratando de explicar a sus amigos términos de física termonuclear y era escuchado con admiración. Él aprovechaba su superioridad para flirtear con las muchachas del grupo. Como era muy feo el éxito obtenido le causaba tal alegría que había olvidado a sus padres y a sus hermanos. Una de las bombas había caído justamente sobre su casa y su familia había sido declarada por la policía "desaparecida". Después de un rato las muchachas se cansaron y exigieron un cambio de estación. Encontraron una conveniente y todo el grupo empezó a bailar. El entusiasmo creció. Los muchachos corrían a la cabina telefónica más cercana para solicitar al animador del programa sus piezas preferidas. Cuando una de sus solicitudes era com-

placida echaban hurras y sombreros al aire. Qué reconfortante fue para mí y para todos los otros espectadores comprobar que aun en los momentos de mayor desgracia hay jóvenes que saben divertirse y conservar el rostro sonriente. Hubo de todo anoche. De todo. Momentos inolvidables. Uno de ellos fue mi encuentro con un artista escultor. Me había detenido a ver caer un edificio de quince pisos. Hacía media hora que rechinaba y su desplome definitivo estaba previsto para cuatro minutos más tarde. Una multitud inmensa se había reunido para presenciar el espectáculo. Los de la televisión también estaban allí y entrevistaban a diferentes espectadores. Todo mundo se moría de ganas de ser entrevistado. Yo también, lo confieso. Los que no tuvimos suerte nos consolamos saludando hacia la cámara por si algún conocido estaba viendo el programa. Al fin llegó el momento esperado. Se encendieron los reflectores. Los cinco pisos de lo alto cayeron uno sobre otro a intervalos regulares. Los diez restantes se desplomaron de un solo golpe con un estruendo horrible. No se formó una montaña de escombros como había pensado. Sino que éstos quedaron desperdigados en varias cuadras a la redonda. Por alguna razón que ignoro el público pareció decepcionado y se marchó de allí de inmediato. Murmurando. Me quedé allí contemplando los chorritos de polvo que salían de entre las ruinas. Fue entonces cuando descubrí a un joven con barba al parecer buscando algo entre los pedazos de cemento y metal. Lo observé con atención y no me equivocaba. El hombre miraba

los escombros con gran detenimiento y luego los metía en una bolsa que llevaba al hombro. Era muy exigente. De veinte trozos examinados escogía uno. Y a veces con un reticente encogimiento de hombros. Picado por la curiosidad lo seguí a poca distancia sin lograr adivinar el significado de sus acciones. Al cabo de veinte minutos hice a un lado los convencionalismos sociales y le pregunté abiertamente qué es lo que hacía. Entonces me contó que era escultor. Proyectaba construir esculturas con esos despojos. Dijo que eran una expresión de nuestra época. No pude replicar palabra. Reconocí el valor de su tarea y me ofrecí a ayudarlo. Pero él rechazó mi ofrecimiento alegando que la elección del material era una cuestión de sensibilidad. Una decisión íntima, así él ejercía su libertad. "Bueno" dije yo humildemente. Le pedí que por lo menos me permitiera acompañarlo durante un rato. "Si no hace demasiado ruido" dijo. Así que lo seguí en silencio. Aprovechando un momento en que parecía feliz por un buen hallazgo le pregunté su opinión sobre los acontecimientos de las últimas horas. "Yo no juzgo" me contestó con impaciencia. "Yo nada más expreso mi tiempo." Otra vez lo único que se me ocurrió decir fue "Bueno". Decididamente me impresionaba su solemnidad. Pero por eso mismo empezaba a sentirme incómodo. Entonces no sabía cómo despedirme. Nunca antes había hablado con un artista. Aproveché que un fleco de la multitud pasó a nuestro lado para hacerme el perdido. Luego me arrepentí porque el espectáculo que daban los habitantes de la ciudad era más bien bochorno-

so. Había gentes llorando por todas partes. Hasta los hombres lloraban, con eso les digo todo. Hasta los padres de familia lloraban desvergonzadamente delante de sus hijos. Los hombres se abrazaban sin ningún pudor para llorar abrazados unos contra otros. Nadie se limpiaba los mocos. Nadie usaba pañuelo. Un señor de lentes y calvo muy serio se había orinado mientras lloraba y no se había dado cuenta siquiera. Otro se había echado al suelo boca abajo y la gente lo pisoteaba sin miramientos. Por llorón. Sólo vi a un indio que se cubría discretamente los ojos con su sombrero. Pero tal vez estaba muerto. Los que tenían con qué se encondían para llorar en sus automóviles con vidrios opacos. Pero la mayoría lo hacía a la vista de todos. Temiendo que la cobardía general me contagiara me metí en la primera casa que encontré abierta. Pero qué casa aquélla. Una mansión principesca con alfombras de mármol y columnas persas. No, al revés. Su solo recuerdo me confunde. Subí al segundo piso para asomarme al balcón y contemplar el panorama desde allí. Había seis hongos de oro puro sobre la ciudad. La mitad de los edificios estaban totalmente o en parte destruidos. Las gentes se arrebataban los periódicos de las manos pero las últimas noticias no satisfacían a nadie. Eran siempre atrasadas. Se esperaba de un momento a otro un mensaje presidencial televisado. Había una excesiva afluencia de carros de lujo sobre la calle. Según parece adolescentes de los barrios pobres habían aprovechado el pánico general para apoderarse de los automóviles estacionados en las calles de los barrios

ricos. Era notable su preferencia por los coches deportivos descapotables. Esos permitían más fácilmente hablar con las mujeres que iban a pie e invitarlas a dar una vuelta. Sin embargo las autoridades de la ciudad dieron una vez más pruebas de su astucia ya tradicional. Se publicó un decreto prohibiendo a las mujeres caminar por las avenidas. Sencillo pero efectivo. Y una guardia de a pie detenía a las que pensaron que sería divertido ir a dar la vuelta con los adolescentes. Así se evitaron incidentes desagradables. Los muchachos pronto se vieron reducidos a la impotencia con todo y coches deportivos. Furiosos de despecho empezaron a tocar los cláxones todos a la vez. Por un momento lograron llamar la atención pero pronto fueron olvidados. Había muchas otras cosas que ver. En medio de tanto dolor había grupos de personas que manifestaban una ruidosa alegría incomprensible para los demás. Uno de ellos estaba formado exclusivamente por mujeres. Según me dijo alguien pertenecían a una sociedad de madres de familia de clase media. Pasaban en fila india tomadas de la cintura. Celebraban la muerte del aburrimiento. La monotonía de su vida diaria había sido rota. Valía la pena de celebrarse. Habían sido destruidos la rutina y el hastío que las hacía dignas de compasión a los ojos de los jóvenes escritores. Ante los sucesos actuales las mujeres de edad mediana no tendrían ya necesidad de buscar amante o convertirse en beatas para llenar sus vidas. Esto fue una de las razones que me impidieron formar juicios apresurados. Ya se sabe que uno habla de

la feria según le va en ella. Pero observar los diferentes aspectos del acontecimiento favorecía mi imparcialidad. Y esto es necesario en nuestra época tan llena de contrastes. Se contaba por ejemplo la historia de un padre y su hijo que habían muerto en el incendio de su departamento en un octavo piso. Uno de ellos pudo ser salvado. Pero los bomberos perdieron la oportunidad porque no supieron a quién sacrificar. En el momento de izar la escalerilla se produjo la discusión. Según la mitad del cuerpo de bomberos el hijo merecía la vida puesto que la juventud es un tesoro divino y una esperanza para el futuro. Pero la otra mitad opinaba que más sabe el diablo por viejo que por diablo y que la vida empieza a los cuarenta. Hubo una escaramuza a base de proverbios y otras expresiones de la sabiduría popular. La gente de la calle que oía la discusión intervino a favor de un bando o del otro. Aquello estuvo a punto de convertirse en una batalla campal. Afortunadamente alguien hizo notar que padre e hijo habían desaparecido ya entre las llamas. Así fue restablecida la armonía. Quedamos en que yo veía desde el balcón el panorama entero de la ciudad. De pronto me sentí muy triste al ver que todos los palacios (llaman a México "ciudad de los palacios") habían desaparecido o estaban a punto de desaparecer por culpa de esa guerra estúpida. Estaba a punto de llorar cuando descubrí a una mujer a mi lado. Por su uniforme supe que era una sirvienta de la casa. Según me dijo, cuando los dueños salieron huyendo ella y los demás criados decidieron permanecer allí y tomar

posesión de la casa. Me invitó a bajar a la sala y acepté. El presidente iba a decir su mensaje. Encontramos frente a la televisión a los otros criados. Entre hombres y mujeres eran nueve en total. La vieja me presentó y todos me saludaron calurosamente. Me ofrecieron el sillón más cómodo y una muchacha fue a la cocina a prepararme un martini seco que trajo al instante. Me dejé querer. Ellos parecían encantados de poner en práctica las buenas maneras aprendidas de sus patrones. Pero ahí estaba ya el presidente. Todo mundo guardó un respetuoso silencio y yo también. El presidente recordó "la tradicional postura independiente del gobierno mexicano" en los problemas internacionales. Precisó las dificultades de esta posición ante "los avatares del devenir histórico". Hizo un llamado a "la conciencia nacional". De paso criticó a la prensa amarillista que despachaba al extranjero noticias "exageradamente alarmantes" en cuanto al número de muertos. El pueblo sufría pero "¿estaba él en un lecho de rosas?" En esto el mayordomo hizo una comparación simplista y tendenciosa entre su cama de resortes y el colchón del presidente. Los demás indignados lo obligamos a callarse. Para terminar el presidente anunció que al instante saldría al extranjero para entrevistarse con "los jefes de los estados amigos". El país debía hacer acto de presencia y "dejar oír su voz" en un acontecimiento tan importante para el "futuro de la humanidad". Entre tanto confiaba en nuestro valor puesto que "el cielo había hecho un soldado de cada uno de nosotros". Una ovación inmensa siguió al discur-

so. Tuve que despedirme de los nuevos propietarios con gran pena. Su compañía me resultaba muy agradable pero el discurso del presidente había inflamado mis sentimientos patrióticos y decidí salir a la calle y colaborar de alguna manera en algo. Los nuevos propietarios no se resignaban a verme partir. Habían empezado a discutir diversas proposiciones para cambiar la disposición de las piezas en la casa y el color de las cortinas. Estaban convencidos de que mi opinión era sumamente valiosa. Me deshice del compromiso como mejor y más rápido pude y salí a la calle. Pensé ir a ofrecer mis servicios a la Cruz Roja. Por cierto que hasta entonces no noté la curiosa ausencia de ambulancias en una situación tan propensa a los accidentes. Me explicó el misterio el conserje del edificio central de la C. R. Absolutamente todo el personal y los directivos habían sido víctimas de desgracias personales o habían desaparecido en el desorden general. Le dije cuánto lamentaba lo sucedido. Pero el viejo era un optimista de la peor especie. Me dijo que tal vez era mejor así porque la mitad de los hospitales habían sido destruidos. En el mejor de los casos habrían tenido que colocar a un número indefinido de pacientes en cada cama. Esto hubiera provocado contagios y promiscuidades. Y esto hubiera provocado a su vez epidemias y relajamiento de las costumbres. En otras palabras la Cruz Roja era impotente como su conserje en una situación de esta naturaleza. Entre tanto los ruidos provenientes del exterior parecían crecer. Mi curiosidad pudo más que mis sentimientos de solidaridad y

salí a la calle. El desorden continuaba. Aunque no se esperaban más bombas la gente no recuperaba la tranquilidad. Los taxistas estaban más groseros que nunca y cobraban por sus servicios un ojo de la cara. Las prostitutas en cambio ofrecían gangas al por mayor. Los agentes de tránsito hacían su agosto debido a las numerosas contravenciones a las reglas y aceptaban sobornos sólo si eran más altos que de costumbre. Los dueños de los cines también se aprovechaban de la confusión y pasaban las películas que la oficina de censura había prohibido con un éxito de taquilla sin precedentes. Los grandes supermercados eran víctimas del saqueo por parte de las clases desposeídas. Las menores de edad habían salido clandestinamente de sus hogares y encontraban en la calle a sus novios sin temor al qué dirán. No había policías suficientes para detener a los innumerables borrachos tendidos en plena vía pública dando a la ciudad un aspecto vergonzoso. La embajada de los Estados Unidos fue apedreada por un grupo universitario de izquierda y ningún funcionario gubernamental había podido mover un dedo para detener la agresión de los extremistas. Por ello se esperaba de un momento a otro el anuncio de represalias económicas que agravarían aún más la situación del país ya de por sí grave. Yo debía hacer un esfuerzo inmenso para no flaquear en mis más profundas convicciones. Para convencerme de que todo aquello no era más que un desarreglo momentáneo pero que a pesar de todo los valores esenciales seguían intactos. Con la esperanza de fortalecer mi confianza en el mundo

me dirigí a una iglesia cercana. Ante las puertas abiertas del edificio se arremolinaba una multitud furiosa y gritona. Supuse que esto se debía a que en el interior no cabía ya un alfiler. Pero me abrí paso entre la multitud y cuando llegué ante una de las puertas descubrí que la iglesia estaba vacía. Una cerrada fila de curas impedía la entrada. Parecían muy indignados y sin embargo no respondían a los insultos que la multitud les lanzaba. La cólera divina se ha caracterizado siempre por la dignidad. Tuve que acercarme todo lo posible para entender las palabras que uno de los curas murmuraba con los dientes apretados. "Ahora sí, ¿verdad?" decía. "Malos cristianos. Sólo se acuerdan del Señor cuando están en dificultades. ¿Cuándo ha venido uno de ustedes a confesarse? ¿Cuándo han cumplido uno solo de los Diez Mandamientos? Hipócritas. Cobardes. Dios dijo que ayudará a quien se ayude a sí mismo. Pero ustedes lo esperan todo de la gracia divina." No me cupo duda de que estaba en lo cierto y me sentí muy avergonzado. Me disponía a retirarme cuando sucedió un incidente inesperado. Una anciana que Dios sabe con qué artes pudo colarse hasta primera fila logró ser reconocida por uno de los curas. Éste atestiguó que la vieja era una buena católica practicante. Iba a misa todos los domingos y fiestas de guardar. La fila de curas se abrió en dos para dejarle el paso libre. Y ella entró con una mirada de triunfo francamente insultante. La multitud no comprendió de qué privilegio gozaba la vieja y los insultos redoblaron. La presión contra la barrera de curas se dejó sentir con más fuerza y menos respeto. Yo quedaba aplastado contra un cura joven y le pedía disculpas. Pero de pronto él aprovechó el tumulto para deslizar una de sus manos entre mis piernas y esto me hizo ponerme de parte de la multitud. Así que empecé también a empujar hacia adelante. Estábamos a punto de vencer la resistencia cuando sucedió algo que en un principio pareció un milagro. Una voz cálida y afectuosa se extendió por el aire. Todo mundo supo de inmediato por pura intuición que era la voz del enemigo. En otras circunstancias a nadie se le hubiera ocurrido pensarlo. Pero entonces nadie lo dudó. Y así era en efecto. Subió de la ciudad un silencio total. Y la voz bajó: "Atención. El Comando General ha decidido cambiar por completo la estrategia seguida hasta este momento. El Comando General lamenta los daños sufridos por las naciones amigas y neutrales. Se estudia ya la creación de una oficina internacional de indemnizaciones. Por el momento se les ruega prestar atención a la siguiente información. Será disuelto en el aire un gas de acción instantánea con un poder singular: borrará de su memoria todo lo sucedido a partir de la primera explosión. Inmediatamente después quedarán dormidos. Este gas ha de ser aspirado en el momento preciso que se les indicará, pues pierde su poder de acción fragmentos de segundo después de haber entrado en contacto con el aire. Estamos convencidos de antemano de que colaborarán con el Comando General y que nadie desea no olvidar esta pesadilla. Agradeciendo la atención prestada a su solicitud, el Comando General queda de us-

tedes su Seguro Servidor." En efecto nadie tenía deseos de recordar. Y la gente se preparó para recibir el gas. Las narices congestionadas a causa de tantas horas de llanto ininterrumpido fueron concienzudamente escarbadas. De modo que cuando comenzó a sonar en el aire la cuenta al revés todo el mundo alzó unas limpísimas fosas nasales en espera del cero y del gas benefactor. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Era una de esas voces que usan para anunciar las pastas dentríficas o los productos de belleza. Yo levantaba mi nariz como todos los demás. La ciudad de México en pleno levantaba la nariz. Y según decían las informaciones el mundo entero. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. En ese momento estornudé y cuando volví a levantar la cabeza vi que la gente había adquirido un aire soñoliento. Yo mismo di un bostezo y a través de mis párpados entrecerrados pude ver todavía a la multitud que caía al suelo con un movimiento ondulado como el de un trigal movido por el aire.

A la mañana siguiente me desperté a las siete pero perdí dos horas y media esperando el autobús que me trae a casa. Los servicios públicos de la ciudad son increíblemente poco eficaces. Provocan muchas quejas justificadamente airadas. Sin embargo esa mañana la gente parecía aceptar con tristeza o fatigada las usuales molestias. Quiero decir que del entusiasmo de la noche anterior no quedaba rastro. En fin que llegué a casa después de las diez. Mi madre no contestó a mi saludo. Sólo me dio dos coscorrones. Con una sonrisa perversa me anunció que mi padre quería hablar conmigo. Dios mío. Sabía lo que me esperaba.

Era yo un ingrato y un irresponsable. ¿Me creía ya un hombre con derecho a pasar una noche fuera sin pedir permiso? Con bofetadas para marcar el ritmo. Como quien dice la guerra. Así fue. En eso entró mi madre despeinada y aullando. Empezó a darme de besos y a revisarme el cuerpo en busca de heridas. Como no las encontró volvió a tomar su aire de madre ofendida. Era un milagro que estuviera sano y salvo después de los terremotos y las tormentas de la noche anterior. La mitad de la ciudad había sido destruida y el número de muertos ascendía a más de un millón. La causa eran unas imprevistas explosiones en la superficie solar. Así lo decían la prensa y el radio y la televisión. Pero no me iban a perdonar tan fácilmente, ah no. Durante un mes no tendría derecho a usar mi motocicleta. Por el momento bastaba con encerrarme en mi cuarto sin comer. Mi padre era muy severo y además inflexible. Pero mi madre tal como lo supuse se deslizó a escondidas de él hasta mi cuarto con una taza de chocolate y galletas. Baño de besos y lágrimas. Antes de irse me informó que mi padre comenzaría a las cuatro de la tarde sus actividades en calidad de miembro del Comité Nacional Voluntario de la Restauración. Así que entonces podría salir a la sala y ver televisión con mi madre. Poco antes llamé por teléfono al Güero que es mi mejor amigo. Le hice algunas preguntas para tantear el terreno. Por sus respuestas comprendí que el muy imbécil no había estornudado en el momento preciso. Él estaba muy excitado y quería que nos viéramos. Le dije que no me dejaban salir. Hu-

biera podido ir a encontrarlo con la complicidad de mi madre pero decidí que sería inútil tratar de comunicarme con el Güero si él había olvidado como todos los otros. Aparte de él no tenía a quién recurrir. Deprimido fui a la sala a ver a mi madre. La mayor parte de la población capitalina había puesto ya manos a la obra de la reconstrucción. Lo mismo sucede en todo el mundo, decía el comentador del programa. Se inventaron canciones para acompañar el trabajo y hacer menos pesada la tarea. Las palabras son fáciles de recordar y la música pegajosa. De modo que todo mundo las aprendió de inmediato. "Un nuevo sol de esperanza se levanta en el horizonte" decía el comentador. Aseguró que nos esperaba una vida mejor. La ciudad quedaría aún más bella que antes con los nuevos edificios. Se sufre pero se aprende. Etcétera. Hubo un intermedio comercial. En los diez minutos que duró el "Lord" no dejó de ladrar. Él que es un perrito pacífico e inofensivo. Mi madre no acababa de comprenderlo ni lograba calmarlo. Durante el segundo intermedio comercial del programa se repitió el mismo fenómeno. Apenas empezaba un anuncio el "Lord" lanzaba sus ladridos contra la pantalla. Al fin comprendí que por alguna casualidad el Lord tampoco había olvidado y la voz del anunciador le hacía recordar la voz que habíamos oído la noche anterior. Salvo nosotros dos todo mundo la ha olvidado. Los demás olvidarán incluso las explosiones solares y sus muertos y hasta los trabajos que hicieron para reconstruir la ciudad. Sólo el "Lord" y yo sabemos que vivimos en una época de posguerra. Y

por eso no tenemos ganas de salir a corretear por el campo. Como hacíamos antes. Antes de la guerra.

Colección USBI-X Hero Rodríguez Toro

LOS REYES MAGOS

para Phyllis

001. EL SEXO DE LA MUJER

Los malos alumnos tenían la ventaja de saber más cosas de la vida que nosotros los buenos. De mesa en mesa hacían circular las fotografías reveladoras, versos atrevidos, apodos que daban justo en el lado flaco de los profesores. No había réplica para sus frases terminantes, "la primera vez que uno ve el sexo de una mujer, se desmaya". Yo no lo había visto, como tantas otras cosas. Yo sabía recitar los nombres de todos los reyes emperadores empenachados de plumas de los aztecas pero, ¡el sexo de una mujer! En cambio Maldonado alias MacDonald, con la cara llena de barros ya, incapaz de aprender las relógicas reglas de ortografía, se había atrevido a encaramarse sobre cajas y tablas, que no sé cómo no se cayó, si formaban un castillo de naipes no más sólido, y a asomarse en el preciso momento en que aquella mujer, despeinada y gorda seguro, desnuda, abrió las piernas. Y, claro, entonces él se desmayó. ¿Cómo sin embargo no perdió el equilibrio, sobre la punta de los pies, sobre las tablas sobre las cajas en la oscuridad? No lo explicó. Pero yo la vi, aquella mancha negra, aquel nudo de algas como un hormiguero que estalla y echa chispas marcianas. Así MacDonald se desmayó, es decir, quedó ciego por un momento, ciego dijo él con todas sus letras, e inmóvil y castigado merecidamente. Así quedaba demostrada la regla. Pues no sólo le había sucedido a él sino también, en otra ocasión, a un primo suyo. Así que mis hermanos casados, mi padre, todos los hombres del mundo, comprendidos los de mi pueblo que eran los más importantes del mundo, todos habían sufrido ese desmayo fatal, tirón por los cabellos hacia atrás, deslumbramiento, y los adjetivos más largos y llenos de consonantes de la lengua caían sobre sus ojos cegados. Y en verdad que habría algo sublime en ese sentirse tocado por un rayo, habría un placer inimaginable, de tan grande, quedarse rendidos, petrificados. Lo difícil tendría que venir después, al despertar, sueltos ya de la mano de Dios, recaídos, ¿cómo aceptar la sumisión ante la mujer? Que nos miraría, triunfante, poseyéndonos, probados su poder y su fuerza. Misterio, uno más.

002. EL SAPO

En el patio había un sapo. Y como el tiempo tropezaba al caminar, la vida se convirtió en la persecución del monstruo. En la escuela, batracio se escribía con ba de baba. Palos, piedras y gritos para hacerlo salir de sus escondites improvisados. Debajo de esas piedras, entre esos arbustos, ¡allá! Todos lo sabíamos: si la leche que escupen los sapos te toca los ojos, quedas ciego por el resto de tu vida. Ciego, cuidado, habrás de pedir li-

mosna, los niños te darán de pellizcos, y nadie comprará los chicles que vendas a la entrada del cine. Pero el monstruo baboso anda por aquí, dando saltos enormes, con sus ojos asustados, moviendo las patas como alas atrofiadas, ¿y dónde está la leche, cuál leche? Muchachos, ¡no! Que se prepara, que nos mira, está apuntando. Mejor me quedo arriba de la escalera que baja al patio, en cuclillas viendo la batalla. Pero, muchachos, ¡no! Que el sapo, por entre las hojas que lo cubren, nos espía. Yo soy el elegido, una vez más. No quiere ver a nadie sino a mí. Lo persiguen ellos, y él me mira a mí de reojo en el aire en medio de un salto. Se acerca. Es muy perro este sapo. Si no, ¿por qué entonces viene a colocarse a descubierto, jadeando horriblemente, a punto de estallar? Así fácilmente la primera piedra arrojada lo aplastó como un automóvil a los hombres descuidados. Y al mismo tiempo que los niños lanzaron un alarido de victoria yo recibí en el ojo izquierdo el caliente salivazo del sapo muerto. ¡Mamá! Pero no la llamo para que me frote los ojos furiosa, sino para decirle, llorando, que lo sabía, que el sapo era para mí, que me tocaba, mi sapo mío de mí que me pertenecía. Lo que es cierto aunque no quedara ciego.

003. ESCUPITAJOS

Todos los niños buenos, yo incluido, habíamos ido a la cercana fábrica de hielo a pedir regalados pedazos inservibles. Y regresamos corriendo

al salón de clase para organizar una batalla antes de que la maestra de catecismo con su verruga en la nariz llegara. Había que hacer movimientos de torero para esquivar las volantes piedras heladas. Caían sobre los mesabancos con un estruendo sacrílego, y se despedazaban. Con qué furia tirábamos. ¡Uaao!, casi, por un pelo. Todos fuimos culpables. Y cuando la maestra con su verruga en la nariz llegó, se puso muy ofendida y solemne, no por ella, que era muy buena, sino por Jesús vestido de blanco. Pues cada pecado nuestro, pero en verdad cada uno, era un escupitajo que lanzábamos sobre el cuerpo de Jesús más hermoso del mundo. Él, que esperaba ramitos de flores. Y no, nosotros que éramos crueles como las peores víboras, le escupíamos su brillante túnica blanca perfectamente plisada. Cada buena obra, en cambio, borraba un escupitajo; de modo que su vestido sería distinto a cada momento, ultrajes borrados o renovados de todos los niños del mundo, que serían tantos como todoslosniñosdelmundo. Si veía las cosas objetivamente, para entonces Jesús sería ya irreconocible, desfigurado, repugnante, y sin embargo era difícil representármelo de otra manera que con su túnica perfectamente plisada, y sin embargo no. Ella lo dijo, tenía que ser verdad. Ése era Jesús, pues. Aplastado bajo una montaña enorme de saliva, o cuando menos, porque después de todo había gentes buenas en este mundo carne y demonio, e incluso hubo un santo que no cometió en su vida más que dos pecados, y aunque esto no fuera más que un caso excepcional, y aunque tuviera que modificar generosamente

un poquito mis cálculos de obras buenas y malas, cuando menos Jesús andaría arrastrando hilitos de saliva, toda su túnica empapada, y qué difícil así tener el cuerpo más fresco y hermoso del mundo.

004. LOS PECHOS

En la peluquería donde mis hermanos y yo pasábamos tardes enteras esperando un turno que a veces no llegaba porque Serafín el peluquero era amigo de nuestro padre y no le cobraba en los malos tiempos de papá había revistas científicas o con desnudos que todo mundo podía leer y allí a veces encontraba uno como es natural mechones de pelo negro que es el color de pelo de nuestra raza y fue allí donde encontré un artículo firmado por un Dr. con lentes que prevenía a los padres contra cuando sus hijos se masturban porque esto ocasiona a veces que a los susodichos en la adolescencia les crezcan pechos de mujer debido a fenómenos anatómicofisiológicos todavía no muy bien esclarecidos o acaso no bien comprendidos por mí en una primera y única lectura. Y es fácil ver por qué única, pues el corazón me latió más fuerte y ya no pude no pude por más que quise que quise leer. ¿Cómo esconder mis pechos ya palpablemente nacientes sobre todo más tarde cuando alcanzara la edad adolescente y todo mundo pero sobre todo papá y mamá se enteraran del vicioso secreto que era su hijo desagradecido que tal vez sería mejor convertirse en mujer totalmente y así nadie sabría la horrible verdad

que es siempre horrible y así mis pechos no sólo no serían castigo sino prueba de que nuestras mujeres de las costas del Golfo son sensuales y bien formaditas lo que después de todo era mentira? Pero el milagro sucedería más tarde. El problema inmediato era vigilar mi pecho y tomar las medidas cada día porque si la catástrofe era inevitable había que evitarla y para ello nada mejor que ser prudente y sano de espíritu o sea no masturbarse nunca más. Y de mis hermanos, los dos que eran adolescentes, ninguno tenía pechos. Y de toda la gente que conocía o de la que había oído hablar, ningún hombre tenía pechos. De modo que el Dr. se apoyaba seguramente en casos sucedidos en países norteños, expansionistas y protestantes. De modo que yo sería la vergüenza no sólo de mi familia sino del país entero que ha demostrado mil veces su valor militar y civil frente a la agresión extranjera, incólume, prístino. Y yo, en medio de toda esta desgracia, porque soy traidor, no cabe duda, en medio de este escándalo, porque sería un escándalo, y de los llantos y los insultos, sobre todo en medio de las burlas que inventarían nombres para mi deformidad nunca vista en suelo patrio, yo encontraría el tiempo y el lugar para acariciarme mis propios pechos, apretarme los pezones y, de esto, sacar placer.

005. NO DUCHARSE

Uno no debe ducharse después de comer porque: *1)* se pone uno rojo, *2)* se produce un cólico in-

testinal, *3)* se pierde el conocimiento y *4)* se muere. Está el estómago caliente, en movimiento tormentoso, revuelto, produciendo energía que es más calor. Con el agua el cuerpo se pone tenso, los músculos tiesos, por eso pega uno los brazos a los costados, y da de saltos, como un cohete listo para el lanzamiento. Hay una contradicción entre el estómago forzado al movimiento y el resto del cuerpo que tiende a la inmovilidad. El cólico es producto del choque de estas fuerzas contrarias, y es entonces cuando el calor se vuelve, ¿para qué más que la verdad?, insoportable. El estómago es como si fuera una olla de aceite hirviendo. Y los intestinos, contagiados, se retuercen antes de chamuscarse por completo. Si una punta del intestino, dando volteretas en flamas, toca el corazón, está uno listo, y éste es el caso más frecuente. Aún hay circunstancias que favorecen la perdición de los imprudentes. Pues estar desnudo, entorpecido por el chorro de agua, y cegado por el jabón, hace imposible pedir socorro. Y los de fuera no pueden sospechar qué sucede en el baño. El ruido del agua que cae será más fuerte que cualquier gemido, o que el golpe del cuerpo al dar sobre el suelo, o en fin que el ronroneo de la ebullición general. Así que la familia entera se dirá: "Hoy Fulanito estará muy sucio, porque hace dos horas que se metió en el baño y no termina todavía." Y la verdad es que Fulanito estará bien muerto.

006. LA FRANCESA

Al salir de la escuela pasábamos frente a un Hotel. Se llamaba "Imperial". Allí habitaba una anciana francesa, turista en el pueblo. Su cuarto estaba en el primer piso. Un día la vimos desde la calle porque se había sentado de frente a la ventana abierta de su cuarto. Estaba desnuda. No lo sabíamos pero era lógico. Se le veía hasta el nacimiento de los pechos. O más abajo, pero los tendría muy flácidos y por eso desde la calle no llegábamos a verlos. Pero veíamos lo suficientemente abajo para estar seguros de que no traía blusa. Ergo estaba desnuda. Yo y otros dos nos pusimos a razonar inmediatamente: era muy vieja, nadie le hacía caso ya, nos había visto pasar por allí todos los días a la misma hora, era francesa, se había puesto frente a la ventana para que la viéramos, se proponía incitarnos. Claro como el agua. Entonces hicimos un plan. Nos agenciamos de una revista pornográfica. Al pasar por la Administración del hotel diríamos con el aire más natural del mundo que la anciana era amiga nuestra. En caso de que sospecharan algo rechazaríamos dar explicaciones. Era amiga nuestra y punto, con firmeza. Tocaríamos a su puerta. Le diríamos: "Queremos aprender francés, enséñenos algunas palabras." Así nos sentaríamos alrededor de la mesa. De pronto uno de nosotros sacaría la revista y la abriría, como casualmente. Ella se excitaría al verla. El más grande tendría una erección, y rozaría el brazo de la vieja como por equivocación. Le diría: "Disculpe, es por esa revista",

señalando su bragueta. Así la situación se aclararía, y luego nos tocaría a uno por uno, en el orden que ella escogiera. No podía fallar. El más grande de nosotros dijo: "Si el plan es perfectamente lógico tiene que dar resultado. ¿Y no es perfectamente lógico?" Los más chicos respondimos: "Sí." Y a las siete de la noche, que ya estaba oscuro, especialmente oscuro esa noche, nos fuimos al hotel. Primer buen signo: no había nadie en la Administración. Subimos corriendo pero en silencio. El cuarto de la anciana daba a un corredor, y allí estaba ella precisamente, acodada sobre el barandal, mirando hacia la calle. Se volvió a vernos cuando nos acercábamos. El más grande de nosotros era muy alto ya y ella se asustó, eso fue lo malo, que se asustó. Le dijimos correctamente: "Queremos aprender francés, enséñenos unas palabras." Nos miró asombrada. Parecía ofendida. Dijo algo que no entendimos pero sí que estaba de mal humor, y se metió en su cuarto. Dio un portazo. Entonces nosotros corrimos y bajamos las escaleras corriendo y así hasta que llegamos a un parque sin luz en donde buscamos una banca conocida y, ya sentados, el más grande de nosotros dijo: "No hay crimen perfecto."

007. LAS CULEBRAS EN EL RÍO

De vacaciones en el mar, había ese momento de las tres de la tarde en que todas las señoras se echaban panza arriba para dormir, fatigadas de nosotros, y nosotros no sabíamos qué hacer, o

sí, pero conscientes de que aquello era un paréntesis, de que la verdadera vida no recomenzaría hasta que las señoras se pusieran nuevamente en pie, para lavarnos y hacernos la comida y vigilarnos. Una vez me fui a la orilla del río, yo solo esa vez, para pasar un momento premeditadamente romántico, viendo correr el agua o escuchándola correr con los ojos cerrados. En la otra orilla del río, una muchacha había venido a bañarse. Podía desnudarse sin temor puesto que todos los habitantes de la ranchería dormían, y también los turistas que éramos nosotros. La vi desnudarse y meterse dulcemente al agua, la vi y ella me vio sin inquietarse, no era más que un niño. Le agradecí mentalmente ese gesto de confianza, conmovido, tranquilo. Y la contemplé con descaro, correspondiendo a su gesto, inocentemente. El murmullo del agua se parecía al silencio, y la atmósfera era redonda como en la iglesia, o en el paraíso. Ay, pero de pronto, la muchacha se llevó los brazos al pañuelo que le cubría la cabeza, deshizo el nudo, y dejó caer su pelo larguísimo sobre la espalda y los hombros. ¿Cómo, si ella debía saber que cuando las mujeres lavan su pelo en el río los cabellos sueltos se vuelven culebras? Es que ha olvidado mi presencia, me dije, ella no puede permitir que alguien la vea, así se trate de un niño, en ese momento de maldad y vergüenza. Entonces me escondí tras un árbol para espiarla desde allí, porque mientras yo seguía siendo inocente ella era presa ya de las fuerzas del mal. Pero el mal era hipócrita, como me habían advertido, porque la muchacha,

atenta a su pelo, parecía más bella. Yo veía esas alas negras, escurridizas, sobre su cuerpo como si estuvieran dentro de mis ojos. Porque el bien, como me habían dicho, era frágil. Y esos ojos que yo veía en su pelo flotante como los que hay en las colas de los pavorreales, eran los míos. Mis ojos bajaban por el tobogán de su pecho, tobogán de su espalda, divertidos, e iban a dar al agua patas arriba, muertos de risa. Había mil risitas entonces, cada salpicadura una risita que arrastraba el río, como si fuera tan chistoso. Y no era nada divertido, no, saber que el mal se había equivocado de víctima.

008. POR QUÉ LAS NIÑAS SON DIFERENTES

Yo iba sin camisa a comprar tortillas bajo el sol, con el dedito metiéndolo en todos los agujeros. Iba sin camisa no por el calor, sino porque así me veía más bonito, y mamá estaba de acuerdo. Por allá venían Luisa, Concha y Carmela, tres niñas del barrio, de mi edad, una sola sombrilla floreada para las tres. Pero Luisa y Carmela eran hermanas. Luisa tenía toda su piel cubierta de vellos dorados, porque era morena como Concha. Carmela en cambio tenía la piel blanca, sin vellos. Y los cuatro, yo y ellas, éramos amigos a morir como lo decían todos nuestros juramentos secretos. Pero ellas no me querían tanto como se querían entre sí porque yo era incapaz de defenderlas de Carlos, el hermano de Luisa y Carmela. Carlos era también de mi edad, pero usaba unos zapatones de suelas enormes, le gustaban las correas y los gritos, pues como fui a decirles a mis amigas cuando mi madre me enseñó la palabra, Carlos era nervioso. No había manera de aplacarlo, era más fuerte que nosotros cuatro juntos. Las empujaba, las escupía, les rompía las fotos de los artistas de cine, les jalaba las trenzas. Mientras Luisa y Concha chillaban, y no encontraban insultos efectivos, yo me preparaba un plan de defensa, si me pega le pego, le tuerzo el brazo, le muerdo una pierna, le saco los ojos, me lo como y me lo como. Pero Carmela nos atontaba con sus ojos de canica y su grito fatal para detener a Carlos que se lanzaba contra ellas "¡Las niñas somos sagradas! Recuérdalo siempre: ¡las niñas somos sagradas!" Carlos bajaba los ojos y se iba tan rápido como el gato de las siete botas, creo, y Carmela echaba todavía chispas, implacable, Luisa y Concha se acurrucaban contra sus flancos, agotadas por la emoción, yo miraba mis pantalones azules y cortos, con tirantes sobre el pecho desnudo, bonito pero no sagrado. Sagradas las niñas. ¿Y por qué? ¿Por qué las niñas? A Carmela se lo había enseñado su madre. Eso era lo que más me asombraba: la fuerza con que Carmela había recibido la revelación, la fuerza con que la defendía, la fuerza con que la imponía a su hermano. Porque yo, aun si mi padre me hubiera dicho que los niños somos sagrados, no lo habría creído. Pues yo para ser bonito tenía que dejar al descubierto lo que las niñas por el mismo motivo escondían.

OTRA VERSIÓN

para Tomás Segovia

Corrijo el relato:

Pasó la mañana durmiendo. No, que le gusta tocar el piano en esas horas, antes de lavarse los dientes y desayunar, todavía con las manos temblonas y la cabeza sucia de sueño. Que no: estuvo arreglando el cuarto para la cita ¿pues no fue premeditado el crimen? Al fin de cuentas, la verdad es que pasó la mañana durmiendo, como dije al principio; pero cuesta trabajo decidirse.

Aunque Werner es un nombre raro para un mexicano, puede suceder.

Su cama está escondida, casi, entre dos roperos. Es que no caben fácilmente tantas cosas en un solo cuarto (y nunca se le ha ocurrido ocupar el resto del departamento, que pertenece a su abuela): tanta ropa, el piano, algunos libros, la colección de monedas, la colección de discos viejos, y cachivaches diversos.

Cuando debido a un estado de ánimo extraordinario ponía sus cosas en orden, cantaba:

—Victoria, victoria —de *Tosca,* a grito pelado.

Para celebrar el restablecimiento de un orden, que sólo él entendía.

Mientras tanto Josefina Fernanda tomaba el autobús en Jalapa.

Pero la abuela de Werner le había recomendado, dos meses antes, cuando partía para el hospital, y luego, cada vez que Werner iba a visitarla, los sábados de cuatro a siete, que se cuidara mucho. Y era una vieja mediocre, arquetípica y zalamera. Con unos ojos grandes grandes como los de la abuela de Caperucita Roja.

Hay que darle vuelo a la hilacha.

Así se afanaba Werner esa mañana en la tarea de arreglar el cuarto, porque le gustaba hacer las cosas frenéticamente o de plano no las hacía (se ponía a buscar una razón suficiente y necesaria y nunca la encontraba), y así esa mañana aventaba pares de zapatos bajo el gran sofá de la sala, acomodaba las corbatas donde debía ser, y quemaba papeles inservibles. Aunque ya dije que pasó la mañana durmiendo, mientras Josefina Fernanda venía, impaciente, en el autobús de Jalapa.

Es flaco, tan flaco como un judío después de cinco años en un campo de concentración. O exagero. Es simplemente delgado, y esto lo hace atractivo, al contrario de la delgadez de un judío después de cinco años en un campo de concentración. ¿Qué quieren? Y tiene sus nalguitas bien duras, y las espaldas anchas, lo que no tiene nada que ver con un judío después de etcétera.

Es todo.

Un vecino que pasaba frente al edificio y que, aprovechando que era domingo en la mañana y no había mucha gente en la calle en ese momento, al mismo tiempo que vio cerrada la cortina del cuarto de Werner, normalmente abierta a esta hora, o acaso por eso mismo, durante un momento pensó que...

Werner es nombre de músico, no cabe duda.

Sin embargo, el de Josefina Fernanda no está mal. Pero tiene, ella, una cara plana, inexpresiva, que no se dulcifica, sus rasgos, más que en ocasiones especiales, cuando hace el amor. Y ya vamos a empezar con el amor, dale, que nos persigue.

Proust dijo que la sílaba "antes" despide un fulgor anaranjado. Como Werner ha leído a Proust, y además le ha gustado, es perfectamente lógico que recuerde esta afirmación a menudo, y a veces, como por ejemplo esa mañana, sueña en ella, que se vuelve, el fulgor, un poeta alemán del siglo XIV, o si no, otras veces, cuando la noche anterior comió manzanas, sueña que su fulgor lo trae colgado del hombro, como una bolsa.

Sólo que la noche anterior había luna llena, toda blanca, y sobre ella una nube negra y alargada, como un sombrero estrafalario sobre una calavera.

Calavera que se duerme, se la llevan los gusanos.

Experimento.

Ni ahora que su abuela estaba en el hospital, silencio, salía Werner de su cuarto voluntariamente. Despreciaba, no sólo ignoraba, el resto del departamento. A la sala únicamente para echar los zapatos bajo el gran sofá, un hábito que adquirió desde muy niño. Al baño, privado. A la recámara de la abuela para qué. En su cuarto, siempre en su cuarto. Y ya se sabe que aún no se sabe todavía todo lo que un muchacho llamado Werner puede planear e incluso llevar a cabo si pasa prácticamente día y noche en su cuarto.

¡El cobarde! Conejo. Gallina.

A cada quien su manera de buscar, encontrar, expresar, traicionar, superar, idolatrar, satisfacer, la más íntima necesidad de su ser. Derrochar su sufrimiento, agarrar la felicidad por un pelo, destapar cajas vacías, arriesgar una reprimenda de su respectivo padre.

Es el momento de decirlo, Werner no conoció a su padre. Fue un sacerdote. . . , no digo más.

Aprisa, aprisa.

Tiene disecado un pajarito azul, que vivió durante dos años con él en su mismo cuarto. No es una extravagancia, sino la prueba de su capacidad para amar. Allí lo tiene, sobre su mesa escritorio, y cuando está solo, casi siempre, le da besitos en el pico, porque se quisieron mucho, o si no, simplemente se pone a hablar con él, y le acaricia el plumaje y las uñas puntiagudas. ¡Cómo lo quiere!

Werner es sin duda un muchacho normal, sólo que un poco raro.

—¿Vienes o no? —le escribió a Josefina Fernanda, pero pongo guiones porque ella al leerlo oyó su voz.

Por comodidad, llamémosla J. F., a partir de este momento. B. W. A. J. F. E. E. C.

Pensaba que los suizos serían demasiado limpios, asquerosamente limpios. Las buenas gentes. Y sin conocer a ninguno de ellos; pero no le gustaba Klee. Uf qué discusiones con sus amigos pintores porque no le gustaba Klee. En cambio, a veces sí, pero muy pocas veces, tan pocas que pueden contarse con los dedos. . . de las manos. . . sin compañeras.

De todos modos, para un ratón resulta terriblemente difícil poner un cascabel, pues sus bracitos no alcanzan para rodear el poderoso cuello del gato, y por eso no los culpo (a menos que deba ponérselo en la cola), pensaba también Werner ociosamente.

Echado sobre la cama boca abajo, ausente del mundo, durmiendo, neutro, sin significado, germinando interiormente, más abajo que interiormente, como si cayera, como si hubiera tocado fondo, la respiración suspendida y tensa, en peligro de desaparecer, atado de todas las partes de su ser por los liliputienses del sueño, abajo, lento y largui, si, si, sísimo, y acompasado, con su belleza inútil, con todo el peso enorme y soñoliento de su inutilidad.

Porque "el silencio puede más que tanto instrumento". Y esto destruye el hecho de que al final de esta historia, cuando Werner fue condenado por su horrible crimen, viniera a verlo un periodista norteamericano, tuviera con él largas y difíciles entrevistas, pero fructíferas, y el resultado fuera el éxito de venta más sensacional conocido por la compañía editora.

Así se hace, corazón.

La armonía secreta, íntima de Werner y su alma, de Josefina Fernanda y su alma, de las redes ferrocarrileras, de los sistemas monetarios, de los mecanismos sicológicos, de los periódicos y sus corresponsales en todo el mundo, del desengaño y mi ingenuidad, pero sobre todo la armonía de Werner y su alma.

Los recuerdos atávicos, y las injusticias sociales,

y especialmente la estupidez humana, colgaban del techo puntiagudos, rasposos, sanguinarios, prestos a abalanzarse sobre él y desgarrarlo a un movimiento cualquiera de Werner. Por eso el muchacho, listo, se quedaba quieto.

Todos los caminos llevan a Roma, pero algunos no tienen señales y además están en mal estado. Y cómo se equivoca uno acerca de sus propias elecciones, no voluntariamente, sino porque es difícil reconocer las verdaderas, y luego aceptarlas.

Por para, de desde, con contra, a hasta, Werner que duerme.

Anoche fue perfectamente normal, y ni siquiera deliberadamente. Bebió una cerveza con sus amigos, como debe ser, los hermanos Onís. De ellos es mejor Pablo que Rafael. Los tres se quejaron con amargura del círculo vicioso: sentirse fuera del tiempo y no tener edad, pero el tiempo existe a pesar de ellos y se les agotará un día, pero sentirse... continúa. Werner no pudo evitar cierta desconfianza, sobre todo respecto a Rafael, que parece demasiado conscientemente solidario de él y de Pablo. A Werner le gustaría que fuera más frívolo, que alguna vez dejara en claro que es capaz de traicionarlos. Quizá no lo es. Puah, pero nunca se sabe.

Con una silla al lado de la cama, otro hábito de su niñez, sobre la que coloca cuidadosamente y en un lugar establecido con exactitud, pañuelos de papel, cigarros, un reloj despertador, y el libro que la noche anterior...

Interrupción. Hay luces verdes que se vuelven rojas.

En París, en México, en Lisboa.

Pero los hábitos no tienen ningún valor esencial. Se adquieren como las raíces un árbol, para sostener el cuerpo. Pero el asombro no cesa, *amazing*, el estupor, la falta de costumbre, maravillarse cada mañana de que el sol esté allí otra vez, de que un objeto sea bello, de que un lugar común sea verdad. Eso que se llama descubrir el Mediterráneo. Pues Werner no lo sabe como yo pero al menos lo comprende.

Se parecen su alma y la mía.

¡Ah, cómo es valiente! Responde con una agilidad perversa a las preguntas dudosas. Es que no le importa.

Algo que afirmo porque estoy seguro de su certeza, no lo sospecho, lo sé; algo que establezco como un dato irrefutable, que me negaría a discutir; algo como cuando un diccionario nos da el significado de una palabra desconocida y así entendemos el sentido de una frase; algo que debe ser aceptado incondicionalmente y si no: stop; como las campanadas de un reloj que nos recuerda la hora y ya no hay esperanza; como el letrero con el nombre de una ciudad y llegamos; como un capricho: Werner no fue culpable de lo que sucedió, y por supuesto, si yo fuera su juez lo absolvería sin vacilación.

Sé que para que quede claro falta algo, pero siempre falta algo, aun a lo bello algo le falta, y mientras más bello y más perfecto más le falta, porque ¿qué hacer con el ensanchamiento de nuestra alma frente a la belleza, cómo remediar la tensión, adónde irán a parar los pedazos?

Estamos de acuerdo en que todo final es artificial.

A veces es el cansancio de la vida.

De vez en cuando es la euforia exagerada.

Ora la piedad, ora.

De la cobardía no vale la pena hablar, por demasiado conocida.

Porque en la guerra como en el amor, nada se vale.

Sólo a Dios Padre le está permitido ponerse serio y decir: "A estas alturas..."

Vista desde arriba, vamos a jugar al cine, desde arriba vemos llegar a Josefina Fernanda, con su pinta inconfundible de provinciana, debido tal vez a la variedad de colores y materiales que usa en su atuendo, trae el pelo largo, negro ese día, y lacio. Avanza resuelta y con una sonrisa enigmática, los espectadores deben adivinar que es prestada, hacia la puerta, y cuando llega y va a tocar el timbre detiene el movimiento de su brazo a la mitad, sonríe que vemos en primer plano, satisfecha, gozosa, pero antes la habíamos visto atravesar el patio de entrada al edificio, su sombra moviéndose sobre el piso de cemento, pues ha de ser un día soleado, y por fin toca el timbre. Espera representada por, o en el transcurso de la cual vemos: los autobuses urbanos que pasan con la cabeza baja, recién bañados porque es domingo, algunos aparadores protegidos por una cortina metálica perforada, o cualquier otro detalle característico de la ciudad. Entre autobús y aparador vimos el rostro de Josefina Fernanda ensombrecido por la sospecha de que... Pero no puede ser, y vuel-

ve a tocar, otra vez gozosa y sonriente. Allí está el zumbido. Cláxones. Empuja la puerta, y entra. Una caja de escalera mohosa y pobretona. Josefina Fernanda sube cinco escalones, cuatro, dos, tres, uno, y de pie frente a la puerta con la letra A, vuelve a tocar. Tabletea con sus dedos sobre el marco impaciente, contra la puerta retrasada. Un ruido metálico (es el pestillo), se abre la puerta al fin y allí esta Werner, despeinado, en bata: obviamente acaba de despertarse.

Ahora vale todo lo que se dijo de los zapatos, las corbatas y la quema de papeles, mientras Josefina Fernanda cuenta su viaje con ojos amorosos.

La alegría. La expectación.

Un beso es... No seas loca.

Por el día que se conocieron en un parque en penumbra, luego que el sol colgó..., por las piernas largas de Werner y su desnudez que lo hace parecer frágil como una muchacha, por los mismos ojos grandes, torpemente pintados de Josefina Fernanda, por las esquinas de los armarios, la mesa, el piano. La mirada de J. F. cae desordenadamente sobre un objeto y sobre otro, mientras Werner prepara el cuarto y la acaricia.

Josefina Fernanda no es más que un pretexto.

Pre-texto. Solución a los errores de imprenta y las faltas de ortografía.

Pues no hay parentesco que los una. Y la abuela de Werner está en el hospital sin su pierna amputada. Pero uno quiere saber más, más, más. Hay ya tratados al alcance de la mano y el bolsillo de todo el mundo, de sicología, sociología, filosofía, física, química, biología, y cibernética. Tratados y novelas. Y no hay lenguaje que los una, infancia, vicios secretos, aburrimiento que los unan.

Luego hay reacciones de Werner, risitas, exclamaciones de asombro, tics, miradas, que le costarían a Josefina Fernanda para descifrarlos, años de quemarse las pestañas estudiando. Y no es seguro que los descifre. Además, mírala cómo se mueve: no sabe ni le gusta estudiar.

Por eso ahora debe uno contar las cosas de otro modo.

Ésa era una moneda romana del siglo tercero, la pieza de oro de la colección.

—Te la regalo.

Sale la música a pesar de dos teclas, de las más usuales, desafinadas. Werner toca una composición suya. Josefina Fernanda percibe ante ella desplegado un muro negro cubierto de signos. Los signos de:

a) La vida sin trabajar,

b) El rechazo del trabajo,

c) La soledad impuesta, luego consagrada,

d) Las amistades extrañas e inútiles, mantenidas a falta de otra cosa, o como protesta;

e) La posibilidad de la locura;

f) Las noches en vela,

g) La muerte joven,

h) El amor quién sabe por qué merecido de Werner.

La clave no está en ninguna parte. Es decir, sí, pero no sirve.

Ahora que ella ha perdido su virginidad y se ha encontrado a sí misma. Y a Werner. Ahora que ella se dejaría pegar, abofetear, humillar, todo

lo que sucede. Ahora que ella ha aprendido a perdonar, como dicen los otros, a ser "más humana".

¡No se le ocurra preguntarle por su padre, nombrar la soga en casa del ahorcado! Qué difícil, vaya, decir lo que uno quiere. Sin embargo, siempre hay una idea directriz detrás del movimiento de los títeres, y del lenguaje de los loros y los locos. Pero si uno trata de explicar algo, sólo algo, y decidiera no seguir adelante antes de arreglar este asunto, sería como si todos los trenes que en este momento corren en el mundo se detuvieran: catástrofe mundial.

¿Qué la hace venir de Jalapa a México este domingo? He aquí una respuesta total y definitiva: una postal de Werner invitándola a hacerlo.

Es demasiado. Este muchacho va a volverse idiota si pasa leyendo veinticuatro horas al día, por temporadas. Tiene también un libro sobre el París de 1900, pero éste sólo lo ve porque no entiende francés.

También hay minutos de silencio entre los dos, más silenciosos que los que se guardan en memoria del ausente. Minutos en que se son despiadadamente infieles. Piensan en otra cosa, o en nada. Sucede hasta en las mejores familias.

Un abrazo por detrás, un abrazo por delante, un beso largo en la boca, una mano sobre los senos, un jadeo mutuo, contenido a medias, que quiere y no estalla, callado, el aliento sale de no se sabe qué profundidades, empañado de mil olores diferentes y confundidos, para decir te quiero, y su nariz aplastada contra la mejilla del otro,

ángulo y expresión no vistos en algún film, un brazo que no alcanza, una momentánea pérdida del equilibrio, aparta esos cabellos, no es como la primera vez, mi amor, esto ha de querer decir algo, una lengua resbaladiza, cuatro cosas resbaladizas, una humedad hirviente, un movimiento que va al encuentro de otro, y choca, una vuelta a la tuerca, un sonido involuntario, repetido, como un automóvil sin frenos, una resignación ante la catástrofe, como en un automóvil sin frenos.

Qué cosas raras suceden en este mundo, lo decía yo. Luego la gente inventa teorías.

En cada cuarto hay una luz diferente, más o menos dorada, cuando uno dice "todavía" y cuando uno dice "ya".

Ahora vemos las cosas desde el punto de vista de ella. Resulta que de pronto tiene miedo: nadie va a creérselo. Van a hacerle un interrogatorio basado en el cúmulo de experiencias y opiniones conocidas. ¿Qué significa esto, eso, y aquello? Ella va a ponerse nerviosa, se sentirá acusada, dará respuestas ridiculísimas. Los demás se encogerán de hombros, y no faltarán burlones que se mofen de sus palabras. Los perversos inventarán juegos con ellas. Y para terminar le cerrarán las puertas: closed!

Oh Dios, como dice la canción, ¿dónde, dónde estás, qué estás haciendo?

En Finlandia había un muchacho, llamado Sture, que lo hubiera dado todo por ella. Pero nunca se encontraron a pesar del adelanto que las comunicaciones han conocido en nuestra época, inimaginables para nuestros abuelos.

Un empleo que le iba bien, y ella reconocía que le gustaría ejercerlo, es el de intérprete, porque qué orgullo servir de puente entre dos lisiados.

Así él le explica el cariño que lo unía al pajarito disecado, o a una escultura infantil en madera, o a algunos libros, y sobre todo a los discos de los años treinta, todos de setenta y ocho revoluciones por minuto, con canciones en español, inglés, italiano y alemán, algunas con títulos incomprensibles, pero todas muy tristes, y las que no lo eran lo parecían.

Sólo habían tenido música antes, y la tendrían después. Pero en este momento hay un silencio acojinado, húmedo, larguísimo.

Porque las cosas no terminan tan fácilmente, aunque sí de un modo distinto en cada uno. Ella es cariñosa y agradecida. Pasa su mano por la espalda de él, lo acaricia, le hace cosquillas sin querer. Se acurruca mejor, a su lado. Le besa los dedos de la mano derecha, calladamente, uno por uno. Hace planes domésticos, modestamente. Adivina la fuerza de Werner, y piensa que tiene las espaldas echadas un poco hacia adelante, como un campesino.

Ah, la diversidad de propósitos y caracteres humanos.

Él se queda también callado, quieto, nada más fumando su cigarrillo. Ha llegado el momento. Y tiene miedo, claro. O acaso es sólo la inmovilidad anterior al salto. Una ceja más arriba que la otra, y un mohín en la boca. Lástima que ella no lo vea. ¿Y se llama Josefina Fernanda? Para servir a usted. Lo malo es que el tiempo pasa.

Que pase más, o menos, está claro que toda decisión tomada de antemano es una traición. Toda decisión tomada a solas y antes del acto está excesivamente condicionada por consideraciones ajenas al acto mismo, es un recurso cobarde y traiciona el momento en que se pone en práctica.

Fin de las tardes enteras pasadas en la banca de un parque, preguntándose qué hacía aquí, en este mundo ajeno. ¿Adónde va la gente? ¿Por qué se viste esa muchacha así, con la falda demasiado corta y los pelos alborotados? Sobre todo, ¿qué hago aquí?

Pues para comprar un libro que acaso será definitivo en su vida, debe esperar a que una compañía editora lo incluya en su programa, y lo publique. Barato, por supuesto.

Para el que no se pregunta, si la parada del autobús indispensable no estuviera situada en la esquina de su casa, ni en ochenta esquinas a la redonda, ¿qué haría?

Demos gracias a oscuras, a ver si nuestro agradecimiento recibe acuse de recibo firmado.

Bien calculado el golpe, entre una costilla y otra, la primera cuchillada. Y apenas si salió sangre. Un poco más arriba, otra; y un poco más abajo, otra. Pero apenas si salió sangre. Josefina Fernanda reaccionaba como si fuera de porcelana. Que se había tendido boca abajo, lánguida, fofa por un momento. Sin embargo sus tres gemidos produjeron en Werner el efecto de borbotones calurosos, recibidos en plena cara, y su excitación le crispaba las manos ya la segunda vez, y más la tercera enterró el cuchillo, de modo que cuando

sintió el relajamiento final de Josefina Fernanda, sintió también en él un aflojamiento imprevisto, desagradable, impertinente, de sus músculos, como un orgasmo interrumpido.

Aquí yace.

Su pie que le decía "te quiero".

Cosquillas no.

Pasa sus manos sobre las piernas de ella, a todo lo largo, aprieta el muslo, la rodilla. Qué mortal silencio, qué silenciosa carne antaño apetecida.

Y el airecito fresco, y los crujiditos amorosos, y las tetitas aplastadas, y el dedo chiquito del pie, y los olancitos de su vestido, y su monederito de Veracruz, y los hoyitos en sus mejillas, y su ombliguito oloroso, y sus manitas entrelazadas, y su cuellito corto y sudado, y su modito de mirar de antes. El fulgorcito rojizo a veces de sus ojos.

Lejos de ti murió, a solas.

Fue demasiado poco, pensó Werner sin decírselo abiertamente, tan aturdido estaba por la poca resistencia con que se había encontrado.

Cogió una nalga y le dibujó una cruz, ésta sí sangrante de inmediato, con la punta del cuchillo. Cogió un brazo y pintó una serpiente a lo primitivo, a todo lo largo, con la cabeza erguida y la lengua de fuera.

Pero su abuela le había recomendado mil veces que fuera cuidadoso, que tuviera cuidado, que cuidara el orden y la limpieza del departamento.

Las cartas sobre la mesa: su abuela lo quería incondicionalmente. Y precisamente debido a esto a Werner no le gustaba su amor, demasiado de abuela. Y luego, ¿por qué ella había sobrevivido

a la muerte de la madre de Werner? Un reproche irracional pero bien amargo, bien profundo, casi inconsciente, pero poderoso.

Más puntos: Josefina Fernanda era una niña que se vestía con demasiados colores, inteligente la muy afortunada, pero con los nervios deshechos, condenada a ser tragada por la tierra en un día caluroso, tan débil era, si no que lo dijeran sus ojos tristes, no de color, sino de reflejo, y la excusa perversa pero no menos efectiva: Werner no la quería.

A su favor: los profesores decían: ¡qué ingenioso! Y las muchachas: ¡qué interesante! Y los viejos: ¡promete! Y alguien, el más ambicioso: ¡este muchacho tiene talento! Así hablaban los otros de las trampas que el optimismo y la resignación de Werner le habían inventado al tiempo, a la tristeza, a la rebeldía que estallaron ese domingo. Trampas decididamente infantiles, como por ejemplo coleccionar monedas y discos viejos, tallar en madera, y me callo lo demás.

Acurrucado en su rincón como en una celda, adonde no llegaba la luz del sol, o apenas, para hacerse chiquito como un papel arrugado, con sus útiles de trabajo, sus doscientas ochenta y siete monedas antiguas.

Además además además le gustaba la ópera y cantaba:

—Victoria, victoria —de *Tosca*.

A propósito, ¿por qué no poner un disco a propósito?

Una pieza típica de la colección. Una canción alemana del treinta, que se arrastraba trabajosa-

mente, como unas enaguas pesadas, cualquiera hubiera tomado el violín por un violoncello, y tan triste como un anochecer en provincia. A mí me gustan las grandes ciudades.

Sólo fue necesario un pequeño esfuerzo. Josefina Fernanda quedó tendida sobre la alfombra, uno de los pocos objetos que sin duda alguna pertenecieron a la madre de Werner.

—¿Cómo llorabas cuando eras niña rubia y no te daban un dulce, o te obligaban a dormir y tenías miedo? ¿Cómo llorabas cuando en la escuela te ponían un cero? ¿Cómo llorabas cuando lloraste por primera vez, sin lágrimas? ¿Cómo llorarías si te humillara y pudieras verlo? (Pero lo pregunta sin asomo de sentimentalismo, no porque lamente su silencio de ahora. Así, por simple curiosidad.) Déjame ver la boca con que llorabas. No tienes dientes de caballo. Déjame ver tus ojos. . . no. Acariciar tu pelo delgado y lacio. Tienes uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiún años.

De paso, al voltear el disco, limpió la aguja. Fue una interrupción sin importancia, pero tomo nota para guardar las apariencias.

Así son las cosas de la vida: buscamos amores imposibles. —¡Ah! ¿Pero hay posibles? —Naturalmente. —Bueno.

Eso que estaba allí a su lado, paralelo a su cuerpo tendido en el suelo, no era, ni una moneda, ni un disco, ni madera tallada, ni un pájaro disecado, ni un mueble de su madre. Era un cadáver.

No más respeto, no más temor. Un cadáver no es nada, se dijo, más que una moneda. Sin embargo sabía el valor extraordinario de Josefina Fernanda, y las terribles consecuencias de su existencia, de su muerte. Tan los sabía, el valor y las consecuencias, que la mató por eso mismo.

De pronto aparece, en el ángulo inferior izquierdo de la ventana que da a la calle, el rostro de un curioso. No, es pura y simplemente nuestra imaginación, puesto que la cortina está cerrada.

Para algo sirvió, pues Werner, al volver la cara hacia la ventana, al imaginarse a sí mismo visto de espaldas, recordó un propósito olvidado durante la escena anterior, vaya, un propósito que se había prometido tener en cuenta en todas las situaciones importantes de su vida, como la de ahora. Y su propósito consistía en, pero antes hay que recordar su dolor al saberse incapaz de pensar en dos cosas al mismo tiempo, no poder verse la espalda sino en un espejo, o no estar consciente al comer del color de sus ojos, al gritar del tamaño de su nariz, al telefonear de la posición de sus piernas, al bailar del movimiento de sus manos, para decir unos ejemplos, pero existían otras mil cosas olvidadas. Así, durante toda la mañana, acaparado por la presencia de Josefina Fernanda, no había tenido tiempo de registrar sus parpadeos, las contracciones de sus dedos del pie. Propósito al agua.

Cogió el brazo derecho de Josefina Fernanda, que un momento antes había cortado, y fue con él, a manera de batuta, a dirigir la orquesta del disco. Pero, a medida que la melodía avanzaba,

Werner se fue poniendo triste. Aquí empieza la serie de los grandes sentimientos.

Plaga de la tristeza, inevitable como cuando nos ponemos colorados (hablo por nosotros los tímidos). Porque moviendo la batuta se vio reflejado en el espejo, y como una revelación descubrió la inutilidad de su gesto. Él no dirigía la orquesta. Él, ¿qué hacía allí? Él no era el director, sino un muchacho acosado por ciertos demonios. Y por eso la muerte de Josefina Fernanda no tenía más que causas y ninguna consecuencia.

Huelga decir todo lo que carece de significado y consecuencias. Pero él se había hecho ilusiones, como un autor acerca del estreno de su primera obra. Él creyó que algo se rompería. Algo. Un pedazo del mundo compacto, opresivo, molde, horma, que lo rodeaba.

Y sospechó, a medida que la melodía avanzaba, pero su sospecha se presentó disfrazada de tristeza, sí, es verosímil, que le habían silbado a los actores y media sala abandonó el teatro antes del telón final. Pues nada se rompe, dijo la sospecha travestista, que no esté roto ya.

(Ésta era una tristeza que avanzaba lentamente como un actor japonés; hablaba en voz baja como una serpiente; pesaba como una montaña.)

En un desesperado intento por recuperarse, tomó el pie izquierdo de J. F., manchado de sangre, y fue a colocarse abiertamente frente al espejo. Tres veces intentó que el pie se quedara quieto sobre su hombro, y sólo a la tercera logró su propósito. Como un pájaro congelado sobre su hombro. Un pájaro que orinaba rojo. Y comenzó su discurso:

—Compañeros, ¡salud! Quiero entender las cosas, lo confieso. No quiero caer en la trampa que me tiende el orgullo, no quiero coger la manzana y decir: no entiendo. No quiero ser ecléctico ni comprensivo ni amplio de espíritu. Por el contrario, aspiro a ser dogmático, legalista, intolerante. Deseo creer que algo es absolutamente cierto (aquí estaba lleno de ardor ya, y hacía ademanes enérgicos). Andan mi corazón, mi cabeza y mi alma, en busca de empleo. ¡Muera la duda! Que Jesús vuelva a nacer y no permita ser crucificado...

En esto, como abrió los brazos, el pie de Josefina Fernanda cayó al suelo, con un ruido de paloma. Así fue interrumpido su discurso. ¿Qué hacer?

Eso es lo que había olvidado, dejar las tijeras al alcance de la mano. Las buscó aquí, allá y acullá, por todo el cuarto. Estaban bajo unos papeles, en el escritorio. Una vez descubiertas, las tijeras tomaron un aire casual, cerraron los párpados hipócritamente, y se dejaron coger sin oponer resistencia.

Sin ningún esfuerzo ni cuidado por parte de Werner, Josefina Fernanda perdió su hermoso pelo largo.

A todo esto hubo un cambio de disco. Fue el último.

No, a él no le quedaba bien el pelo largo. Por más que se esforzó, frente al espejo, de gustarse con el pelo postizo, no pudo.

Somos tan limitados.

Afuera caía la tarde, como una enorme gota de aceite, pesada y pegajosa.

Adentro caía Werner junto a los restos de Josefina Fernanda.

Lo que prueba que esta historia, aunque sucedió en México, pudo suceder en cualquier otro país.

"Ay", como dice un poema.

Qué amargas son las cosas, por ejemplo, la frivolidad y el fracaso.

Lloran aquéllos a quienes les dan pan y están hartos.

No lloró como mujer, Werner, sino como hombre.

Las voces del silencio son juegos de palabras, y no dicen nada.

Es la hora del grito, de la desesperación.

No le busco tres pies a las cosas, pues sé que tienen cuatro y caminan solas.

Luego se dijo que tal vez era culpa de su falta de imaginación. Que tal vez con ese pie cortado, o con el brazo, o con el pelo, o con el resto, a alguien se le hubiera ocurrido hacer algo más productivo que lo que a él se le ocurría. Tal vez alguien hubiera sido capaz de encontrar el gesto, la actitud, la palabra, que le diera sentido a la muerte de Josefina Fernanda, al acto de darle la muerte. Tal vez incluso alguien hubiera sabido desde siempre que la muerte de Josefina Fernanda no bastaba, no hubiera confiado como él, ingenuo a morir. Tal vez alguien no hubiera tenido necesidad como él ahora de acurrucarse al lado de esos pedazos inservibles. Tal vez alguien habría podido dar el salto, romper el círculo, ir más allá de aquí.

Él estaba visto que no.

Como una concursante a un título de belleza que no llega a finales, lloró.

Pero cuando se trata de llanto, es cuestión de nunca acabar. Pues ese llanto equivalía a la pregunta que se hacía a veces, en los momentos más inesperados, en las situaciones más anónimas, en el espacio del chofer del autobús a un asiento en el fondo, cuando abría su paraguas, cuando caminaba solo en la tarde de México, o en la mañana (porque era un desocupado), que salía a descubrir el día, ese día, para saludarlo, buscando que alguien tropezara con él, buscando que alguien se enamorara de él, buscando a Dios (¿pues a qué sale uno a la calle si no a buscar a Dios?), cuando frente a la puerta de su edificio buscaba la llave en los bolsillos del pantalón, cuando veía su mano o cualquier otra parte suya, pero sólo una parte, reflejada en un espejo, y a veces incluso todo él, cuando sentado en el borde de la cama se desvestía para dormir, cuando se cortaba las uñas, cuando se ponía enfermo y le dolía, y no creía en su dolor, pero se lamentaba y le dolía lo mismo, cuando el momento más emocionante, más aterrador, más dulzón, más idiota, de una película, en medio de algún beso sincero con Josefina Fernanda, Elsa, Lucila, Alma, Cristina (son todas, dos Escorpiones, un Sagitario, un Acuario y un Virgo), al cerrar, al abrir, al continuar un libro, al mismo tiempo que un recuerdo imaginario, borroso, intenso, de su madre, la situación exterior era variable, pero dentro de él era siempre una momentánea sensación de mareo, de aflo-

jamiento en las rodillas, de algo que baja en el estómago, cuando se preguntaba si en verdad esa ciudad se llamaba México, y si detrás de esas ventanas existía la gente (como cuando acabamos de conocer a alguien y es tan difícil imaginar su infancia, su vida pasada entera, y es cierto que no podemos imaginarla), y si en verdad él se llamaba Werner, que al fin de cuentas era un nombre vacío como todos los otros. Por eso cuando se puso a llorar me dije: "Ya empezó", y supe que era el cuento de nunca acabar.

EL SEÑOR MÜLLER HACE UN ESFUERZO

para Ramón Xirau

Hastiado de sus limitaciones de hombre, el señor Müller quiso convertirse en esfera.

Antes había hecho otros intentos, parciales, por superar su condición humana. Así, había tratado de olvidar su memoria (que le recordaba su temporalidad), su educación (que nunca podría ser total), su capacidad de razonar (que, nadie lo duda, resultaba frecuentemente ineficaz), sus afectos (que lo unían a otras personas tan limitadas como él), sus convicciones políticas (que, por más que prometían el progreso del hombre, se declaraban impotentes ante las limitaciones esenciales del mismo), su Dios (que lo mataba de envidia), sus sueños (que sueños eran), su padre (que le había dado —este mezquino pedazo de— el ser), su profesión (que además de una actividad especializada era una manera ridícula de tomar las cosas con calma). Como consecuencia la gente decía de él que era un hombre frío, inasible, frívolo, desdeñoso, soberbio, buenoparanada, doscaras, reaccionario, perezoso, imbécil; en una palabra, insoportable. Esta reputación, y la gramática china, lo dejaban frío. Dicho sea a su favor, pues bien hubiera podido dolerse de su total desprestigio, ya que su posición ante la vida

le exigía una fuerza de voluntad, una concentración mental, una resistencia física, un valor social, extraordinarios. Cuando comía una naranja, rehusaba quitarle la cáscara, porque para alguien que aspiraba a tragarse el universo entero sería ridículo no poder tragar una cáscara de naranja. Cuando hacía el amor, el hecho de no penetrar más que unos cuantos centímetros en su amada lo ponía furibundo, y hacía unos intentos tan alocados, tan nunca oídos, que la víctima no encontraba nombre de perversión sexual que les cuadrara. Y no dormía más que cuando se caía materialmente del sueño, porque se negaba a dividir su vida en pequeños ciclos de vigilia y reposo, él que anhelaba vivir en un solo ciclo perfecto y total. Lo peor era que, con tantas cosas que olvidó a propósito, cada acto suyo (fuera orinar, o leer un poema), que él quería mágico, centro a igual distancia de todos los otros puntos de la existencia, resultaba simplemente exótico, mala educación, o de gusto dudoso.

Al fin a los cuarenta y cinco años, exhausto, enfermo, decepcionado, decidió que no le quedaba ya por intentar más que convertirse en esfera, forma perfecta. Se llevó las puntas de los pies a la cabeza, enconchó el cuerpo, aplastó la nariz, se rodeó con los brazos. Todo esto en la cima de una colina. Cuando la operación estuvo terminada, se echó a rodar cuesta abajo.

Pronto esperamos noticias suyas.

DESPUÉS DE ANTONIN ARTAUD

para Luci Sabugal

EL DESPERTAR

...Antonin Artaud.

Sonó el despertador. El niño ya estaba llorando. Elda salió de la cama y, descalza, corrió hasta el cuarto de Beto. "Ya, le dijo, niño, cállate, vas a despertar a tu papá." Beto se calló al instante, por fortuna. Elda abrió las cortinas y subió las persianas. Luego regresó a su cuarto. José seguía dormido, boca arriba, con la boca entreabierta. Eran las ocho de la mañana.

Leo, pensó, no, no tengo ganas, y no me gusta leer a ratos, sino seguido. Pongo un disco, no, José duerme. Me peino, sí, me peino, hoy voy a ponerme guapa, por qué no.

Fue al tocador. Por el espejo podía ver a José, inmóvil. El peine se quedaba trabado entre sus cabellos revueltos. Era jueves, a las ocho y diez de la mañana. El niño jugaba en su cuarto, tarareando una canción inventada, monótona. Era un buen niño, no daba lata, apenas si lloraba con frecuencia. Una razón más para quererlo. Y cuando creciera, ¿lo seguiría queriendo Elda? Corrió a verlo y le dio un beso en la mejilla, rápido, que el niño apenas si notó, concentrado en su juego. Luego regresó a sentarse frente al espejo.

con la intención de decírselo a José. El gusano ya estaba durmiendo otra vez.

Aprovechó para echarle un vistazo al niño.

—¿Quién es el niño más bonito del mundo? —le preguntó.

—Yo —respondió Beto, convencido.

—¿Quién va a comer todo su desayuno?

—Yo —dijo, ahora con menos convicción.

—¿Quién es más bonito, papá o mamá? —dijo Elda ya en la puerta.

—Mamá.

—Así me gusta.

Regresó a la cocina. Puso el radio, muy bajo:

"Unlucky, unlucky in love..."

Preparó las cosas para la lucha. Betito tendría que comerlo todo o... o... Lo comería todo. Colocó la silla, y luego fue a traerlo. Pesaba toneladas. Estaba gordísimo, tal vez demasiado.

Con cariños, amenazas y promesas, lo hacía comer. Por momentos lo dejaba descansar, y entretanto iba preparando el desayuno de José y suyo. Esa mañana Beto se portaba bien. Elda se sentó a su lado para contemplarlo. Pensaba en que había que enseñarlo a ser valiente, a soportar el sufrimiento, a defenderse. Pero ya en serio, y sin saber por qué, se decía que Beto no iba a sufrir, Beto iba a ser feliz. Por fuerza. Los sufrimientos, las angustias por los que ella había pasado fueron equivocaciones, malentendidos de la suerte. Pero con Beto sería distinto. Afortunado, su hijo.

Lo llevó a la sala con todo y juguetes. Luego transportó el desayuno a la recámara. José dormía aún. Lo despertó con besos y empezaron a desayunar.

José contaba sus sueños de la noche anterior. Elda trataba de adivinar qué había de cierto en sus palabras, pues sabía que José exageraba siempre. Luego decidió que no tenía importancia, y simplemente fingió interesarse. Unos caballos blancos, enanos, la interesaron de verdad. Pero aparte de eso todo era de la más elemental fantasía. Hubiera querido decirle que no le creía. Pero imposible.

De encontrarlo útil, se hubiera puesto a enumerar todas sus hipocresías, todo lo que le impedía ser sincera. Todas las pequeñas comedias. No eran graves, pero sí tan numerosas que se odiaba a sí mismo. Odiar, muy fuerte. Se caía mal a sí misma, desconfiaba de sí misma, simplemente.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó José.

—Voy a llevar a los niños a Chapultepec.

—¿Qué niños?

—Beto y Juanito.

Juanito era el hijo de la vecina.

—Qué bueno. Quiero dormir.

Anoche José había regresado muy tarde. Quién sabe adónde había ido. Por lo menos, Elda no lo sabía. Ni pensó en averiguarlo, viva el respeto a las vidas ajenas. Sin embargo, José no era ajeno. Su marido, ni más ni menos. Elda decidió contar esto la próxima vez que fuera a confesarse. Esto, la distancia, la aceptación de esta distancia, la pasividad frente a esta distancia. E independiente-

mente de la confesión y la penitencia, averiguar cuándo había empezado este alejamiento aburrido que era sin duda su mayor pecado, y sobre todo cuál era su origen. Nomás. Pero lo cierto es que no volvería a confesarse en su vida.

—Aquel tipo que conocimos en la casa de los Aguilar, antes de casarnos. . .

Decía él con una falta de pudor inaudita, sin ningún remordimiento. Elda, en cambio, evitaba toda mención a ese pasado, casi en el otro extremo, puritanamente. Y no es que guardara fidelidad a aquella pureza de antes, o que sintiera nostalgia de ella, sino que estaba avergonzada de no haber encontrado, todavía, una nueva.

Allí se estuvo, oyéndolo hablar y hablar. Era la manía de José. Finalmente se atrevió a interrumpirlo:

—¿No querías dormir?

—Sí sí —dijo él, un poco avergonzado. No es para tanto, pensó Elda.

Se puso a acomodar en el armario la ropa que andaba regada por todo el cuarto. Tendría que lavar hoy mismo, o mañana a más tardar. Mientras la máquina trabajaba, ella estudiaba francés. Tenía su cuaderno y su libro a un lado de la lavadora, en el baño. Pero hoy no tendría tiempo. Irían a cenar con los Flores, "como a las siete". Esa falda amarilla no volvería a usarla. Ya no le gustaba. Como tantas cosas. A veces pensaba que sería bueno quedarse sin dinero, nada más para comprobar una idea suya. Que sin discos ni libros ni ropa a la moda vivirían igual que ahora, que nada en sus vidas cambiaría de verdad. Pero

reconocía el egoísmo de esta idea suya, que no tenía en cuenta el apego, lícito, de los demás a las cosas.

Bajó a ver a la portera. Le dio la lista de lo que necesitaba ese día del mercado. Doña Julia le preguntó como todas las mañanas:

—¿Y Beto?

—¿Y el señor?

—¿Y usted?

—¿Y su papacito?

—¿Y su mamacita?

Era verdaderamente un reporte policiaco, preciso y exhaustivo, de la continuidad diaria de su vida. Ella contestaba siempre "Bien" con las variantes necesarias. Pero doña Julia no quedaba contenta. No repetía cada mañana las preguntas por hábito. Sino concienzudamente, con los ojitos bien abiertos. Como si dijera: "A mí no me engañan, un día de éstos algo va a estallar, y no quiero perdérmelo." Elda, aunque sabía ridícula esta situación, se entretenía con doña Julia a propósito, consciente de los temores de la vieja y para desengañarla. Aguantaba el olor a rata que despedía todo en casa de la portera, la silla misma donde se había sentado. Hablaban del tiempo y los vecinos. Elda intervenía con entusiasmo en la conversación. Así dejaba la puerta abierta a todo lo que pudiera unirla a doña Julia. Así quería demostrarle que no había diferencia importante entre las dos.

Salió de allí más tarde de lo que había planeado. Encontró al niño llorando ruidosamente. Le gritó a José que si no lo había oído. Le repro-

chó su indiferencia por el niño. Lo insultó. Estaba muy enojada.

—Llévatelo al parque —dijo él de mal humor.

Eran casi las once, se hacía tarde. Empezó rápidamente a cambiar a Beto, que sollozaba todavía y tenía la cara llena de mocos. Elda, para calmarlo y que se dejara vestir, le hizo bromas sobre "su pajarito". Que se fueran al diablo todos los que lo desaconsejaban, así el niño se calmaba infaliblemente. Terminaron los dos muertos de risa, hasta que José empezó a protestar. El niño escogió para el paseo una pelota y dos coches, además del conejo de peluche que cargaba siempre con él. Elda cogió la novela mexicana que se había impuesto terminar antes del fin de semana. Pero le aburría esa novela.

Pasaron por Juanito, que estaba listo hacía media hora. Su mamá empezó una conversación, pero Elda se despidió en seguida, alegando que se hacía tarde. Era verdad, pero sobre todo, no le gustaba la mamá de Juanito. Consuelo era apenas menos joven que Elda. Parecía no tener amigos, y su marido salía de viaje con frecuencia. Se sentía sola, obviamente. Y Elda, casi con crueldad, cumplía su decisión de no corresponder a los avances de Consuelo. Tenía miedo de que, juntas, empezaran a quejarse de sus vidas. Tenía miedo de una alianza femenina contra los hombres. Ella quería luchar a solas con José, con lo que ambos tenían de irreductible, de absolutamente singular.

Allí venía el autobús, el amarillo. Afortunadamente los niños ya sabían subir solos y buscar

un asiento. Elda, cuando vino a alcanzarlos, se sintió observada por los demás pasajeros. Así sucedía siempre. No porque Beto, muy moreno, y Juanito, de la misma edad pero muy rubio, llamaran la atención sobre ella. Sino porque Elda tenía una señal en la frente que todo mundo percibía aunque nadie hubiera sabido descifrar. Ni ella misma.

EL PARQUE

En Chapultepec, Elda y los niños tenían ya su lugar preferido, junto al lago. Los niños sabían acercarse al agua y no cometer imprudencias. Pero ese día cuando llegaron, una familia había escogido el mismo lugar. Se alejaron los tres murmurando, despechados, en busca de otro rincón agradable. Encontraron uno tranquilo y sombreado. Pero claro, no era lo mismo.

Para empezar una nieve de limón. Elda la tomaba en un momento, pero los niños tardaban horas. Beto echó su nieve al suelo, Juanito no quiso compartir la suya, y hubo que comprar otra. Elda tomaba estos incidentes con gran entereza. Era absolutamente incapaz de regañarlos. A Beto le perdonaba todos sus egoísmos, sus berrinches. Reconocía que al fin y al cabo se portaba bien. Y a Juanito lo quería también. Incluso a veces, en esos momentos en que se apartaba del mundo, en que veía las cosas con una frialdad total, se quedaba mirándolos y se decía que Juanito hubiera podido muy bien ser su hijo en vez

de Beto. Mala suerte para Juanito, que no le tocó, qué absurdo.

Los niños empezaron a hacer dibujos sobre la tierra. Elda también. Elda hacía letras exageradamente adornadas y ellos, impacientes, dibujaban rayas y círculos sin ton ni son. Se interrumpían para decir:

—Mira, mira.

—Qué bonito —decía ella—. ¿Qué es?

—Un caballo, una niña, un barco...

—¡Ah!

Elda entonces dibujó un árbol y les dijo: "Soy yo." Un paisaje y dijo: "Una iglesia." Una cama y dijo: "Un conejo." Los niños se lo creían. Dejaron sus dibujos para venir a ver los de ella. Qué tontos eran. Beto estaba en sus manos, podría hacer de él lo que se le ocurriera. Elda jugaba cada día con esta responsabilidad que la aterrorizaba, sin saber qué hacer, sólo con el deseo de deshacerse de ella. Como de una sartén caliente entre las manos. Y veía crecer a Beto con impaciencia.

Al final les confesó el engaño. Los niños no le hicieron caso. Se habían sentado, miraban el lago quietecitos, uno al lado del otro. Elda se puso entonces a leer, página 112. Había un cacique perverso y tierno, y un pueblo sumiso pero murmurador, en la costa. Sí, era aburrido. Pero se sentía culpable ante ese pueblo, ante todos los pueblos de México. Los abuelos maternos de Elda habían sido campesinos y ahora, ella, era ya un producto típico de la capital. Sin embargo, esos pueblos estaban allí, tan al alcance de la mano, y al mismo tiempo en otro mundo, pues sólo sabía de ellos a través de las sirvientas. Luego estaban las novelas, que sin embargo eran siempre decepcionantes, como la que leía ahora. Porque no establecían el lazo de unión que faltaba, porque en esas novelas ella se sentía negada.

Los niños la llamaban.

Faltaba un lazo de unión que...

La llamaban. El juego consistía en tirar piedras al agua, lo más lejos posible. Anden, pues. Perdía a propósito. Los niños lanzaban con cada piedra grititos de excitación. Juanito movía su cuerpo como un hombre, ya. Beto, en cambio, era mucho más torpe. Le salía el tiro por cualquier lado. Elda trataba de enseñarle. Su hijo. No sólo su hijo sino, desgraciadamente para él, tantas cosas más. Entraba en el engranaje entero de su vida. Como algo más, bueno y malo. Era también una esperanza, sin cursilerías. Y nunca un estorbo. La buena madre.

Ahora los niños se acercaron a oír a unos muchachos que traían una guitarra y cantaban. Otro ritmo, otro estado de ánimo. Porque la vida era así. Elda no tenía más que atender a los llamados, a la derecha, a la izquierda, afuera, adentro. Por eso a veces, pensando cualquier cosa, en una nueva estufa digamos, le gustaba tratar de recordar todos sus pensamientos desde diez minutos antes. Para ver cómo había llegado hasta la estufa. Allí sí había una continuidad. Caótica, y qué. Pero en la vida cada instante parecía ser único. Con su hijo, con su marido, consigo misma, con las compañeras de la oficina. Sin frenos de un lado al otro.

Decía, precisamente, la canción de los muchachos. Había uno entre ellos que le pareció muy guapo. Elda se dijo de un golpe: "Me gustaría estar soltera y ser su novia." Bueno, ya lo había dicho, ahora ni modo. Caminaría detrás de él, viéndole la nuca. O sin verlo, y sin embargo siguiéndolo a poca distancia. Como oliendo su rastro, como atada a él. Por las calles del centro de México, pleno "Cinco de mayo", tropezando con los que van en sentido contrario. Él, en cambio, no tocaría a nadie con sus hombros. Llevaría las manos dentro de las bolsas. Él caminaría seguro de que los otros le abren paso. No tendría necesidad de dar rodeos como ella, apresurada, que se abría paso con las manos, dando carreritas. Para aprovechar los súbitos claros entre la multitud. Él caminaría rápidamente, es decir, con pasos muy largos. Ella tendría que evitar la punta de los paraguas cerrados. Sentiría que continúa, al seguirlo, una tradición ahora irrecuperable de mujeres caminando tras sus hombres, que cumple así su más simple condición de mujer. Sin dirección si no es la que él decida, ignorante de dónde será el próximo alto que ardientemente desea. Pero no se quejaría. De un momento a otro él la tomará de la cintura o de la mano y seguirán así el camino. Ella se sentiría hasta tal punto reanimada que cargará por un rato la guitarra de él. Que es de los dos aunque sólo él la toque. Ella únicamente en las noches, o en algunos momentos desocupados. Para matar el

tiempo, un poco para imitarlo. Si algún talento tendría él, sería saber entendérselas con una guitarra. Y la vida sería simple aunque el rocanrol se llame "Alto, espere, siga":

Mi madre me quiere casta
y mi novio alocada.
Mi padre me dice ¡quédate!
y yo a mi novio ¡llévame!
Es un embotellamiento
de pensamientos,
sentimientos,
razonamientos,
convicciones,
indecisiones,
contradicciones.
Los semáforos gritan
¡alto!, ¡espere!, ¡siga!,
y yo no puedo avanzar,
y yo no puedo caminar,
y yo no puedo arrancar.

A todo esto los muchachos se habían ido ya. Los niños se acurrucaban contra ella, entre sus piernas. El sol les daba en plena cara, aunque estaban bajo un árbol. Elda veía la superficie lisa del lago. Las lanchas de remos no llegaban hasta allí. El resto, es decir, aparte de ella y los niños, era ruido. Los ruidos de la vida: los buenos sentimientos, las preocupaciones económicas, la verdad y la mentira, la guerra de la que hablaban los periódicos, la huelga de los telefonistas, todo. Pero su vida no tenía nada que ver con esos

ruidos, o sólo accidentalmente. Sino: acariciar el pelo negrísimo de Beto. O: ver la rugosa corteza de ese árbol. O: una hoja que cae al agua. También saber decir dos o tres palabras en el momento preciso con el tono necesario en un lugar exacto. Y algunas pocas cosas más. Pero Dios mío, *¿cómo* su vida había llegado a ser *sólo* eso?

Los niños empezaban a impacientarse. ¿Por qué no ir al zoológico? Era muy tarde. Pero un pedazo, sí, podían ver algo.

A los niños les encantaban los animales. Especialmente los monos. Uno de ellos estaba orinando y los niños se doblaban de risa. Elda, durante esos momentos, se olvidó de sí misma en verdad. Se quedaba viendo como hechizada un pingüino. Como si nunca antes hubiera visto uno. Abría la boca, involuntariamente, al mismo tiempo que él el pico. O corría de una jaula a otra. Empujaba en sus carreras a las mujeres que le obstruían el paso. Y si Beto se quedaba atrás, lo llamaba. Pero no se detenía a esperarlo. Luego lo cargaba, para que pudiera ver. Juanito se abría paso solo, e iba a colocarse en primera fila. Elda se sintió apenada porque no podía contestar las preguntas de los niños. Querían saber todo acerca de los animales. Y les dijo: "No sé nada." No sabía. Como madre era un fracaso.

Al salir, pasaron por una casa muy bonita, junto al lago. Era una organización cultural, que dependía de la Universidad. Había allí funciones de teatro, biblioteca, conciertos, una galería de pintura. Se sentaron sobre el pasto de los jardines, frente a la casa. Había una cola para entrar

a un concierto. ¿Y a quién reconoció entre la fila? A Sofía, una amiga suya de cuando estudiaba Arquitectura en la Universidad, y que luego había encontrado dos o tres veces a la salida del cine. Sofía también la reconoció, dejó apartado su lugar, y vino a saludarla.

—¡Cómo! —dijo—. No sabía que tenías dos niños.

—No. Juanito es hijo de una vecina.

Sofía se puso a platicar con los niños, divertida. Elda la observaba con una sonrisa afectuosa. Que se le descompuso de pronto, cuando vio las uñas de los pies de Sofía. Las traía muy sucias. Sofía y Elda no habían sido amigas íntimas pero sí bastante cercanas. Del mismo grupo, unidas por convicciones políticas.

—Mi novio toca en este concierto —dijo Sofía, luego—. Es violinista.

—Ah. ¿Y ahora sí te casas?

—¡Jamás!

Lo dijo con tanto orgullo, con tanta convicción. Elda sonrió, resignada.

—Bueno, no vas a ofenderte —agregó Sofía.

—Por supuesto que no. Yo no tengo posición a favor o en contra del matrimonio. Simplemente, se da el caso de que estoy casada.

Los niños estaban escarbando la tierra. Iban a ensuciarse todos.

—¿Pero estás contenta o no? —preguntó Sofía, ahora sí agrediéndola.

Elda lo pensó un momento. Nunca se hacía preguntas tan directas a sí misma. No le gustaban. No creía en su valor. Pero ya que se le presentaba la oportunidad, contestó:

(Y sobre todo para bajarle los humos a Sofía, que después de todo tenía sucias las uñas de los dedos de los pies, contestó:)

—No, no estoy contenta. Pero me resigno a esta situación, y le saco partido. El mismo que le sacaría a cualquier otro tipo de relación.

Los niños se estaban arrojando puños de tierra. Podía entrarles en los ojos. Beto, de seguro, empezaría a llorar. Sofía dijo:

—Ya sé que todo depende de las personas, y que tú... eres inteligente. Pero mi actitud es de protesta.

Hubo un silencio. Elda vio hacia arriba. Los árboles eran altísimos. Y abajo, las cosas entre Beto y Juanito se volvían verdaderamente graves. Debería ir a ponerlos en orden. Y precisamente ahora a esta muchacha se le ocurría venir a plantearle problemas. ¿Qué contestar para poder dejarla sin parecer derrotada? No le daba la gana dejarse vencer por Sofía. Así que dijo:

—Pero cuando puedes atacar algo directamente, no tiene caso sólo protestar.

En efecto, Beto estaba llorando. Elda fue hacia ellos, repartió algunos manotazos, y junto con Sofía les sacudió las ropas.

La cola había empezado a avanzar. Sofía tuvo que irse, corriendo. Elda compró helados para los niños. En un momento olvidaron el incidente. Estaban los tres un poco aburridos, y en realidad ya no tenían nada que hacer allí. Pero Elda se quedó todavía pensando un momento en su conversación con Sofía. Pasado el primer momento de satisfacción, empezó a sentirse mal. En otras

palabras se sintió una imbécil. Porque odiaba las discusiones porque odiaba las frases. Y aunque creía haber respondido bien a Sofía, y estaba contenta, sí, se mordía el labio para no sonreír, una de sus convicciones íntimas era que toda frase podía voltearse al revés, como la manga de una camisa. Así que no era contra la frase, al fin de cuentas, sino contra la satisfacción.

Iniciaron el regreso. Un niño a cada lado.

—¿Están contentos? —les preguntó.

—¡Sí!

Un hombre canoso, desde su coche, le echó piropos.

Elda apresuró el paso. Apuró a los niños. De pronto sintió un deseo intenso de llegar al departamento, hacer la comida, ver a José. Asomarse al balcón. Todo fuera le pareció peligroso, amenazador, feo. Porque no la aceptaban simplemente, le hacían preguntas, le exigían justificar sus actos, sus palabras. Había parejas de jóvenes bajo los árboles, besándose torpemente. Y viejos dentro de sus coches, estacionados, con la mirada oblicua. Y en el cielo una nube negra como una verruga que se multiplica y avanza.

LA MITAD DEL DÍA

Se asomó al balcón, mientras el arroz se cocía. en el tercer piso. De abajo, un niño trataba de verle las piernas. Su esfuerzo era inútil, porque la falda de Elda era más bien estrecha. Enfrente, del otro lado de la calle, había un espacio baldío.

En un rincón se había formado un basurero. Dos niñas buscaban algo entre las basuras. El sol caía a plomo, casi. Y el aire la hacía sentirse en Veracruz, en Acapulco. ¿O eran los reflejos de las partes cubiertas de aluminio de los automóviles? ¿O era la cercanía del cielo azul? ¿O qué diablos era? El calor, probablemente. Tenía las piernas rosadas, gordezuelas. Las caderas anchas. Y sus aretes eran dos bolitas negras, rodeadas de un anillo vertical de plata. Así, Elda, acodada sobre el barandal del balcón, se sintió infinitamente insignificante. Hecha de nada. Hubiera podido volar o deshacerse en el aire. Después de todo, había tres balcones como el suyo sólo en ese piso. De ese edificio. De esa cuadra, de esa calle, de esa ciudad. ¿Y ella qué podía hacer? ¿Para qué? Estaba enferma, de seguro. Porque se sentía totalmente ajena a lo que veían sus ojos. Abajo había un niño que le miraba las piernas, y esto la dejaba fría. No porque fuera un niño, de verdad, sino porque las miradas de los otros no la tocaban. A menos que decidiera lo contrario voluntariamente. Como la suya no tocaba las cosas. Inútil culpar las circunstancias. Que su balcón fuera uno entre millones, que ella no supiera cómo los construían. De pronto se imaginaba única sobreviviente de una catástrofe universal, rodeada de máquinas que tal vez podrían mantenerla viva pero que ella no sabría siquiera poner en movimiento. Pero eso era otra cosa. Lo importante es que se sentía atada al mundo por un lazo muy frágil, *especialmente* frágil. Se sentía como una gota de agua sobre arenas secas. A punto de desaparecer tragada. O evaporizada. Eso que nadie entendía cuando lo contaba.

Encogió los hombros. Fue a ver su arroz. Ya estaba. Ahora ponía mantequilla en otro plato. Era un experimento. Pero hoy se había levantado con el pie izquierdo, evidentemente. Porque cocinar, que le gustaba casi siempre, le pareció inútil y absurdo. Para alimentar unos órganos en el interior de su cuerpo, en cuya realidad no creía. Cuando era niña, pero luego le costó un esfuerzo inmenso convencerse de que eran imaginaciones suyas, se imaginaba que el aspecto exterior de una persona, la piel, cubría a otra persona, y ésta a otra, y ésta a otra, así hasta el infinito. Qué esfuerzo, aún ahora, para aceptar que estaba hecha de carne y hueso.

¿No era ridículo pensar así? Con ese sol entrando por la ventana. Nada más real que el cuadriculado perfecto de los azulejos que cubrían la pared. Con un trapo empezó a limpiar la mesa de cemento, también recubierta de azulejos. Había migas de cebolla y zanahoria. Una de sus reglas en la cocina era: "Vas ensuciando y vas limpiando." Si no, todo quedaba hecho una porquería. De modo que frotó el trapo contra el azulejo. Pasaba el trapo húmedo, arrugado, apretándolo. Los azulejos permanecían. Frotó. Allí estaban, todavía, los azulejos. Era inútil frotar, frotar, frotar, contra lo sólido. Sólo ella era de dos dimensiones en este mundo de tres. Sólo ella era transparente. Pintada en el aire. Y sin embargo hacía sombra. Y sin embargo había dado a luz un hijo.

El ruido de la llave en la puerta de entrada.

Era José, que traía el pan y los refrescos.

En cinco minutos la carne estuvo lista. José había puesto la mesa, y se sentaron a comer. La puerta que daba al balcón quedó abierta. Y todas las cortinas estaban abiertas también. Las mejillas de Beto parecían hinchadas por gordas. Y José tenía un aspecto tan deportivo, que nadie lo hubiera imaginado durmiendo hasta las once y media de la mañana. Habían puesto música, para completar la escena.

Era simpático, José. Probablemente Elda pasaría toda su vida con él. Así lo deseaba, aunque algún día dejara de quererlo. Se habían casado muy jóvenes, porque se querían, y para empezar algo. Para empezar algo. Algo.

Pero no estaban solos, así era imposible empezar nada. Estaban sus suegros, tan convencionales, y sus padres, sin importancia pero presentes y con iniciativa, y todos los otros, la portera, Consuelo, Juanito, las compañeras de trabajo, los amigos de José, el mundo entero. Estaba Marlene Dietrich y sus amantes que le enronquecieron la voz, y el director de orquesta, y el gerente de la compañía grabadora, y el dueño de la tienda de discos. ¿Empezar algo? Antes habría que destruir todo lo ya existente.

José comentaba una noticia del periódico. El país producía ya automóviles. Qué noticia estupenda. Así lo ya existente se fortalecía, así era más difícil destruirlo.

A veces despreciaba a José, cuando hablaba de algo con entusiasmo por pura energía deportiva. Esa energía que no discrimina, que no produce

ni consume, sino a sí misma, siempre en un círculo cerrado.

—¿Y qué, vas a comprar ahora un coche "made in Mexico"? —le preguntó sonriendo.

Pues a él, de seguro, en el fondo la noticia no le importaba. Pero esto, él no lo sabía. Él era como ella. Vagaba de un día hacia el otro en busca de un lazo, de una agarradera. Coches producidos en el país, o modernas teorías sicológicas, o astrología. Si se parecía tanto a ella, ¿cómo podía despreciarlo? Si su manera de buscar salvación era un interés deportivo por el mundo, tenía derecho a ello.

Por eso le había sugerido a José que dejara el trabajo por un tiempo, ya que no necesitaban ese dinero por el momento. Así le evitó una crisis nerviosa que desde luego nadie sino ella habría notado. Pues José la hubiera manifestado, digamos, con un interés desmedido e imprevisto por el urbanismo contemporáneo, o por, con mala suerte, las ciencias ocultas.

Y siempre con esa sonrisa.

—Te ríes igual que el niño —le dijo.

—Sería más apropiado —contestó él en broma— que el niño se riera igual que yo.

—O que yo —continuó ella.

—No, que yo —gritó él.

—Yo soy su madre.

—Y yo el padre de ustedes dos —gritó él.

Iban a soltar una carcajada cuando el niño, asustado, empezó a llorar. De todos modos rieron, mientras trataban de calmarlo.

Elda dejó a José cuidando al niño mientras ella

recogía la mesa y lavaba los platos. Era el peor momento del día. Lavar, sola. Lavar. Miraba sus manos cubiertas de espuma de jabón. Mientras tanto hacía pases de baile, siguiendo el radio. Para los ritmos modernos era menos hábil, pero lo ponía todo de su parte. Y el correr del agua le producía algunas ideas extrañas, obscenas, divertidas, por pura ociosidad mental.

Bien lo sabía. Así, podría ser fácil presa de cualquier obsesión absurda, de las peores frivolidades. Lo era a menudo. Entonces tomaba su pose de mujer fatal y decía en voz alta: "Soy una frívola", divertida de sí misma, riendo.

Pero si se ponía a pensar seriamente sobre sí misma, luego de un rato decía en voz alta: "Pido disculpas por retener tanto tiempo la atención sobre mi persona. Soy una muchacha tierna y nada vanidosa." Y no sabía si lo decía en serio o en broma.

Terminada la tarea. El niño se había dormido. José había salido al balcón a leer. Elda también fue, simplemente para tomar el sol. Sentados en sillas plegables de lona. Qué aire, que ensanchaba los pulmones y el alma. Qué vida descansada, qué ociosidad. Y criticaban a los matrimonios que jugaban cartas o veían la televisión. Pero Elda decidió que ya eran bastantes reproches para ese día. Bueno, muy bien, vamos a jugar a decir mentiras. Psch, no tenía suficiente imaginación, José iba a ganar el juego, eso sí que no.

Si yo fuera la mujer más bella del mundo, pensó. Haría unos escándalos terribles. Había llegado a lo más bajo.

Mejor jugar a inventar nuevas reglas. Los hombres no se quitarán el sombrero, sino que se rascarán la oreja. Y las mujeres mientras más se cubran serán más deshonestas. Y desde luego una libertad sexual absoluta. ¿Por qué no? ¿Por qué no? Es para llorar que el verdadero juego haya empezado hace tanto tiempo, que no podamos más que continuarlo. Aplaudo a todos los delincuentes, pero sé que su labor de subversión no es eficaz, porque ponen a un hombre, y no al mundo entero, patas arriba. Por eso, estoy dispuesta a colaborar con el partido revolucionario que no existe en este país, pero sí en otros, aunque aun sus promesas me parezcan tímidas. Elda sonrió y se dijo: Este fragmento se llama: Manifiesto.

La sombra de una paloma manchó su pierna, que formaba un puente entre la silla y el barandal.

José había terminado de leer y cerrado los ojos, pero no dormía. Acariciaba la mano de Elda. Podrían hablar de muchas cosas. Del progreso de la fotografía, digamos, o del misterio de los platillos voladores. Pero estaban estancados. Hacía siglos que se repetían las mismas preguntas. Y no encontrar respuesta les quitaba todo entusiasmo para renovar las preguntas. Eso era seguramente una cobardía, qué remedio. Necesitar la promesa de un premio, o no tener ánimos para correr. Sin embargo la gente decía de ella que tenía una gran vitalidad. Inteligentes, los otros, que podían percibirla. Y tontos, pues no adivinaban el esfuerzo necesario para mantenerla.

—¿Ya le contestaste a Flora?

¿No se le había olvidado? Salió corriendo a traer todo lo necesario.

—Ayúdame tú, José —le dijo cuando estuvo de vuelta.

—No quiero meterme en eso —contestó él.

"Querida Flora, el José no quiere ayudarme a contestarte, y yo me declaro incompetente para responder a tu carta de una manera sensata y honesta. Míralo cómo se rasca la nariz, es un irresponsable. Es magnífico que el doctor te haya permitido dejar el sanatorio. Ya ves que tienes muy buena suerte. Y yo también, de paso. Me apena infinitamente que la vida nos haya separado, que ya no seamos amigas. He destruido todas las fotografías de ese tiempo, porque no me gusta ponerme sentimental. Pero supongo que no es éste el momento de mencionarlo. Se trata de responder negativamente a tu invitación. José me aconsejó que te dijera, como pretexto, que aprender el nuevo idioma nos llevaría por lo menos un año. Ves que no aceptarías una excusa tan infantil. No, la verdad es que no vamos a ese país "donde hay trabajo para todos, donde jóvenes con talento como José pueden tener un éxito enorme y ganar mucho dinero", donde encontraríamos "todo tipo de actividades, amigos y diversiones" (cito de memoria, como dicen los periodistas) porque José y yo... porque José y yo... porque ese ofrecimiento no nos interesa en absoluto. Si tomas esto como una ofensa personal, me enojaré contigo. Lo que nos ofreces lo tenemos ya aquí, aunque en menor escala. Si José me ayudara encontraría un lenguaje menos frío para decir esto. Esto: nos da igual, o

casi, tener veinte días o dos meses de vacaciones al año. Dirás que somos locos o vanidosos, perder una oportunidad semejante, ahora que José ha dejado el trabajo, ahora que."

Había escrito apenas tres líneas de saludos cuando José la interrumpió:

—Si vamos a salir de aquí a las siete, es mejor que empieces a arreglarte de una vez.

—Como usted diga —contestó. Le gustaba obedecerle.

Pero primero había que llevar al niño con doña Laura. Era la vecina de al lado. Una vieja buena y cariñosa, con la que dejaban al niño siempre que salían de noche. Luego doña Laura traía al niño, dormido, al departamento.

La llamó por el balcón, y doña Laura vino de inmediato.

—Yo quiero llegar a ser como usted.

—Vaya, ¿y por qué? —respondía la vieja sin poder reprimir su orgullo—. Vieja, sola, tonta, ignorante. —Quería decir "insatisfecha".

—Bien sabe usted por qué —le respondía Elda, sonriendo, mientras cambiaba de ropa a Beto, todavía a medias dormido.

—Pues no lo sé, a ver, dígamelo.

—Que señora más vanidosa es tu tía —decía Elda dirigiéndose a Beto—. Le gusta que le repitan que es muy buena, y que todos la quieren mucho. Pero se lo merece, y hace bien.

Y no, no se sintió hipócrita al decir esto, cuando no le gustaban los viejos, cuando a veces incluso los despreciaba, o le repugnaban. Pero algo la hacía sentirse solidaria de doña Laura.

Le preguntó con toda la seriedad del mundo, enseñándole dos vestidos:

—¿Cuál me queda mejor? Vamos a una fiesta, y mi marido va a ver muchas otras mujeres, ¿sabe usted?

—Yo no entiendo nada de la ropa moderna —dijo doña Laura.

—No se haga la tonta, ¿cuál se pondría usted?

Doña Laura se mordió la punta del dedo índice antes de señalar el vestido rojo de la derecha. Las dos se echaron a reír.

Estuvieron platicando durante el tiempo que Elda demoró en arreglarse. Al final, doña Laura le dijo:

—Está usted guapísima.

Y Elda le creyó.

LA FIESTA

Ya estaba. Arrinconada. José seguía discutiendo con los otros. Carmen se acercó a decirle:

—¿Tú crees que debemos interrumpirlos? ¿Tú crees que pueden ponerse a pelear? Después de todo están un poco borrachos.

—Por José no temas. Jamás se pone violento en las discusiones. Quiero decir, físicamente...

Carmen sonrió.

—Pues qué bueno que tú lo tomes así. Estaba un poco preocupada por ti.

Carmen era la anfitriona. Y su marido, Carlos.

Era un milagro: Elda fumaba. Se había ido a refugiar allí, en la penumbra (había apagado la

lámpara de pie junto a la poltrona) después de haber participado, ella también, en la discusión que José se empeñaba en proseguir. Era inútil.

Elda se había retirado porque, de continuar, hubiera perdido la confianza en sus convicciones. No porque los argumentos de los otros fueran mejores, sino porque la actitud de José y de ella era tan opuesta a la de los otros, y ¿cómo aceptar este abismo infranqueable?, habría cedido sólo para ya no sentir enfrente este muro de incomprensión que se les oponía. Así cedía siempre, por el puro pánico que le provocaba comprobar que dos personas pueden tener opiniones contradictorias, y que no hay manera de tender un puente.

Se reprochaba: pero uno se alimenta a sí mismo de sí mismo. Cada vez que uno encuentra, a solas, una razón más para creer en algo, tiene ese sentimiento de poder, de estar en lo cierto, de tener la verdad en la sangre. Y de pronto viene uno a una fiesta inocente (o no, ni siquiera esto es necesario, basta empezar a hablar con un desconocido), y se tropieza con gentes que se han alimentado a su vez de sí mismas, que no piensan como uno, cuya cabeza trabaja de un modo diferente.

En este caso se hablaba de una película. Era prácticamente inofensivo gritar para defenderla. Pero ¿cuando se trataba de moral, por ejemplo? La guerra.

Pero se reprochaba: no he madurado, no he aprendido a aceptar con calma estas escenas. Y este reproche no era ningún consuelo, ni un principio de arreglo, sino reconocer que nunca alcanzaría esa madurez.

O la situación era la prueba de que discutir es un procedimiento caduco.

José continuaba. Cedía un poco, avanzaba, tendía una trampa, caía en otra. Elda conocía toda su técnica. Lo veía buscar una salida inútilmente. Puro deporte. Estaba muy excitado, se rascaba las rodillas. Porque detrás de la opinión sobre esa película, claro, estaban su educación, sus temores, sus amigos de escuela, su buena digestión, y todo eso. → Sí mismo

Entonces distinguió a Carlos y a Carmen, que hablaban en voz baja apartados, y comprendió. Fue a ver a José.

—Vamos a bailar —le dijo. Y luego, ya bailando—: Ya los conoces. No les gusta ni discutir ni que se discuta en su casa. Además tienen razón. Esto es una fiesta.

—Pero si no pasa nada —dijo él con un gesto infantil.

—No, pero todo mundo los veía. Además de que esos muchachos son idiotas.

—Sí, son idiotas —dijo él—. No hay manera de hacerles ver las cosas como son.

¿Cómo eran las cosas? Ahora sí, estaban otra vez entre amigos.

—¿Quiénes son las dos personas más inteligentes del mundo? —preguntó, para obligarlo a sonreír.

—Nosotros —dijo él, abrazándola.

Así se terminó ese momento, al que nadie le dijo adiós, como tantos otros, cuya desaparición nadie notó.

Viendo por sobre los ojos de José, Elda contemplaba las otras parejas. Cada quien con su secreto. Si de pronto repicaran las campanas y todas las mujeres de la fiesta... no no, qué ideas. Allí estaba Ramiro, un adolescente del que estaba enamorada. Como de tantos otros. Hasta del mismo Carlos estuvo enamorada algunos días, gracias a una conversación en la que él contó detalles tristísimos de su infancia. Lo imaginaba muy tierno y tímido, le gustaría ser su amante y protegerlo. Ramiro en cambio le gustaba porque era violento y arbitrario. A veces venía a contarle, quién sabe por qué precisamente a ella, sus problemas amorosos. Elda se ponía entonces siempre de parte de él, y odiaba a Luisa, una muchacha a la que Ramiro había asediado durante meses y que no le hizo caso. Se sentía capaz, pero no estaba segura de que esto fuera una virtud, de enamorarse de casi cualquier hombre. No estaba segura porque al fin y al cabo no era la amplitud de su capacidad lo que contaba allí, sino otra cosa que ella no podía explicar. Aire.

Es verdad que esta capacidad suya había ido ampliándose con los años, es decir, que ella había ido aprendiendo poco a poco a aceptarla. Pero ya cuando estaba en la Universidad, novia de José, hablando a solas con un amigo cualquiera, percibía de pronto en éste alguna cualidad antes inadvertida, y entonces se decía: "Si intenta besarme yo no me niego." Lo afortunado es que ninguno de sus amigos intentó besarla. Ni siquiera los que, en ciertos momentos, lo desearon. Todo mundo conocía su noviazgo con José.

Eso de una cualidad antes inadvertida significa que, de pronto, un amigo le enseñaba la foto de

sus padres, o una cicatriz de "un día que fuimos a montar", o le explicaba cómo había dejado de creer en Dios. Entonces Elda abría los ojos, como si se diera una palmada en la frente, y se decía: Así que este muchacho existe, tiene una casa, y hermanos, y manías, y deseos. Ya estaba dispuesta a ser besada. Ya quería participar de esta realidad. Porque no creía en la suya. Para penetrar en la real vida de los otros, en todo caso, estaba dispuesta a renunciar a la suya propia.

Terminaron de bailar, quiso sentarse, se sentía observada. Se sentaron, pero todavía se sintió observada. No era cierto, sino que se observaba a sí misma, y estaba consciente de ello. ¡Basta! Eso era una fiesta, no había por qué estar tensa. ¿Por qué no ser lo suficientemente generosa consigo misma, y permitirse hacer el ridículo, o ser cursi, o cometer errores?

Esta reprimenda, como siempre, dio resultado.

Pero al día siguiente, cuando le preguntaran quiénes estaban en la fiesta, y cómo iban vestidas las mujeres, y quién bailó con quién, no sabría responder. Como no recordaba los nombres de los personajes en la película que había visto el día anterior, ni el autor del libro que había leído dos meses antes, y que recomendó a todo el mundo, entusiasmada.

¿Para qué oír, entonces, las conversaciones de los otros? ¿Para qué acercarse a los grupos o a las parejas que se habían formado en el transcurso de la fiesta? Mejor quedarse junto a su marido, hacer el papel de esposa sumisa, allí, aferrada al brazo de José, y nada más intercambiar de vez en

cuando una sonrisa con alguien, en el otro extremo de la habitación. Después de todo ellos, como todas las otras parejas, tenían su secreto particular.

Por eso Carmen, que no se enteraba de nada, venía a veces a preguntarle:

—¿No te aburres?

Después de decir que no, Elda la veía alejarse con la seguridad de que pensaba "Qué rara es, qué rara ha sido siempre". Entonces Elda corría a alcanzarla y le decía:

—Te ayudo en algo.

Porque no quería ser "rara", definitivamente no. Aun si ser diferente fuera una buena señal, no quería serlo, no le daba la gana de serlo.

No había más que ver a Carmen, que era una tonta y sin embargo luchaba astuta y concienzudamente, por lo demás con buenos resultados, para ser considerada una mujer elegante, buena madre, y de más iniciativa que su marido. Con ella en la cocina, mientras servían unos vasos, Elda observaba sus gestos con envidia. Pues lo que Carmen había hecho (reconocer su insignificancia, escoger una personalidad, y construirla a base de una dedicación disciplinada) significaba, era poco pero Elda se sabía incapaz de ello, un apego incondicional al mundo en general, y a ciertas ideas en particular.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó Carmen.

—Desde esta noche —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Sucedió algo especial hoy?

"Sí", hubiera querido responder. Pero no era cierto. Hubiera querido decir por ejemplo: "re-

cuerdo el día en que me casé: había sol y un airecillo fresco. Recuerdo el día en que vi por última vez a Antonio, antes del accidente, parecía muy nervioso. Recuerdo el día en que descubrí que estaba enamorada de José, en plena clase de Historia del Arte. Recuerdo el día en que dejé de querer a mi madre". No, no era cierto. No recordaba ningún día de su vida con un recuerdo especial. Sí, habían sido días excepcionales, pero a la hora del recuerdo no veía en su vida nada sólido, sino puro aire igualmente incoloro en todos sus puntos. No "guardaba" sus recuerdos.

Al salir de la cocina fue directamente hacia José.

—Vámonos —le dijo.

—¿Qué pasa? —contestó él sorprendido.

Elda empezó a reír.

—Nada. ¿Qué va a pasar?

—Espera un rato —dijo él.

—Entonces me voy yo —terminó, y se dirigió a la recámara, a recoger su abrigo.

José la alcanzó allá.

—Qué caprichosa eres. Afortunadamente tienes un marido sumiso que no se opone a tus deseos.

Elda lo besó. Y José la mantuvo apretada contra él.

—¿Qué significa este beso? —le preguntó José cuando ella terminó.

—No tengo la menor idea. Probablemente, nada. Hoy tengo la impresión de que nada significa nada.

—¿Entonces ya no quieres ser mi novia? —dijo él besándole la nuca.

Entretanto se habían sentado en la cama, sobre una montaña de abrigos.

—Claro que sí. Siempre y cuando me prometas algo.

—Lo que quieras.

—Si un día empiezo a flotar en el aire, como un globo, tú me atarás a tu cuerpo, para que no me pierda.

—Prometido.

Los dos sonrieron, en silencio, sin mirarse.

—¿Y si comienzas a patalear? —dijo José al fin—. ¿Si no quieres dejarte atar?

—Entonces me atas contra mi voluntad, lo importante es que siga en contacto con la tierra.

—Okey —dijo él.

Fueron a despedirse. Eran muy estimados. Sólo algunas viejas chismosas decían de ellos que José era un holgazán, que se había casado con Elda sólo porque el padre de ella era rico. Mentiras (que se hubiera casado por eso).

Platicaron mientras bajaban las escaleras. José dijo que Elda seguía siendo la mujer más atractiva en las fiestas de Carmen. Que Carlos ganaba cada día más y más dinero. Que se había aburrido como una bestia en toda la noche. Que iba a comprar un disco de canciones persas. Que el señor Fuentes era un tipo muy inteligente y culto. Que Celia le ponía los cuernos a su marido. Que toda guerra era inmoral. Que el presidente de la República era un cobarde.

Elda nada más dijo, cuatro veces, "Sí".

Colección USBI-X Hero Rodríguez Toro

Llueve. Los limpiadores se ponen tercos y son inútiles. Llueve, así debe ser. El coche corre por la calle desierta, más campo que ciudad. Grandes espacios baldíos dejan las casas desperdigadas por los nuevos fraccionamientos. Dentro de cinco años todo esto será irreconocible. Habrá rascacielos. Pero ahora, esta noche, es más carretera que calle. Sin embargo, en cada esquina infaliblemente, una barra de hierro sostiene en alto el nombre de las avenidas, en espera del extranjero extraviado. ¡Cómo llueve! Es San Pedro que orina.

Los automóviles forman grupos lacrimosos frente al semáforo rojo. ¡Zum!, pasan los afortunados, perpendiculares. A la derecha un coche americano, con los vidrios empañados, se detiene. Hay dentro dos formas que se mueven. Elda pega su nariz a la ventanilla, se le achata como la de un boxeador. Trata de distinguir al conductor del coche americano. Es un hombre sin duda, y da manotazos furiosos contra el volante.

Cambio.

Quisiera decirle a José: Síguelos. Pero se alejan a una velocidad inigualable.

No es que tenga disgusto de sí misma, es que la vida de los otros pone en evidencia la suya. ¡Que no esté sola en el mundo! Que haya gentes dando un paso definitivo en este mismo instante, qué asco. Y que su vida, sus sentimientos, los de ella, estén ya gastados de tan vividos por tanto tiempo, tanta gente, en tantos lugares, qué desencanto. Saber que está uno cumpliendo una ley.

Sin embargo esa mañana se sintió singular, qué traición.

Le dio un beso a José, porque sí.

Él se volvió a mirarla, se miraron con unos ojos oscuros y asombrados, luego él sonrió. Por lo menos, la hacía sentirse mejor, comprendida. Le preguntó si no estaba cansada. Dijo que no.

La vida era rala, inconsistente. Sin embargo, tirante.

La luz de los faros metía su mano en la oscuridad, como buscando algo, que no encontraba. De pronto se acordó:

—¿No tienes aquí el libro de Sabines?

—No —dijo él—. Lo subí ya al departamento.

Condenación. Sabines hablaba en unos poemas estupendos de manejar en la noche, con lluvia, creía recordar. Eran la vida misma. Estaban llenos de objetos sólidos, y de acciones reales. Humo de cigarros y música en el radio. No estos pensamientos idiotas, hechos de puro vacío, que se le ocurrían, ahora que el cuerpo de José iba a cubrirla, a tumbarse sobre ella.

Llegaron. En la escalera a oscuras, José le puso su mano sobre el hombro, la apretó. ¿Ahora qué le digo?, pensó Elda. Apoyó la cabeza en el hombro de él, llena de rabia y de tristeza. Sí, se dijo, la culpa es mía, él me quiere, yo soy de otro mundo.

El niño se despertó con el ruido de la puerta, y empezó a gemir. Mientras José fue a acostarse, Elda se puso a consolar al niño. Sh, sh, le decía, dulcemente, queriendo llorar, algo que le venía más del estómago que de la cabeza. Estaba triste.

Finalmente el niño volvió a dormirse, y Elda fue a su recámara, José ya se había acostado, boca abajo. Elda empezó a desvestirse, y mientras tanto veía la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que había sobre la cabecera, suplicante. "Que se duerma José", le decía. "No te prometo nada a cambio, le dijo antes de meterse en la cama, pero está claro que te lo agradeceré infinitamente." Era un tic este hablar con las imágenes religiosas, recuerdo de su niñez.

Ya bajo las sábanas, estiró su brazo para apagar la luz. José se volvió inmediatamente sobre ella. Estaba desnudo. Ella en cambio se había puesto una piyama, que José empezó a desabotonar. "Él sabe hacerlo tan bien", se lamentó satisfecha. Le acariciaba las tetillas, pasaba sus manos sobre su vientre. Elda deslizó su mano hacia abajo, para tocar el sexo de José, que encontró erecto. Él fue sensible a este contacto y acabó de desabotonarle la piyama.

Elda le dejó hacer, concentrada en sí misma. A ver, ¿por qué José no adivinaba que ella no quería en ese momento? Y si se lo confesara, y si él lo entendiera incluso, ya no sería lo mismo que si él lo adivinara solo. Pero si Elda misma sucumbía ante la excitación física que el contacto de José le producía, ¿no se volvían injustos sus reproches, o se volvían justos? Se volvían justos, porque uno puede excitarse incluso ante un recuerdo. No se trataba de eso. Sino del milagro. Sino de que José y Elda reconocieran el momento propicio y realizaran el milagro, e hicieran el amor. Sí, ahora sus músculos se contraían, abría las piernas, deseaba a

José. Pero no se trataba de eso. Se volvían injustos porque así él manifestaba su cariño, porque la había escogido entre todas para entregársele, y ahora ella le respondía, contestaba a sus besos, agradecida.

Pero ella, ¿por qué al decirle "te quiero" sentía sin embargo que no era cierto? ¿Por qué ella no podía entregarse completamente? A veces, en medio de un abrazo, abría los ojos y se decía: No existo. Sentía el pie de él sobre su muslo, y ese pie era un objeto extraño, mudo, sin dueño, caído de otro mundo.

Tictic, tictic, tictic, hacía el reloj.

Llegó el momento. Los dos acordaban sus movimientos con precisión y naturalidad. Y emocionados. Así había sido desde la primera vez. Luego venían los besos de agradecimiento, de absoluto, asombrado amor. La certidumbre de que siempre sería así. Todavía entonces Elda interrogaba la oscuridad, conscientemente culpable de su traición. Traidora hasta el fin del mundo, traidora de hueso colorado. Su traición no tenía nombre, sentir lo mismo que José, y sin embargo, además, no estar allí con él.

Si hiciera un pequeño esfuerzo, nunca lo había hecho de tan segura que estaba de que, si hiciera un pequeño esfuerzo, podría ver a José *objetivamente* y preguntarle: ¿quién eres tú?

José se había levantado a buscar los cigarros. Uno para los dos, ya era muy tarde. Como él dijo que no importaba, ella le recordó el desayuno del niño. Además mañana, viernes, le tocaba ir a la oficina.

—Ahora que yo vuelva a trabajar —dijo él—, me gustaría que tú dejaras la oficina.

—Si no quiero —respondió violentamente—. No me molesta trabajar, ni le hago mal a nadie. Menos ahora que el niño ya es bastante grande para dejarlo con Victoria.

Victoria era una muchacha que venía lunes, miércoles y viernes, a cuidar a Beto, mientras Elda trabajaba.

Le gustaba la oficina, y el trabajo era tan fácil. A pesar de que había allí muchachas que no la querían. No le perdonaban que el jefe fuera su tío, que no trabajara por necesidad. Pero para ella la oficina era una puerta abierta al mundo. Al otro. Y cuando hablaba con sus compañeras de José y de Beto, estos nombres sonaban muy verdaderos pero remotos. Como si contara sus recuerdos de infancia, que formaban parte de ella pero eran el pasado. Y en toda su actitud había algo diferente, no sabía si mejor o peor, de su actitud en el departamento.

—. . .y no me quita mucho tiempo —terminó.

Porque cuando alguna compañera la invitaba al cine, o a una fiesta, nunca aceptaba. Al principio, sí, iba con las muchachas a tomar un café a veces. Pero dejó de hacerlo porque en esos momentos se sentía falsa, pues ella, en el fondo, seguía pensando que la vida de una mujer está al lado de su marido, a pesar de que lo traicionaba también entonces, cuando hablaba con las muchachas de él y lo sentía remoto.

—No me gusta decirlo —dijo él, sin embargo—, pero te alejas de mí, cada vez más.

—Es la tercera vez que lo dices —respondió—. Te advierto que la próxima vez me pondré a llorar.

—¿Qué? —dijo él muy asombrado, incorporándose.

Tictic, hacía el reloj. Tictic, hacía.

Elda, en cambio, se cobijó más, aprovechando que José, al incorporarse, dejó floja la sábana.

—¿Y por qué no haces nada por retenerme? —dijo al fin, con una voz contenida.

—Espera —dijo él, iba al baño.

Elda oyó el clic del conmutador de la luz. Luego ese ruido que le pareció siempre exagerado, el de un caballo orinando. De pronto, saber que él regresaría en un segundo la tranquilizó. Se puso de lado, una mano sobre el cojín y la otra entre las piernas.

Pero José tardaba en regresar. Cuando al fin vino, se metió en la cama dulcemente. Para no despertarla, la creía dormida. Elda no se movió. Lo oyó encender un cigarro. Luego José deslizó hacia abajo la sábana, y ella quedó descubierta hasta la cadera, de espaldas a él.

¿Estaría preocupado? No, ¿la estaría viendo? Sintió un impulso irresistible de cubrirse la espalda, pero lo resistió. Qué tonterías, ¿por qué no simplemente volverse y hablar con él? Sin embargo se quedó quieta, fingiéndose dormida. Qué situación ridícula. Ni siquiera se atrevía a abrir los ojos, aunque él no hubiera podido vérselos.

Tal vez debería hablar con él, preguntarle.

¿Por qué no haces nada por retenerme había dicho? Era un reproche injusto.

Ella tampoco hacía nada por retenerlo. ¿O bastaba con quererlo? No.

—Un día de éstos —dijo al fin—, nos iremos a conquistar el Perú, donde hace sol siempre.

—También hay sol aquí en México.

—Sí. Pero es esta horrible sed de conquista.

—Entonces podríamos ir también a Alemania, donde todas las paredes son húmedas, y en cada cuarto hay una estufa. ¿No crees que vale la pena?

—No —dijo ella volviéndose. Apoyó la cabeza en el hombro de él, somnolienta—. Pero hay otros lugares en la tierra.

—Nos iremos a Checoslovaquia. Sin sed de conquista, sino para vivir.

—Sí —dijo ella.

Y así se quedó dormida.

EL REGRESO A AMSTERDAM

Para Angelines, a propósito de un viaje

I

Todavía hoy, a los veinticuatro años, soy el niño consentido de mí mismo: me lo perdono todo, todo me lo celebro. Pero ahora no me avergüenza confesarlo porque también es verdad que mi cariño se ha vuelto más severo, y cuando me perdono es con una mirada dura y resignada, y me celebro sólo con una sonrisa íntima, cada vez más cerrada, a punto de desaparecer; no tengo ya esos estallidos de alegría de hace algunos años, cuando admiraba mi amor por mis amigos, y quería mi inteligencia, y me veía una luz en la frente, en cada naciente arruga, en el espejo.

Tomás tuvo mucho que ver en esto, supongo ahora, sobre todo lo que sucedió entre nosotros el invierno pasado (fuimos a Europa), y especialmente la semana que estuvimos en Amsterdam. Yo, en cambio, no tuve que ver nada con lo suyo, que quede claro, y no aceptaría de ninguna manera ser responsable, ni en una proporción mínima, de sus actos y de las consecuencias de sus actos. A cada quien lo suyo: tampoco debo exagerar la importancia de Tomás en mi vida, o mejor dicho en la concepción de mi vida, que es bien distinto.

Tomás fue sólo un pretexto que utilicé para convencerme de algunas cosas hasta entonces bastante oscuras, y espero que nadie juzgará cínica esta actitud mía, que no lo es, porque además de que nosotros dos siempre estuvimos de acuerdo en que la gente se utiliza y en que no había que lamentarlo, yo no hice frente a Tomás sino verlo, nada más verlo, y a esto me referí antes cuando dije "un pretexto que utilicé".

Pero hablo ya del final cuando apenas empiezo, mala costumbre provocada por el afán de entender las cosas y de sacar una conclusión de ellas desde fuera, cerrado ya el círculo, a pesar de que la única verdad es la que se forma uniendo la primera palabra a la que sigue y así hasta la última, y a ésta no podemos llegar sino, únicamente, a través de las anteriores. Fórmula: tómese una palabra, únansele otras según lo dicten la asociación mental, el hábito, la armonía sonora, la intuición, la malicia, y se llegará a una verdad tan válida como cualquier otra.

Es lo que pretendo.

2

Mientras tocaba el timbre, Tomás se volvió a mí para decir:

—Ahora vas a conocer a "la rosa inglesa",

frase que había repetido mil veces en el tren que nos llevó de París a Amsterdam, y que por eso mismo ya no despertaba en mí ninguna excitación, e incluso me temía que la famosa amiga

de Tomás nos aguaría el viaje, porque las inglesas me parecieron siempre insoportables; pero por otro lado sabía que Juliette tenía coche, y en vista de que esto nos facilitaría las cosas fingí participar de la emoción de Tomás.

Juliette nos recibió con muestras de alegría muy moderadas, y a mí, especialmente, apenas si pareció notarme. Mientras fue a la cocina a preparar el té, Tomás se ocupó en reconocer los objetos del departamento, y yo me puse a hojear las revistas sobre la mesita al lado del sofá.

—¿Qué te parece? —me preguntó al cabo de un momento.

Fingí no entender su pregunta:

—¿El departamento?

—La rosa inglesa, idiota —dijo, impaciente, como si necesitara saber mi opinión antes de que ella regresara.

—Ps... —me encogí de hombros. Trataba de no darle mucha importancia, pero tuve que reconocer—: Sí, es muy bonita, tenías razón.

Tomás frunció el entrecejo y luego, sin contestar, siguió fisgoneando entre los papeles del escritorio y las figuritas de cerámica que se amontonaban desordenadamente sobre las repisas. Pero después de un momento lo oí decir:

—Es la muchacha más hermosa, la única muchacha realmente hermosa que conozco.

Iba a interrumpirlo, cuando Juliette entró con una charola entre las manos. Tomás corrió a colocarse detrás de ella, le puso sus manos en la cintura y la levantó en el aire, todo en un solo movimiento rapidísimo, a tiempo que decía:

—Estaba recordando ahora que...

Juliette hubiera dado un grito, incluso abrió la boca para iniciarlo, cuando la charola se le escapó de las manos, fue a dar al suelo, y entonces, en lugar de cambiar su asombro en enojo como yo esperaba, o por lo menos en desagrado, hizo un gesto de aceptación y empezó a componerse el pelo, que se le había revuelto, mientras Tomás estaba ya a sus pies tratando estúpidamente de unir los pedazos de charola como si fuera un rompecabezas.

—Lo siento infinito —decía—. El trabajo que te habrá costado hacerla. Porque la hiciste tú, ¿no es cierto? Es muy bonita. Digo, era. ¿No hay modo de componerla? —Levantó los ojos con una mirada esperanzada—: ¿O es de alguno de tus amigos del taller de cerámica?

Juliette se inclinó a ayudarlo, yo no me moví; dijo:

—No, la hice yo. Pero no importa, tengo varias de la misma serie. Y mira —entonces sonrió—: las tazas no se rompieron, están intactas. Voy por más té.

Y salió.

—Nunca te había visto así —le dije a Tomás—. Se supone que la quisiste un verano, hace dos años; ahora no es más que una amiga.

—Ni siquiera eso —dijo él—, pero mucho más. Tal vez no fue sólo ella, sino la ciudad, el país, Europa entera. ¿Cómo entender entonces que cuando la dejé supe que algo había pasado realmente en mi vida? Desde entonces

Lo interrumpí:

—Desde entonces eres un hombre "con pasado"

—y empecé a reír intensamente, es verdad, exagerando un poco, porque en mi opinión Tomás exageraba también siempre que se ponía serio, y en esos momento yo prefería su estado de ánimo normal, burlón, o cínico, o ambas cosas a la vez.

—Se dice fácil —insistió—. Pero qué difícil es encontrar algo con qué construir nuestra memoria.

—Claro, claro —dije yo, encogiéndome de hombros como si ya hubiéramos dicho lo mismo muchas veces antes.

Luego permanecimos en silencio hasta que Juliette regresó. Su belleza era perfecta, volví a notarlo, y su voz también muy hermosa, y sus movimientos eran lentos y cálidos. Oímos un disco de Ella Fitzgerald que ya estaba sobre el fonógrafo, mientras tomábamos té y platicábamos. La conversación, sobre el clima y el alquiler tan caro últimamente en Amsterdam, me parecía corresponder a la imagen que me había formado de antemano sobre nuestra relación con Juliette, y no sospeché que esta superficialidad era forzada, e incluso tal vez a causa de mi presencia, hasta que ella contó que la operarían dos días más tarde y evitó dar detalles sobre su enfermedad.

3

En un restaurant del centro, Tomás y yo tratábamos de vengarnos del frío tomando una sopa excesivamente caliente. A través de las ventanas veíamos el agua quieta de un canal y una hilera de casas oscuras: el juego de entrantes y salientes

de ladrillo producía la sensación de pliegues sobre un cortinaje espeso, sostenido milagrosamente de pie en el aire.

—Vamos a ver —le dije—. ¿Qué diablos hace a Juliette tan distinta?

—¿Yo qué voy a saber? —me respondió con un gesto de indiferencia característico suyo. Tomás era otra vez Tomás, después de que toda la tarde, desde que dejamos a Juliette en la puerta de su taller, había traído una mirada ausente, tristona, y a todos mis intentos por obtener una expansión suya acerca del verano pasado dos años antes en Amsterdam, había respondido con frases despectivas sobre mi familia, o sobre los cuadros que más me habían gustado en el museo, o en general sobre mi ingenuidad. Pero que ahora se mostrara indiferente era una buena señal.

—Tal vez la quieres todavía —dije.

—No, te digo que ya no. ¿Por qué buscas siempre un punto de apoyo perfectamente claro para explicar mis actitudes? La siento como algo mío, eso es todo. Me pertenece más ahora que en aquel verano, forma parte de lo que soy. Y es maravilloso que pueda volver a verla, que permanezca aquí como un árbol plantado por mí, como una prueba de que mi memoria no se equivoca.

—Eso es precisamente de lo que no estoy seguro —le dije tratando de mirarlo a los ojos, pero él los mantenía bajos y yo sólo lograba ver el botón en la punta de su gorra inglesa—. ¿Viviste con ella y ya? ¿No pasó algo más? Quiero decir, te produce una emoción tan grande volver a verla, que cualquiera pensaría que algo terrible sucedió entre ustedes y no la historia que me has contado siempre, como cualquier otra de dos gentes que se encuentran, se quieren, y luego se separan.

Tomás levantó los ojos, sólo los ojos, y me miró furioso:

—Tú lo que quieres —dijo con los dientes apretados— es saber chismes. ¿No te basta con los que nos contó la guía de turistas? —Se refería a la guía del bote en el que hicimos, esa misma tarde, un recorrido por los canales—. "Amsterdam cuenta con un millón de habitantes y un millón de ratas", "A su derecha pueden ver la única residencia particular en toda la calle, habitada por una vieja rica y soltera". Quieres que te diga el nombre del bar donde conocí a Juliette, y si sabe hacer el amor, y qué calles frecuentábamos juntos.

—No no —negué apresuradamente, pensando que tal vez tenía razón pero que de todos modos empezaba a cansarme el juego en que se basaban nuestras conversaciones, y que consistía para mí en hacer el preguntón ingenuo y para Tomás el descreído que deja escapar frases reveladoras involuntariamente en medio de una serie de palabras insultantes—. Si eso ya lo sé, me los has contado varias veces.

—Pues eso es todo. ¿Nos vamos? Quiero dormir un rato.

—Y yo —dije levantándome.

En la calle, Tomás habló todavía largamente, pero sin coherencia, de Juliette, y me fue casi imposible entender lo que decía, además de que su voz salía desfigurada y confusa desde atrás de su bufanda azul. Lo que entendí lo sabía ya, y en

verdad que no eran más que chismes sin importancia.

4

Cuando llegamos al bar Juliette nos esperaba ya.

—Vamos al primer piso —dijo poniéndose en pie—. Es más tranquilo.

Hubo un momento de confusión al pie de la escalera de caracol, ocupada por un grupo heterogéneo de personas que se movían de un lado a otro y al parecer sin motivo, durante el cual Juliette y yo intercambiamos miradas equívocas cediéndonos el paso. Finalmente ella empezó a subir y yo la seguí. Cuando llegamos arriba, Tomás había desaparecido. Juliette se asomó hacia abajo por el hueco de la escalera.

—Está saludando a un amigo. ¿Nos sentamos?

Nos sentamos, en una mesa al lado de una ventana que llegaba hasta el cielo raso.

—Tomás me habló mucho de ti —dije, y de inmediato me arrepentí de una frase tan estúpida, sintiendo de pronto que quería impresionarla bien. Pero ella contestó de la misma manera:

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

—¿Nunca te ríes? —le pregunté.

—Casi nunca, pero no importa. Una mirada triste resulta atractiva para cierta clase de hombres, por cierto más numerosa de lo que nadie se imagina.

Por ejemplo para mí, pensé.

—No me digas que es a propósito.

—Oh no, desde luego. Es de una autenticidad perfecta. Sobre todo la de estos últimos días, porque... —Se interrumpió, para mirarme con una mirada húmeda y suplicante. Luego dijo—: ¿Me dejas a solas con Tomás?

—Por supuesto, no te preocupes. Apenas llegue. ¿Quieres que vaya a buscarlo? —dije levantándome, furioso. Yo le había propuesto lo mismo muchas veces a Tomás, pero él había insistido en que los acompañara, y ahora Juliette creía de seguro que estaba allí voluntariamente. Empecé a decir—: Las mujeres inglesas...

cuando ella puso su mano sobre mi brazo y dijo:

—Tengo que contarle algo: estoy embarazada.

Pobre Juliette, no tenía por qué decírmelo: jamás seríamos amigos, estaba claro.

—Está bien —le dije tomándola de la mano—. No quiero estorbarles.

—No es eso, al contrario. Necesito la ayuda de alguien, Tomás ha llegado en el momento preciso. ¿Por qué había de molestarte a ti? Imagínate, una muchacha embarazada, es uno de esos incidentes que desagradan a todo el mundo, como mirar un hombre que llora; porque cuando una descubre su embarazo o lo confiesa han pasado ya tantos días desde que sucedió "aquello", ha perdido hasta tal punto su posible sentido...

Aunque para mí Juliette no era más que una muchacha particularmente bonita, y aunque su historia no me interesaba lo suficiente para tratar de comprender qué hacía en Amsterdam y por qué razones se entregaría a alguien y no a otro,

hubiera querido ofrecerle mi ayuda. ¿Cómo se le ocurría confiar en Tomás precisamente en esos momentos? Para mí era claro que él no sería capaz de ayudarla, que resultaba perfectamente inútil en un caso de urgencia, y que en cambio podría empujarla a tomar decisiones irracionales y tal vez peligrosas.

—Yo, si quieres... —empecé a decir, pero en eso Tomás estaba ya a nuestro lado.

—Acabo de encontrar a Ervin —dijo sonriendo—. ¡Qué tipo! ¿Cómo no me habías dicho que estaba aquí? ¡Y Jan! ¡La familia completa! Parece que toda la ciudad se ha puesto de acuerdo para que yo me sienta tan bien como hace dos años. Si no fuera por tu presencia —se dirigió entonces a mí— creería estar a solas con mis recuerdos.

—Te veo más tarde —dije rápidamente—. Llegaré al hotel como a las doce, voy a dar una vuelta.

Y los dejé a solas, con sus recuerdos.

5

Caminé sin rumbo fijo, con la cabeza hundida entre los hombros a causa del frío, deteniéndome ante los aparadores de las tabaquerías y de las tiendas de antigüedades. Recuerdo una estatuilla egipcia, muy posiblemente original, bellísima. Había grupos de gaviotas, como siempre divididas en dos bandos, las tranquilas flotando sobre el agua y las alocadas revoloteando sobre el barandal de

los puentes. Una torre de ladrillo era, según unas letras doradas, de mil seiscientos y pico. En las discotecas se oía música latinoamericana. La luz verde para los peatones no llegaba nunca. Y una calle desembocaba en un canal de agua temblorosa, por donde un bote, un momento antes, había pasado. Luego había una pequeña plaza rodeada de anuncios luminosos, con árboles desnudos y una estatua en el centro.

Tomás y yo lo habíamos dicho: el mundo es igual en todas partes. ¿Qué era Luxemburgo? ¿Un ducado europeo, una estación del metro de París, una calle de la ciudad de México, o una tienda de modas en Nueva York?

Como me sentí fatigado, quise entrar en un bar; pero no me dejaron: únicamente para homosexuales. Entonces me metí en una cafetería y estuve allí hasta la media noche, porque supuse que para entonces Tomás habría regresado al hotel. Error; así que me acosté sobre la cama sin desvestirme, porque no tardaría en llegar y entonces me llevaría a conocer un cabaret estupendo, según lo acordado. Pero me quedé dormido antes de la una, y Tomás no regresó hasta pasadas las cuatro.

6

Me despertó el ruido de sus botas al caer sobre el piso. Luego lo vi ir hacia la mesa y buscar algo, refunfuñando.

—¿Qué pasa?

—No encuentro un pañuelo.
—¿Por qué no enciendes la luz?
—Estoy llorando, cabrón —dijo.

7

Bajamos a desayunar a las diez de la mañana como de costumbre. El comedor del hotel, en el primer piso, daba sobre una placita triste cubierta de bicicletas; pero la luz del sol entraba por las ventanas, y todo brillaba tan intensamente que uno caía en el error, una vez más, de pensar que ese día sería menos frío que los anteriores. Había un radio siempre encendido que terminaba por mezclar en un solo murmullo confuso las conversaciones de los huéspedes; o, de pronto, una nota especialmente aguda y larga de un cantante de ópera flotaba en medio de una pausa simultánea sobre todas las meses.

Tomás y yo comíamos pan untado de mantequilla y mermelada, sin hablar, yo porque esperaba que él lo hiciera primero. Luego vino un muchacho alemán muy amanerado a sentarse a nuestra mesa, que empezó a pedirnos informes sobre la ciudad. Le contestamos de mala gana, pero no lo notó. Finalmente, el desayuno terminado, una mesera quitó platos y manteles apresuradamente, como si se tratara de un cambio de escenografía, y Tomás y yo no nos movimos de nuestros asientos mientras el muchacho alemán y los demás huéspedes abandonaban el comedor.

—¿No quieres hablar? —le pregunté entonces.

—Sí —dijo alzando los hombros—. Pero no sé por dónde empezar.

—Eso es lo de menos. —Hice una pausa, sin resultado—. Juliette me contó una parte, precisamente el principio. ¿Es que hay algo más, aparte de su embarazo?

—Ah, te lo dijo.

—Sí.

Entonces hubo una pausa peligrosamente larga, y cuando me pareció insoportable y estaba a punto de levantarme, comenzó:

—Es sólo eso, su embarazo. Y el imbécil del culpable no quiso siquiera ayudarla a conseguir un médico que la haga abortar. Hoy en la noche tendrá una última entrevista con él para ver si, por lo menos, le da algo de dinero. Si no, se lo prestaré yo, y mañana mismo iremos con el médico. Esto no tomará mucho tiempo.

—¿Estás seguro de que ella no correrá ningún peligro? —pregunté con un tono de hombre práctico.

—No lo sé. Una amiga suya se lo recomendó. Y yo estaré con ella todo el tiempo. Mi Juliette... no, ya no es mía. Hubiera sido mejor no regresar nunca a esta maldita ciudad. Porque ahora veo cómo han cambiado las cosas, cómo Juliette ha cambiado. No es que esperara que... ¿me entiendes? Tampoco yo soy el mismo, por supuesto. Lo que no sospechaba es la destrucción de mi recuerdo, que ya tampoco será el mismo. Creí que permanecería intacto para siempre, porque si no, ¿qué es lo que queda de las cosas?

—Pero no entiendo cómo has...

—No, es bien difícil de entender, y no puedo explicártelo.

Así, con esta frase, Tomás quiso expresar la relación que se había establecido entre él, Juliette y yo, o más bien mi falta de relación con ellos. Sin embargo me sentía cogido, a pesar de que Juliette era una desconocida para mí y de que Tomás no me incluía en su recuerdo, ni tampoco me había hecho compartirlo, ahora estaba claro. Y aunque decidí que era imposible participar de un recuerdo ajeno, cuando me invitó a acompañarlos en la entrevista con el amigo de Juliette, que debía realizarse por la noche en un *dancing* de adolescentes, acepté de inmediato.

8

Tomás me dejó plantado en el restaurant donde se suponía que íbamos a encontrarnos y comer. Cuando supe que de seguro no llegaba, decidí comer solo y luego, contra mi voluntad, regresé corriendo al hotel, imaginando que encontraría un mensaje con una buena noticia. En lugar de eso, encontré a Tomás tirado en mi cama revuelta, boca abajo, con la camisa abierta.

—Discúlpame —dijo sin volverse—. No tenía hambre.

Como vi que su expresión era más bien tranquila, traté de bromear, todavía en el umbral:

—Mientras yo te espero horas y horas como un imbécil, tú te quedas tranquilamente en mi cama, ¡y oyendo a Wagner! —En efecto, Tomás había

puesto sobre la misma almohada el radio portátil, donde se oía a todo volumen "Morgenlich leuchtend" de *Die Meistersinger von Nürnberg*.

—Me da lo mismo quién sea —contestó dándose media vuelta, poniendo entonces sus manos bajo la cabeza—. De todos modos no lo oigo.

Era mentira, pensé, porque a Tomás le gustaba Wagner más que nadie otro. Pero cuando finalmente entré supe que de verdad había encendido el radio sólo para, con el ruido, aumentar el desorden en el cuarto: estaba en mi cama porque en la suya hubiera sido imposible, había echado allí su maleta y esparcido camisas, zapatos sucios y libros entre las cobijas revueltas sin motivo.

—Te tomas un trabajo enorme en parecer desordenado —le dije—. Cualquiera puede ver que esto no es espontáneo sino bien estudiado.

Él hizo una mueca de niño hipócrita a punto de llorar.

—No, de verdad que no lo hice a propósito. Buscaba unos calcetines.

—Ajá —dije yo.

Sobre la mesa había un paraguas, varias aspirinas fuera de sus sobres, los rastrillos de rasurar, tarjetas postales, cajetillas de cigarros, billetes y monedas franceses.

—Muy bonita tu naturaleza muerta.

—Te digo que no es mi culpa —dijo levantándose. Fue hacia la mesa, cambió unos objetos por otros al parecer con el fin de arreglar un poco, pero sin resultado—. Ya está.

Mientras regresaba a acostarse me dirigí al lavabo, y si antes había tomado la cosa en broma en-

tonces me sentí realmente enojado. Tomás había tapado el tubo de desagüe y mezclado, ensuciando hasta los grifos, jabón, pasta de dientes, y un perfume que yo había comprado en París como regalo para mi hermana; el frasco, vacío hasta la mitad, estaba en el suelo, destapado.

Saqué a Tomás a empujones de mi cama y me puse a gritar. No era la primera vez que al sentirse desgraciado revolvía unas cosas y rompía o echaba a perder otras, pero esto, aunque siempre me pareció una costumbre infantil o por lo menos irracional, nunca me afectó de un modo directo hasta ese día.

—No te preocupes —dijo echándose sobre su cama y lo que había encima—. Voy a comprarle otro perfume a tu hermana, y mejor aún. Tengo más dinero del que tú tendrás en toda tu vida.

—No es eso —dije, pero sí, sí era eso—. Sino que te portas como un niño. Juliette no va a arreglar su problema con estas payasadas.

—El problema es mío.

Con esto yo sentí que de alguna manera perdí terreno, y me quedé callado por un momento. Luego Tomás, como para borrar su última frase, o más bien el tono de su última frase, agregó sonriendo:

—De cualquier modo, esto estaba tan ordenado que parecía el cuarto de una solterona.

—Y así tendrán trabajo las camareras, que se pasan la vida coqueteando con los huéspedes —dije tratando de olvidar mi turbación.

Entonces él arrojó las sábanas, su maleta, los zapatos, los libros al suelo, muerto de una risa en-

ferma, salvaje, que no me sentí capaz de acompañar.

9

Sobre el estrado un adolescente cantaba canciones inglesas. Era muy delgado, y lo parecía más a causa de sus pantalones ajustados y brillantes, de color negro. En cambio su suéter era blanco y bastante amplio. Mientras cantaba con la mirada puesta en el infinito, hacía unos movimientos exageradamente lentos que contradecían el ritmo de la música: por ejemplo, levantaba un brazo, y luego, la mano arriba destacándose sobre el fondo oscuro, unía el pulgar y el índice y después los separaba como si fueran una pompa de jabón rota, o deslizaba su pierna hacia la derecha, muy despacio, y después de un golpe hacia atrás, y en seguida otra vez hacia adelante con una lentitud imposible. El público, compuesto por muchachos de quince a dieciocho años, agrupados en derredor de las mesas y formando una fila a todo lo largo de las paredes destartaladas, escuchaba en silencio, tratando de encontrar un posible significado a los gestos del cantante. Pero cuando éste se quedaba mirando fijamente a una muchacha y luego la señalaba con el dedo, adelantando su mano en un movimiento blando, todas las muchachas gritaban como si la señal se dirigiera a cada una de ellas y recibieran así una descarga eléctrica.

Juliette, Tomás y yo, desde una de las últimas mesas, lo mirábamos también sin hablar, mientras

bebíamos cocacola tras cocacola como si esto formara parte del espectáculo.

Al fin el cantante desapareció, y el grupo que lo acompañaba, que antes nadie había notado, salió de la oscuridad del fondo y empezó a tocar rocanroles, iniciando el baile. Como Tomás y Juliette se levantaban, creí por un momento que irían a bailar. Pero él me dijo:

—Vamos.

—¿Dónde está? —pregunté volviéndome hacia los lados, y hasta entonces no me di cuenta de que no sabía siquiera el nombre de quien esperábamos.

—Es el cantante —me dijo Tomás al oído—. Adriaen.

Salimos por una puerta al lado del mostrador, y después atravesamos un pasillo oscuro y maloliente que desembocaba en una especie de bodega, donde se amontonaban cajas de botellas, útiles de limpieza, mesas y sillas hasta apenas dejar un pequeñísimo espacio libre. Allí nos esperaba Adriaen. Se había puesto una chaqueta de cuero negro, muy larga, y entonces vi que no era tan joven como me había parecido en un principio, sino que tendría unos veinticuatro años por lo menos.

Juliette lo saludó con un beso y luego nos presentó. Él fingió interesarse en nosotros, en México, aparentando una desenvoltura de hombre de mundo; pero era claro que se sentía nervioso, o por lo menos incómodo, y a Tomás y a mí nos cayó mal de inmediato. Su balbuceo podría deberse a que hablar en francés le costaba un esfuerzo, pero además tenía tics particularmente desagradables, como adelantar el mentón para componerse el

cuello del suéter, o meterse un dedo en el oído y sacudirlo allí mismo.

Luego empezaron a hablar en holandés, que nosotros no entendíamos. Le dije a Tomás:

—Es un imbécil. No hubiéramos venido.

—Ella insistió. Y yo no tenía idea —me respondió furioso.

Juliette le hablaba con una voz serena y resignada. Él, en cambio, parecía muy apenado y disculparse. Luego, cuando ella lo besó para despedirse, la retuvo del brazo y continuó hablando, suplicante. Después de repetir esto tres veces, mientras Tomás y yo tratábamos inútilmente de adivinar lo que sucedía, se despidió de nosotros sin mirarnos, le dio a Juliette un beso en la boca, y se fue.

Ella se sentó entonces sobre una silla cubierta de polvo. Creí que empezaría a llorar, pero dijo:

—No vale la pena.

En seguida se levantó y salimos hasta la calle sin hablar. En su coche, empezamos a dar vueltas sin rumbo fijo. Para manejar Juliette movía la palanca de velocidades con una suavidad excesiva, como si temiera lastimar el automóvil, y sólo cuando, al hablar, se excitaba, daba ligeros golpes contra el volante, con las manos abiertas. Se sentía culpable por haber querido a Adriaen, dijo, sólo porque era "bello", y esta palabra en español, para que entendiéramos exactamente lo que quería decir. También que se atrevería a tener un hijo con sólo que él mostrara un interés mínimo; y que sus padres, aunque la querían, no estaban en condiciones de ayudarla; y que después de todo este lío la ha-

cía madurar; y que especialmente era necesario que Tomás lo entendiera así y no creyera que Adriaen tenía la fuerza suficiente para destruirla, de ningún modo.

Nosotros la escuchábamos en silencio, pero está claro que por razones muy distintas.

10

Como Tomás y yo pensábamos ir a un bar, Juliette nos invitó a tomar una copa en su departamento, aunque era ya más de media noche. A mí me pareció muy buena idea sólo porque sabía que sería muy difícil calmar el estallido de Tomás, que veía venir de un momento a otro.

Oímos otra vez a Ella Fitzgerald y tomamos "martinis". En cuanto a Tomás, mis temores resultaron infundados. Estuvo muy tranquilo, aunque sí un poco lloroso, hablando sin cesar de su vida, contando sus sueños más frecuentes, y fue obvio que estaba haciendo un esfuerzo por entender las cosas y a sí mismo antes de tomar una decisión. Varias veces el hilo de sus palabras lo llevó a decir: "hay un momento de la vida en que..." y entonces se interrumpía, como si al fin y al cabo lo único claro para él fuera precisamente eso, que hay un momento en la vida. No lo contradije, aunque no estaba de acuerdo, porque siempre he creído que no es necesario estar de acuerdo con alguien para aceptar que tiene razón. Juliette, en cambio, se oponía a cada palabra suya, o lo hacía enredarse en sus propias palabras. Entonces yo

intervenía de parte de Tomás, sin comprender por qué Juliette se mostraba casi cruel en una situación que ella misma había provocado, por más que hubiera sido involuntariamente. Cuando Tomás nos preguntó si nos había sucedido algo irreparable un día, Juliette y yo intercambiamos algunas frases cortas y contradictorias antes de quedar de acuerdo en que todo el pasado era irreparable. Él nos explicó que no se refería a eso, sino a un cierto tipo de experiencia de tal modo definitiva que le da sentido a nuestra existencia futura, y que si por algún motivo aquélla se rompe ésta pierde su razón de ser. ¿Pero qué quería decir con una "experiencia rota"? ¿Y en qué medida tal descubrimiento en el presente afectaba la veracidad de algo ya pasado? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Un ejemplo? La discusión se generalizó entonces de un modo confuso e irregular. Juliette terminó diciendo que sólo con ayuda de la lógica matemática podía probar la falsedad perfecta de las afirmaciones de Tomás, y que no estaba dispuesta a continuar una polémica basada en el-más-absoluto-desconocimiento-de-las-leyes-del-razonamiento. Tomás le contestó a gritos que ya podría orinarse sobre sus famosas leyes puesto que el hombre, a Dios gracias, era algo más que eso, y en qué forma. Yo estuve totalmente de acuerdo. También ella, pero agregó que nadie tiene derecho a exagerar ese algo más hasta convertirlo en árbitro de sus acciones porque entonces se corre el riesgo de hacer imbecilidades. Faltaba saber dónde era necesario detenerse.

Dejamos a Juliette a las tres de la madrugada,

sin haber logrado llegar a una transacción satisfactoria.

11

Al día siguiente Tomás me dijo que bajara solo a desayunar porque él quería dormir un rato más, y así lo hice. Cuando subí de regreso a nuestro cuarto, sin embargo, estaba ya despierto, aunque todavía en la cama.

—¿No tienes nada que hacer hoy? —le pregunté impaciente.

—Sí. Pero más tarde. Estoy muy cansado.

—Juliette debe ya estar esperando noticias tuyas.

Se dio media vuelta en la cama antes de contestar:

—Que espere un rato más. No se va a morir por eso.

Lo dicho: Juliette había hecho mal en confiar en Tomás.

Me puse a escribir unas cartas para las que no había prisa, todavía con la esperanza de que se levantara de un momento a otro, o de que Juliette, desesperada, hablara por teléfono al hotel. Una hora más tarde, Tomás seguía despierto e inmóvil.

—Debías de avisarle —le dije jalándolo de una pierna para obligarlo a volverse.

—Ajá —dijo él, en la misma posición.

Entonces, de un tirón en el brazo, lo hice sentarse:

—¡Pero ya!

—¿A ti qué te importa? —me gritó.

—A mí nada. Pero se supone que a ti sí. Ella

está esperando. Prometiste ver a un médico, conseguir una cita, hoy mismo.

Volvió a acostarse y luego dijo:

—Voy a hacerlo, cuando me dé la gana.

—¡Le dijiste que hoy en la mañana!

Me indignaba comprobar hasta dónde podía llevarlo su irresponsabilidad, así que salí dando un portazo, pensando que si me quedaba tendríamos un disgusto serio.

Estuve sentado en el hall del hotel, esperando verlo bajar en cualquier momento. Una hora más tarde volví a subir. Tomás seguía en su cama, boca abajo, despierto.

—Son las doce —dije.

Silencio.

Cogí sus pantalones y revisé las bolsas, pero no encontré nada. Luego la camisa, el saco, el abrigo, mientras murmuraba maldiciones, inútilmente.

—¿Dónde está la dirección?

—¿Cuál?

—La del médico, no te hagas tonto.

—No sé —dijo.

Pero entonces vi que apretaba algo entre los dedos, y reconocí la tarjeta verde que Juliette le había dado el día anterior, en donde había escrito el nombre del médico, su dirección y su teléfono.

—Trae acá —dije a tiempo que intentaba arrebatársela con un movimiento brusco, pero él fue más rápido y la cambió de mano. Me arrojé sobre él y empezamos a luchar, primero conteniendo nuestra mutua violencia, luego con furia, estrechamente. Tomás defendía la tarjeta con una frase hecha, como un náufrago que se abraza a un ma-

dero flotante, única posibilidad de salvación. Yo me asombraba de su fuerza y sobre todo del origen de ella, sin acabar de comprender sus motivos, y por eso repetía entre dientes "imbécil, idiota" mientras trataba de abrir su mano. Él no decía nada, ni siquiera jadeaba como yo, cerrando igual que su mano su cuerpo entero, y sin atacarme, sólo dispuesto a defenderse hasta mi agotamiento. Cuando al fin pude arrebatarle la tarjeta, entonces, él se quedó quieto, inmóvil, con una mirada increíblemente serena, aunque su cuerpo estaba cubierto de manchas rojas que de seguro ardían.

Me levanté y me cambié de camisa, también yo con manchas ardientes, los ojos irritados, el pelo revuelto. Antes de salir le dije:

—Eres un cobarde. Y aquí se acabó todo. No quiero volver a saber de ti, ni de tu Wagner, ni de tus poetas románticos y las enfermizas interpretaciones que haces de sus palabras.

Esto último porque la noche anterior Tomás había dicho que "la muerte de su amada para un poeta romántico es lo que para nosotros la destrucción de un recuerdo".

12

Juliette había ya hablado por teléfono con el médico, así que no hice más que entregarle el adelanto que exigía "por los riesgos normales en un caso de éstos", y me comprometí a llevarla a las cuatro de la tarde. Comí en un restaurant del centro con ella, y apenas si pude contarle mi es-

cena de unos momentos antes con Tomás. Juliette me pidió que fuéramos a verlo, pero me negué asegurándole que sería inútil y que de cualquier modo le llevaría noticias suyas apenas terminara la "operación". No me atreví a preguntarle si creía comprender la actitud de Tomás. Evidentemente no, pero parecía dispuesta a aceptarla sin tratar de explicársela. Además, hubiera parecido que yo quería compararlo conmigo.

—Es increíble cómo me has ayudado —dijo ella.

—Pero no. Es sólo natural —y acentuando está última palabra quise decir mi opinión sobre Tomás.

Juliette no lo notó. Luego fuimos al sanatorio, que no era sino una casa moderna, de dos pisos pero pequeña, en un barrio apartado. Juliette no parecía nerviosa, pero sí estaba un poco pálida y tenía los ojos más abiertos que de costumbre. Se apoyaba en mi brazo con gran naturalidad, confiada en mí, pero supongo que se habría portado de la misma manera con cualquier otro que se hubiera ofrecido a acompañarla. Cuando el médico la llamó, antes de dejarme solo estoy seguro de que quiso decirme: "Tengo miedo." En lugar de eso dijo:

—Estoy preocupada.

Tal vez era exacto. De cualquier modo, esperé tranquilamente dos horas, tiempo que me pareció excesivamente largo, hasta que una enfermera vino a decirme que podía entrar en el cuarto.

Juliette, pálida, pálida, me tomó de la mano sin decir palabra y en un momento de debilidad o de ternura pensé que hubiera sido bueno quererla.

13

Como no quería hablar con Tomás, pedí por teléfono que le llevaran al cuarto un mensaje, diciendo que todo había salido bien y dándole la dirección adonde podía pasar a ver a Juliette. Pensé que vendría en seguida, así que, para no verlo, regresé al centro de la ciudad en el coche de ella, que me lo había confiado por el tiempo que pasaría en cama. Mi principal problema ahora era saber qué posición tomar frente a Tomás. Ninguna explicación me parecía suficiente para justificar su actitud de esa mañana, ni siquiera la de los días anteriores, desde que Juliette le confesó estar embarazada. Pero por otro lado Tomás era mi mejor amigo, habíamos planeado durante muchos meses nuestro viaje a Europa, y era tonto echar a perder todo por un incidente al que, para ser consecuente conmigo mismo, no debíamos dar una importancia excesiva, yo menos que nadie. Sin embargo Tomás se había portado de una manera tan irracional que me era imposible pasarla por alto, me sentía obligado a explicarle su error y, desde luego, a ofrecerle mi ayuda. Y la rechazará, pensaba, inventará otra historia, no tiene remedio. Finalmente me propuse hacerlo así a pesar de todos sus posibles rechazos, y decidí que nuestra amistad estaba por sobre cualquier otra consideración. No es que ahora, sabiendo ya lo que sucedió después, exagere la ingenuidad de mis buenas intenciones. Es que en verdad pensé entonces, mientras caminaba por la calle más animada de Amsterdam, que entre Juliette, Tomás y yo

era yo el único que veía las cosas claramente, y actuaba de acuerdo a un mínimo sentido práctico de la realidad. Si Tomás me parecía lo que ya dije, juzgaba la actitud de Juliette la de una niña ausente e irresponsable, y al mismo tiempo hacía buenos propósitos y me sentía sano, libre, generoso. Así que decidí no perder un minuto más (había vagado durante casi tres horas), y me dirigí al hotel. Antes telefoneé al sanatorio, donde me dijeron que Juliette seguía bien y que nadie se había presentado a preguntar por ella.

14

No lo encontré en el cuarto. Luego, en la administración, me dijeron que había salido un rato después de haberle entregado mi mensaje.

—¿Hace cuánto tiempo?

Una hora y pico. Si hubiera ido a verla ya habría llegado, así que, pensé, fue primero a un restaurant, no ha comido nada en todo el día. Lo esperé hasta las nueve de la noche, y entonces volví a hablar al sanatorio. No lo habían visto. Recorrí los bares que conocimos juntos, siempre sin resultado. Luego las calles del centro, luego cualquier lugar público abierto. Todo inútil. Tomás no apareció por ningún lado, ni llegó al hotel antes de que me quedara dormido sobre mi cama, sin desvestirme.

Ni después. La mesera, al servirme el desayuno, me preguntó:

—¿Hoy tampoco baja su compañero?

—Anoche no llegó a dormir —le respondí en

voz baja, porque de pronto creí necesario contárselo a alguien que, por su lejanía, no podría tomarlo muy en serio y preocuparse.

—Está bien, son jóvenes de vacaciones —me dijo con una sonrisa cómplice. Pero luego agregó más bajo, haciendo muecas de vieja sabia, aunque era bastante joven—: De todos modos hay que tener cuidado —y me guiñó el ojo.

—Sí, claro —dije yo.

Primero pensé que estaría con alguno de sus amigos de dos años antes, como el que había saludado un día. Luego que se habría emborrachado en un burdel y quedado a dormir allí. Luego que tal vez andaría dando vueltas en derredor del sanatorio sin atreverse a entrar. Pero estas suposiciones eran demasiado simples, Tomás podría inventar algo mucho más complicado. Tal vez lo único que necesita, pensé después, es un par de bofetadas. Que yo estaba dispuesto a darle si fuera preciso.

Juliette opinó que mi actitud era cada vez más moralista (pero no utilizó esta palabra, sino otra abiertamente insultante), y que no había que pensar sino en encontrarlo.

—Pero no se ha perdido —le dije—. Él vendrá cuando quiera.

—Búscalo, de todos modos. Yo salgo mañana de aquí, hasta entonces no podré ayudarte.

—Mañana ya no será necesario.

—¿Quién sabe? —dijo, pero pensaba "de seguro que sí". Yo me negaba, todavía, a tomar en serio la desaparición de Tomás.

15

Porque, ¿cómo puede alguien desaparecer en Amsterdam, o en cualquier sitio? ¿Cómo es posible no dejar detrás su sombra, un zapato, o un brazo, involuntariamente? Si uno encuentra la muerte en un callejón, ¿cómo no hay una vieja insomne asomada a la ventana, un vagabundo vigilante, que nos haya visto doblar la esquina y recuerde que, en ese preciso momento, sonaban las once de la noche? Si uno decide suicidarse en un hotelucho de mala reputación y figura, ¿puede demorar más de un año, más de tres días, el velador que abra la puerta, nos descubra colgados del techo, y diga: "Me lo sospechaba"? Si uno se echa de cabeza en un canal, ¿es posible que el cuerpo no salga a flote un día, que no haya niños que encuentren jugando una mano y pegado a ella un hombre entero? ¿O es que uno puede deshacerse en el aire como una palabra? ¿Cuál es la fuerza capaz de hacernos invisibles? ¿Qué cosa llena el espacio que dejamos vacío, de qué está hecho? ¿Y a dónde van a dar los ojos, el pelo, las orejas? ¿Es un castigo? ¿O es un premio esa capacidad escasa para no dejar huella sino la pregunta que todo mundo se hace acerca de nuestro paradero y que nadie responde? ¿No es cierto que en estas suposiciones negativas hay gato encerrado? ¿Que hay siempre una vieja, un vagabundo, unos niños, un pedazo de carne? ¿Que siempre se termina por descubrir el cuerpo, y la fecha, el lugar exacto, las causas, los fines, los medios, de la desaparición que se creyó durante muchos días inexplicable?

Si no nadie saldría a la calle. Si no viviríamos siempre frente a una cámara fotográfica que registrara el momento en que nos convertimos en nada. Si no ni para qué empezar a contar historias.

Sin embargo Tomás se fue y no regresó nunca, ni nadie trajo una noticia suya. Y lo buscaron, que no quepa duda. Primero en mi presencia, con mi ayuda, mil agentes, secretos y abiertamente, día y noche, del país y extranjeros, como si se dieran cuenta (pero era por otra razón) de que faltaba un aro en la cadena, de que un vacío quedaba; y yo, que sí me di cuenta, busqué también hasta quedar exhausto, unos dijeron que a causa del esfuerzo físico, otros que como consecuencia del desgaste emocional, qué importa. Simplemente hubo un momento en que ya no pude más sino regresar a México. Luego, todavía, escribí cartas y recibí en respuesta informes que eran disculpas.

De Tomás nada, ni su sombra, hasta ahora.

16

Por las tardes, en el tiempo en que la búsqueda se llevaba a cabo con intensidad, me encontraba con Juliette en un café, o íbamos a su casa a tomar una copa. Para qué decir que nos sentíamos unidos, ahora sí realmente, y que me ayudó a soportar con su presencia las dos semanas que pasé todavía en Amsterdam.

Hablábamos de Tomás, por supuesto, frecuentemente.

—Quisiera sentirme culpable, y no puedo —dijo una vez.

—Afortunadamente —le respondí.

Porque entonces fui yo quien lo sentía, y así se lo dije. Discutimos largamente la culpabilidad y las demás palabras que la rodean. Descubrimos que uno se otorga con más frecuencia la culpa que el perdón, como si temiera quedar fuera de las cosas, no haber participado, no tener poder sobre los acontecimientos. Eso hacía yo. Trataba de convertir la desaparición de Tomás en un acto menos íntimo, menos suyo, es decir, menos ajeno a mí. Al fin tuve que aceptar las cosas como eran. Juliette misma, ante mis preguntas sobre el verano de dos años antes, buscó sin encontrar un gesto o una palabra de Tomás que le revelara la terrible importancia que para él tuvieron aquellos días. Yo tampoco encontré nada, en esas tardes en que Juliette se ponía a hablar de él, de lo que había hecho, de lo que había dicho, sin detenerse, pero lentamente, como extendiendo cartas viejas sobre la mesa, y de pronto era ya de noche y no teníamos ante nosotros más que un montón de palabras sin sentido, descoloridas.

Una vez fuimos, Juliette se empeñó en que fuéramos, a un parque, o más exactamente a una banca del parque donde se habían sentado por una tarde entera.

—Fue el día antes de su regreso a México —me dijo cuando llegamos allí y nos sentamos—. Recuerdo que había unos niños jugando sobre aquellas barras de fierro, en la esquina, y un hombre con su cara hundida entre los hombros, detrás

de ese árbol, esperando algo. Tomás sonreía porque creyó que yo no sería capaz de llorar. El sol había desaparecido demasiado temprano, pero aún había una luz clara en el cielo. Me dije: cuando se ponga oscuro le doy un beso y me despido. Pero se lo di antes y luego me puse a llorar en silencio porque sentí que lo quería de veras e iba a perderlo. Tú sabes, no exactamente llorar, sino unas cuantas lágrimas que te humedecen los ojos. Él, entonces, hizo lo mismo y me abrazó estrechamente, pasando la cabeza sobre mi hombro hasta apoyarla casi sobre mi espalda. Estuvimos así, no sé, tal vez un minuto, sin hablar, sin vernos, y luego nos despedimos.

Juliette se calló, y la miré asombrado. Ella me miraba del mismo modo, como si hubiera estado a punto de encontrar algo y ahora no se explicara qué había fallado.

—¿Es todo?

—Sí —respondió suspirando—. Es decepcionante, ¿no? Vas a decir que soy una tonta por hacerte venir a este parque alejado, solitario, con tanto frío, sólo para contarte una historia sentimental.

Nos quedamos sentados todavía un momento, de mal humor, fatigados. Cuando íbamos ya en dirección al coche, con los ojos puestos en la arena que nuestros zapatos manchaban al avanzar, Juliette me abrazó por la cintura y, sonriendo, dijo:

—¿Quién sabe lo que Tomás vio cuando puso su cabeza sobre mi espalda?

—¿Y tú —pregunté—, tú qué viste?

Meditó un momento antes de responder:

—Yo nada: tenía los ojos cerrados.

También caminamos por el centro de la ciudad, toda una tarde y toda una noche, platicando, ella colgada de mi brazo, mientras no llegaba la hora de tomar mi avión. Juliette había recordado ya todo lo que tenía que recordar, pero parecía empeñada en continuar el juego, porque para entonces nuestras sesiones se habían convertido casi en un juego. Y en aquella ocasión dijo tonterías como "una tarde, en esta parada, el tranvía demoró media hora", e incluso creo que inventó algunos incidentes. Por eso cuando le dije adiós me sentí aliviado, y la besé un poco fríamente en la mejilla. Ella, como si hubiera adivinado mi estado de ánimo, me preguntó mirándome a los ojos:

—¿Todavía crees que no soy culpable?

—Por supuesto...

Y terminamos los dos al mismo tiempo:

—Desafortunadamente.

Luego, caminando hacia el avión, no me volví ya a verla.

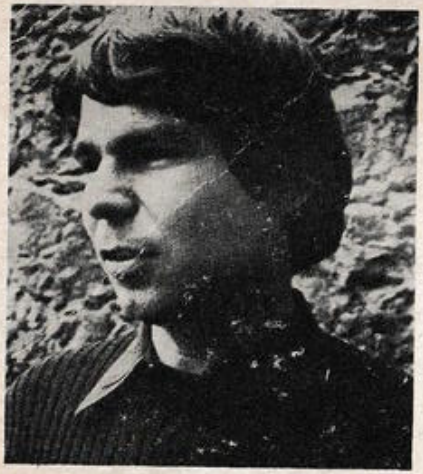
17

Hay una luz opaca, increíblemente plana y sin reflejos, en Amsterdam: ciudad a la que no volveré nunca.

ÍNDICE

De Alemania 9
Posguerra 30
Los reyes magos 50
Otra versión 62
El señor Müller hace un esfuerzo . . . 85
Después de Antonin Artaud 87
El regreso a Amsterdam 127

Colección
USBI-X
Hero Rodríguez Toro



serie del volador

NOVELA

RELATO

CUENTO

ENSAYO

POESÍA

DE ALEMANIA son historias hechas de silencio y palabras, donde la anécdota fue sumergida para sacar a flote la experiencia de narrar. La forma aquí es la aprehensión de ese quehacer, su transcurrir que intenta devolvernos la fuerza de la acción primigenia mediante el rescate del presente –que es pasado y también futuro– de personajes que se exponen vestidos en la descripción y desnudos en el diálogo intenso, desesperado, que se prolonga hasta el lector, sin metáforas, en un sólido puente verbal tendido sobre el río metálico de la infancia que fue y que es ahora en la ciudad, en el tren, en esta calle, pues está *diciendo*.

Ulises Carrión nació en 1941 en San Andrés Tuxtla, Ver. Desde muy joven empezó a publicar en revistas literarias. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores. En 1966 publicó un volumen de relatos, *La muerte de Miss O*. Ha vivido varios años en Europa.

JOAQUÍN MORTIZ